



de

La sombra  
de la araña 3

AMAYA FELT

Lectulandia

Mi nombre es Victoria. Era una estudiante más de tercero de la ESO hasta que me dieron una beca para un internado en el Pirineo y me tocó compartir cuarto con la alumna más odiosa y rica de mi instituto. Pero ni ella, ni sus amigas, ni el chico que parece empeñado en sacarme de mis casillas son nada comparado con mi primer examen: desde la planta más alta, salir del edificio. Algo que sería sencillo si no fuera porque intentan matarnos por el camino.

El internado esconde un secreto. Algo oscuro. Algo que parece buscar devorarnos a todas.

En esta tercera parte, Victoria y Gabriel entrarán en el ala prohibida para robar el aoma de Eloísa. Pero está plagado de trampas y solo Víctor podrá salvarla. ¿Lo traicionará Victoria cuando le dice que lo ama? ¿Será capaz de convertirse en una Convocadora de Portales?

**Lectulandia**

Amaya Felices

# **La sombra de la araña 3**

**La sombra de la araña-3**

ePub r1.0

fenikz 04.09.16

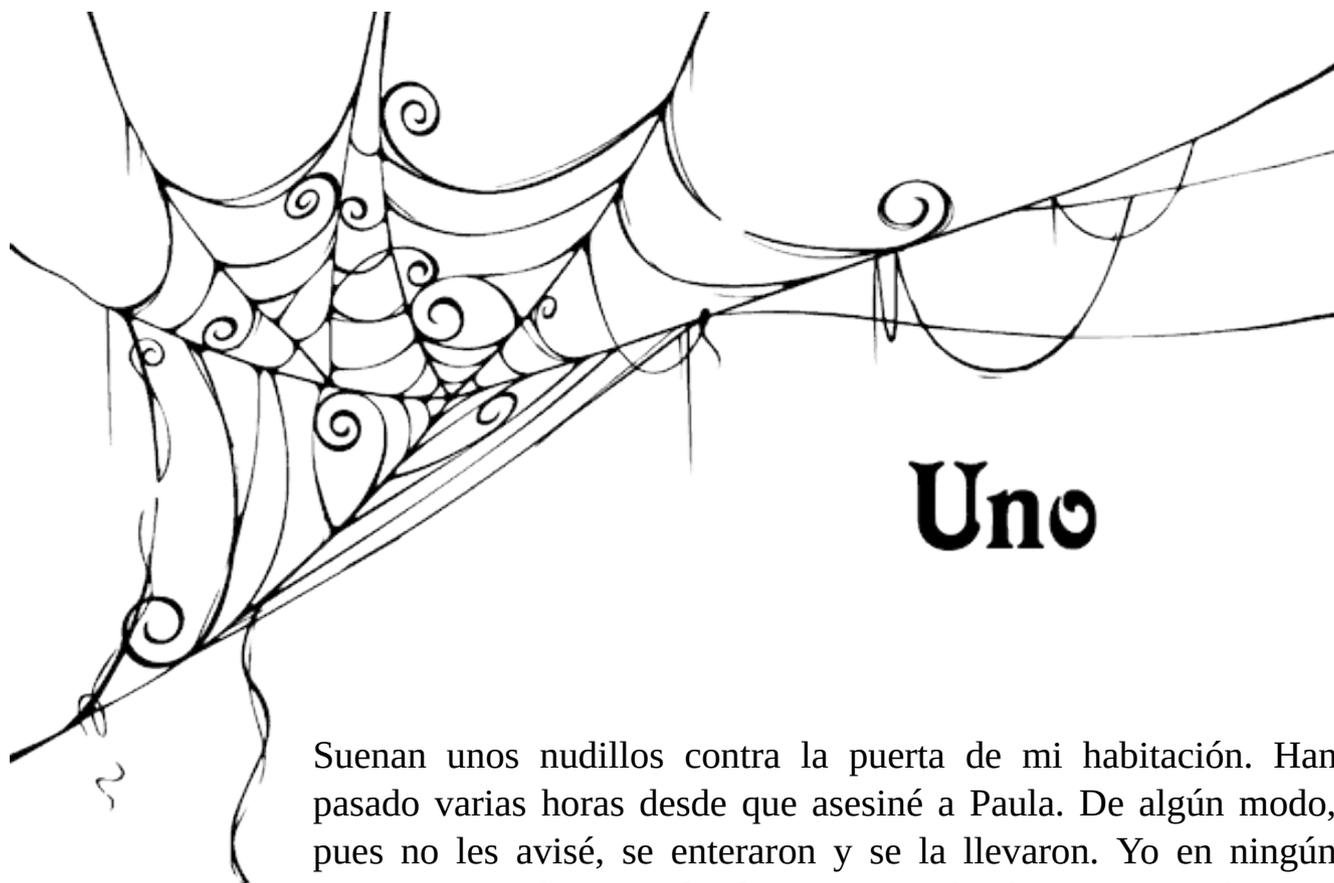
Amaya Felices, 2011

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



## Uno

Suenan unos nudillos contra la puerta de mi habitación. Han pasado varias horas desde que asesiné a Paula. De algún modo, pues no les avisé, se enteraron y se la llevaron. Yo en ningún momento me he movido de su cama, donde sigo sentada. Soy incapaz de sentir nada, nada que no sea un abismo dentro de mí, uno que absorbe todo y solo deja la palabra «asesina» rebotando una y otra vez en mi cabeza.

Suenan otra vez los nudillos, más insistentes. Los ignoro.

—Tory, sé que estás allí. Ábreme, por favor.

Es la voz de Víctor. No quiero verle.

—Vete.

—Ábreme. ¿Por qué estás encerrada? Me he enterado del suicidio de Paula y de que te encontraron junto a ella y parecías estar mal. Ábreme.

—No.

—Ábreme.

Esta vez su tono es de orden. Yo paso.

—Victoria, ¿qué te ocurre? Esa tía ni siquiera te caía bien y te hizo la vida imposible al principio. Deberíamos estar celebrando que ya no esté aquí, que ya no pueda molestarte. ¡Ábreme!, no puedes estar triste por alguien tan insignificante.

—¡¡Joder!!, ¿es que no tienes decencia? —estallo—. ¡Está muerta! Por lo menos podrías hablar bien de ella. Sobre todo tú que, diciéndome todas esas cosas sobre que no pasa nada por ser poderosa, me has ayudado a asesinarla.

Se hace un silencio al otro lado de la puerta. Después oigo un juramento apenas mascullado y él sigue hablándome. Parece enfadado.

—¡Serás idiota! Tú no has matado a nadie, lo ha hecho ella solita. No era fuerte y lo acaba de demostrar. Una Ashlae no se suicida, ni se rinde, sigue luchando aunque lo tenga todo en contra, como tú hiciste. Ellas te humillaron, te golpearon y tú ni te

fuiste ni te mataste: peleaste aún más fuerte y tomaste las riendas. Les quitaste su posición. Eso es lo que hace una auténtica hechicera y es lo que tú has hecho. No hay nada de malo en ello. Ábreme.

—¿Aún sigues pretendiendo que me vanaglorie por ser una hija de puta que va por allí acosando a otras? ¡¿Es que no te das cuenta de que he ido en contra de todo lo que siempre me han enseñado?! Tienes razón en algo: ella no era fuerte. Pero ser fuerte no significa ser una cabrona o no tener sentimientos. Y ahora vete, vete o te juro que te echo con mi magia.

—¡Maldita cabezota! —Comienza a intentar forzar la cerradura.

Concentro todo el desprecio y la ira que siento contra mí misma en una oleada de poder que desato en la creación de una barrera de energía. Lo oigo jurar al verse apartado de la puerta con brusquedad. Así no podrá entrar.

—Te estás comportando como una niña pequeña, que lo sepas. —Me llegan sus palabras cargadas de frustración—. Pienso quedarme aquí sentado hasta que me abras la puerta.

Ni le contesto. Subo los pies a la cama y me abrazo las rodillas. Mi mirada se clava en la pared de enfrente pero no veo nada, tan solo la pesadilla en la que se acaba de convertir mi vida.



El agente Gutiérrez entra en el despacho de su jefe. Espera que su petición no destape las investigaciones que ha estado realizando por su cuenta. Se trata de algo inusual, algo que puede provocar que su superior comience a hacerse preguntas; pero merece la pena arriesgarse por la posibilidad de entrar al internado e interrogar alumnas, profesoras y personal de servicio.

—Pasa, Gutiérrez, ¿qué te trae por aquí?

—Me he enterado de que ha habido un suicidio en el internado Broto. Me gustaría ayudar a Román en la investigación.

—No.

Su superior deja sobre la mesa la carpeta que estaba ojeando y le mira con seriedad.

—Verás —continúa diciéndole—, Román no va a realizar nada más que una visita rutinaria. La directora ya ha hablado conmigo por teléfono y siento decirte que tan solo es el suicidio de una niña rica ante el *bulling* de sus compañeras. No es más. ¿A qué viene tanto interés con el internado? Ya sabes que no se puede mezclar lo personal con el trabajo —lo observa con suspicacia, Gutiérrez le devuelve una mirada indescifrable.

—No lo mezclo. Es tan solo porque, al haberme encargado del caso anterior, el de los accidentes, ya conozco el terreno.

—Pues no hace falta. Te agradezco tu interés pero tu compañero puede hacerlo solo. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo que hacer. —Señala hacia el montón de papeles que hay apilados sobre la mesa.

—Por supuesto, señor.

—Una cosa... —matiza mientras su subordinado se está levantando de la silla—. En el internado no hay nada raro, ni asesinatos en serie ni nada de eso. Yo que tú dejaría en paz el tema, la directora tiene amigos muy influyentes y no conviene hacerlos enfadar.

Gutiérrez asiente con la cabeza y se va. Se muerde la lengua para no contestarle «ni a mí tampoco». Si hay algo que no soporta es que se encubran ciertas cosas. Así que, si no puede ir al internado de manera oficial, irá a investigar los alrededores por su cuenta a ver si descubre algo y, por supuesto, a hablar con el padre de Paula. Este posee varias empresas y solo tenía una hija. Si hay alguna posibilidad de que su niña no se haya suicidado, seguro que removerá cielo y tierra para averiguarla.



—Tory, tengo comida y agua, déjame entrar.

Ha pasado más de un día. Me he negado a ver a nadie. Toda la escuela se ha enterado y algunas de mis «seguidoras» han venido a mostrarme su apoyo; no sé qué es peor, si que ellas estén dispuestas a continuar siguiéndome pese a haber causado la muerte de Paula o que yo antes aceptara su adulación y peloteo.

De vez en cuando, a lo largo de la jornada, Víctor me ha dirigido la palabra y pedido que retirara la barrera. Así pues, parece que sí se ha quedado junto a mi puerta. Por mí se podría haber ido, pues no le he vuelto a contestar. Y ahora, cuando debe de imaginar que tengo bastante sed, me llama diciendo que tiene agua y comida.

Demasiado.

—Déjame. Me merezco pasar sed después de lo que le he hecho.

—Paula, si no me abres voy a pedirle a mi madre que retire tu barrera.

Podría, seguro, es una hechicera muy poderosa. Resignada y también irritada, dibujo un sello en el aire y la desconvoco. Pero no abro la puerta, dejo que él la fuerce. Levantarme de su cama, dejar de sentir dolor en mi espalda y mis piernas por llevar tantas horas sentada, sería como redimirme de algún modo y yo no me lo merezco.

—¡Victoria!

En su exclamación hay preocupación y rabia. Imagino que no le gusta verme así. Ya somos dos, a mí tampoco. Pero no hay nada como que se mate tu compañera de cuarto para darte cuenta de que eres miserable y mezquina. Sobre todo si le has pillado el diario debajo de la almohada.

—Déjame la comida y vete, Víctor.

La coloca sobre mi mesa y viene hacia mí para abrazarme. Nada más ver sus intenciones, extendiendo la mano para pararlo.

—Vete. Ya hemos hecho bastante juntos.

Me mira como deseando darme una torta. Iluso... si con eso fuera yo a tener algún tipo de reacción que eliminara todo este sufrimiento, ya me la habría dado. Era mejor cuando tenía dentro el vacío, por lo menos no dolía.

—Muy bien, Victoria, saldré de tu cuarto. Pero no pienso irme ni dejarte.

Muy noble el chico. Qué pena que no sea más que el interés por mis poderes lo que le mueva. Qué idiota he sido por pensar que le gustaba cuando no tiene ningún problema en llamarme «perra».



Extractos del diario de Paula Martínez, escritos en diferentes fechas:

*¡Estoy harta!*

*No aguanto a Victoria. Una chica del montón que tiene la suerte de entrar en Broto y se comporta como si el favor nos lo hiciera ella. O como si yo hiciera algo malo por ser rica. Ya tengo bastante con que mi padre me haya hecho ir toda la vida a colegios públicos por eso de que él consiguió su fortuna trabajando y formándose «desde abajo». No entiende que ni mi madre ni yo estamos de acuerdo. Y esa Victoria, cada vez que me mira como si yo fuera tonta o superficial, me lo recuerda.*

*Hoy ha estado especialmente odiosa con lo del currículo. Ya sabes que me digné ofrecerle mi amistad dos veces y las dos, ¡en público!, me rechazó. No hago más que oír que ella, con su talento, es poco menos que el ojo derecho de la directora. ¡Pues bien oculto que está, porque yo solo veo a una chica insostenible y que va poco menos que de modelo moral! Pero eso no es lo peor, no...*

*¡Esto es el colmo!*

*Ayer le dimos una lección a esa pánfila de Victoria. En realidad, no sé muy bien lo que pasó. No me siento especialmente orgullosa de ello. El grupo, la presión de liderarlo, la rabia por mis descosidos (¿tiene idea esa idiota de lo que me cuesta sacarle a mi padre dinero para mi ropa?)... No lo sé. A veces pienso que la directora, a la que casi nunca vemos, es como si aprobara mi comportamiento, mi lucha con Kate por ser la más fuerte, el tener cruzada a Victoria. Como si tuviéramos que demostrar algo o estuviéramos compitiendo por algún premio.*

*El caso es que ayer entró Víctor en la habitación con la boba en brazos. Reconozco que me sentí fatal, como un monstruo. Su rostro y sus manos estaban amoratados por el frío. Pero antes de que pudiera recapacitar sobre lo que habíamos hecho (en el viejo instituto jamás hicimos algo así), va Víctor y me echa.*

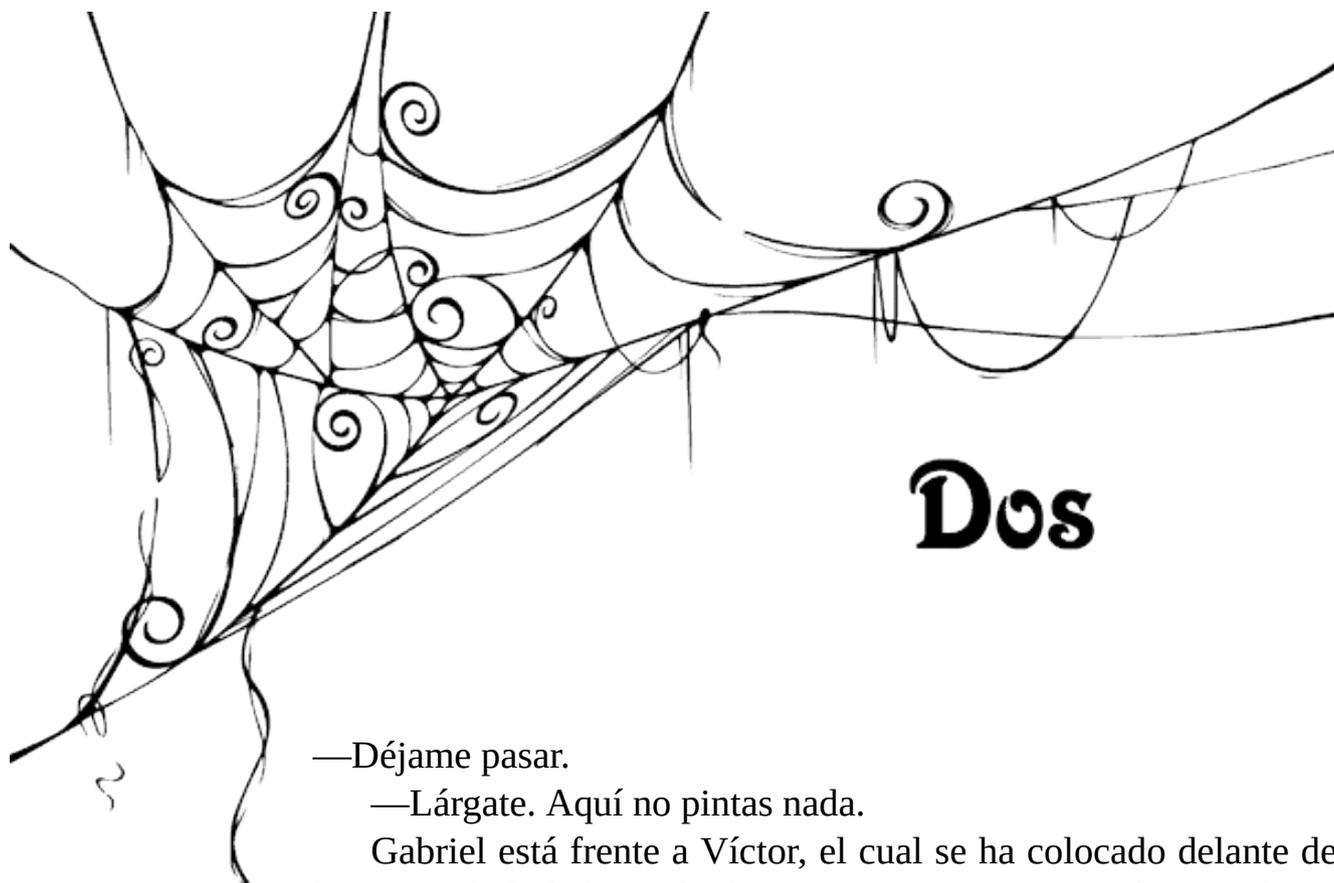
*Ya no sé qué hacer. La pánfila esa tiene cada vez más poder. No importa lo que yo estudie o me esfuerce, o los hechizos increíbles que consiga realizar, ella siempre es mejor que yo. El otro día en clase, me venció y me humilló, hizo explotar mi muro con sus flechas y después me trató como a una inútil asustadiza con aquello de que alguna me levantara del suelo antes de que me diera un calambre.*

*Todas la siguen. Y yo solo puedo desahogarme con Gema, que parece odiarla más que yo desde que la salvó en el examen. Mi madre... mi madre no hace más que recriminarme por no ser la mejor, decirme que como no ponga a Victoria en su sitio la habré decepcionado y mucho. ¡Mierda!, para una vez que voy a un colegio caro, uno de élite y no una mierda de público, voy y la cago así. Tengo que recuperar mi posición social como sea.*

*Gema dice que pienso demasiado en Víctor, que pase de él, que un chico que está con la pánfila no puede merecer la pena. El problema es que a mí me gusta de verdad. No se deja ver mucho pero cuando lo hace son los mejores momentos de la semana. Si la trepa esa cometiera un error, acabara liándose con el rubio (que no se piense que las demás no nos damos cuenta de la cara de boba que pone cuando habla con él), yo tendría una oportunidad. Solo pido eso, solo una. Si Víctor fuera mío, recuperaría a mis seguidoras y estoy segura de que, con su ayuda, podría ser otra vez la mejor.*

*Quizá debería seguir a Victoria, sería una pena que tuviera un romance y este fuera un secreto...*

*«Quita, ya tengo perro». ¿Cómo puede Víctor ser un hijo de puta tan cabrón? ¿Cómo puedo yo ser tan idiota como para que me siga gustando? ¡Joder!, si me lo ha dejado clarito: ya tiene perra. Esa perra que me ha robado la vida y yo ya no soy nadie.*



## Dos

—Déjame pasar.

—Lárgate. Aquí no pintas nada.

Gabriel está frente a Víctor, el cual se ha colocado delante de la puerta de la habitación de Victoria. Sus puños están cerrados y sus brazos tensos a ambos costados de su cuerpo; el chico de más edad, por el contrario, se muestra bastante relajado: tan solo la expresión desdeñosa de sus ojos muestra lo poco que le gusta tener que hablar con un Astaquin.

—Yo puedo sacarla de su estado, hacer que salga. Tú no. ¿O acaso lo has conseguido?

—No vas a entrar. Es mi prometida y bastante mal has hecho ya.

—¿Tu prometida? ¿Qué has hecho, drogarla? —escupe con desprecio—. Porque dudo mucho que una chica tan sensata como Tory le haya dicho que sí a un despojo como tú.

—Vete a tomar por el culo. No vas a entrar. Si sigues así te voy a callar la boca retándote a un duelo, si es que tienes agallas para dar la cara. Los tuyos son de los que envenenan y le echan la culpa a una comida en mal estado.

—¿Me estás llamando cobarde?

—A ti y a todos los tuyos: cobardes y asesinos. ¿O crees que nos tragamos que eso que mata a los nuestros en las escuelas son accidentes?

Los antebrazos de Víctor, que sigue con los puños apretados, están congestionados. Se le marcan las venas, sabe que cuando deje de estar tan enfadado le dolerá la muñeca fisurada pero le da lo mismo. Si no fuera porque provocaría una guerra abierta y eso podría perjudicar la posición de su madre frente a la de las demás matronas, le partiría la cara de inmediato.

Gabriel, por el contrario, está bastante animado, la situación parece gustarle. Si Víctor pierde el control, los suyos tendrán una excusa para acabar con el internado.

Lo mira con una sonrisa calculadora antes de contestarle.

—Piensa lo que quieras, yo he venido a ver a Tory y lo que tú sospeches, sin pruebas, no vale una mierda.

En ese momento se abre la puerta, sobresaltando a los dos jóvenes. Víctor se aparta y sale ella, que debe de haberlo escuchado todo.

—¡Dejadme pasar! —les exige en un pretendido grito que en realidad se escucha como un susurro.

—¿Estás bien? —se preocupa Víctor.

—Ya sabía yo que querías verme, Tory. —Le sonrío Gabriel.

—Dejadme, por favor. Si he salido es porque ya no me aguanto más.

Extrañados, se apartan. Victoria, caminando de un modo muy raro, se abalanza sobre la puerta de al lado, la del cuarto de baño.

Varios minutos después, en los cuales ellos dos se vigilan, uno con odio y el otro con una sonrisa fría, la chica vuelve a aparecer. No les mira, intenta pasar de largo y volver a su cuarto.

—Victoria, por favor...

Ni le contesta a su supuesto prometido. Aparta de un manotazo el brazo que este alarga con delicadeza para sujetarla.

—¡Espera! Déjame hablar contigo, puedo ayudarte. —La voz de Gabriel suena dulce de repente, en contraste con el tono despectivo y calculador que estaba utilizando con Víctor.

Tory se gira y clava sus ojos en los del chico rubio, como intentando llegar a su alma con la suya torturada. Algo debe de ver en ellos porque acepta, le dice que sí con la cabeza. El hijo de la directora se queda mirando cómo su rival entra en el cuarto, cómo le dirige una mueca triunfal y desdeñosa, cómo la chica que ha aceptado compartir su vida le bloquea el camino a su corazón para abrírsele a su enemigo.

La puerta se cierra en un sencillo movimiento, uno que genera un ruido similar dentro de Víctor. Es como si una enorme losa hubiera caído sobre sus ilusiones. Aplastándolas.



Entro a mi cuarto y me sigue Gabriel. No entiendo a Víctor. Él es siempre tan fuerte, tan seguro de sí mismo, y allí estaba, a punto de perder el control e iniciar una pelea. Ni que le hubieran amenazado con dañar algo que apreciara mucho.

En todo caso, no tengo muy claro porqué he dejado entrar a Gabriel. Quizás sea porque a él no lo asocio con mi comportamiento engreído. Casarme con Víctor... en la vida volveré a ser tan idiota. Me creí superior a las demás, digna de él, que todo valía, y he acabado convertida en una asesina sin moral. Por eso no soporto verle, aunque me muera de ganas de escuchar su voz o el modo en el que me llama cosita,

ese que se me clava en lo más hondo. ¡Joder!, si solo de pensarlo me duele. Pero no puedo porque me recuerda la mala persona en la que me he convertido.

—¿Estás bien?

Gabriel parece muy preocupado, tanto que sus ojos no sonríen, algo extraño en él. Se me ha acercado y me ha colocado el brazo sobre los hombros. Desearía que fuera el de Víctor, pero de él me apartaría.

—No, no lo estoy.

Como si fuera una niña pequeña, me conduce hacia mi cama donde me sienta. El colchón se hunde y mueve con suavidad al hacer él lo mismo a mi lado.

—Escucha, Víctor y su madre son malvados. —Me acaricia el rostro con delicadeza; vacía como estoy por dentro me dejo hacer—. Siento tener que decírtelo pero es la verdad. Los Ashlae son mala gente, educan a sus hijos para que lo sean y para el hijo de Eloísa ya no hay redención posible. Que te quede claro, con tu bondad no puedes salvarle y debes ayudarme a impedir que sigan haciendo daño a la gente, a chicas inocentes como tú.

En cierto modo, es lo que deseo escuchar: alguien que me diga lo que debo hacer y cómo volver a ser la joven buena que era. ¿Pero por qué me dice que no puedo salvarle? Ni había considerado la idea.

—¿Me escuchas, Victoria?

Su mano sigue acariciándome. Asiento con la cabeza.

—Verás —continúa—, sé que ha sido duro estar aquí, en este internado, verte poco a poco dominada por ellos. Te han lavado el cerebro y hecho enfrentarte a tus compañeras. Lo siento, Victoria, pero es el momento de que reacciones e intentes que lo que le ha pasado a tu amiga no ocurra nunca más. Porque ha sido la directora la que la ha matado.

Sus palabras tienen cierta verdad; yo jamás habría hecho algo así por mí misma, no sin la influencia de este sitio, Víctor y las profesoras.

—Tú misma no has sido más que una víctima de esta escuela.

Pienso en Víctor (ya no lo puedo considerar mi chico, aunque en teoría estemos prometidos, ya no). Sí que me ha influido, aunque yo estaba deseosa de hacerle caso. No voy a darle a él y a su madre la culpa de la muerte de Paula pues ha sido mía, pero no negaré que tuvieron mucho que ver. Si no fuera por su ternura con los halcones, por aquel beso que me dio el día que me rescató tras la paliza que me dieron... si no fuera por esas muestras de dulzura pensaría que es verdad, que Gabriel tiene razón, que todos los Ashlae son malos. A lo mejor puede tener redención...

¿Después de llamarme perra? ¡Ni de coña!

Creo que me duele la cabeza. Todo es demasiado complicado. ¡Sería tan sencillo si pudiera estar segura de que él es malvado y yo solo he sido una víctima más! Las lágrimas, esas que se me agolpan en la garganta y no me dejan hablar, comienzan a salir de repente, silenciosas. Gabriel me mira y me abraza fuerte. Allí, con mi rostro apoyado en su hombro, encuentro algo de consuelo. No demasiado, pero cuando

acabo esa emoción angustiosa que me estrangulaba la voz ha remitido. Se lo agradezco.

Entonces tomo una decisión.

—Muy bien, Gabriel, te ayudaré.

Pese a tener mi cara enterrada en su jersey puedo notar cómo sus ojos ríen otra vez.



—Buenos días, señores Escartín, ¿en qué puedo ayudarles?

La voz de Eloísa suena profesional al otro lado de la línea telefónica. La madre de Victoria, sin embargo, está visiblemente preocupada.

—Disculpe que la moleste, pero al comentarle mi problema a la conserje, esta me ha pasado con usted. Verá, hace tres días que Victoria ni me llama ni se pone al teléfono cuando la llamo.

—Esto es un poco delicado... No la hemos llamado porque los padres de la señorita Martínez todavía no desean hacerlo público. Su compañera de cuarto se ha suicidado y ella está algo deprimida. Les pido que sean discretos con esto.

Se escucha un jadeo asombrado al otro lado de la línea. A continuación el silencio durante casi un minuto.

—No se preocupe por eso. ¿Puede ponerme a mi niña al teléfono?

Su voz suena un poco dura. Es posible que esté planteándose si recriminarle a la directora que no la hayan avisado. Al fin y al cabo, puede que otra muchacha se haya suicidado pero la que sigue viva y necesita ayuda es Victoria.

—No quiere hablar con casi nadie. La psicóloga de la escuela opina que es mejor no agobiarla. En unos días se le habrá pasado.

—Muy bien, entonces voy a verla.

La madre cuelga el teléfono antes de que la directora pueda intentar convencerla de que no hace falta. No entiende cómo todo el mundo, tras hablar con Eloísa, opina que es una gran profesional; a ella no le parece más que una mujer que mantiene a sus alumnas aisladas del mundo.

Le dice a su marido que vaya cogiendo las llaves del coche mientras ella va a buscar su bolso.



Paula está muerta. Por mi culpa.

Han pasado tres días y sigo sin poder reaccionar, siento un dolor, una angustia, una congoja... ¡algo!, en el pecho que no me deja vivir. Es como si una mano inquebrantable se hubiera afincado a vivir dentro de mí, agarrando mi corazón y

apretándolo tanto que no puedo sentir otra cosa. Incluso en los raros momentos en los que no estoy pensando en que no volveré a verla, en que yo la empujé al suicidio, incluso en esos siento el dolor viviendo dentro de mí, empañando mis palabras con una capa de sangre, haciéndome indigna de seguir existiendo, torturándome a cada respiración y a cada pensamiento.

Yo la empujé. Tomé su vida. Y lo peor de todo, aquello por lo que me carcome la culpa, es que fue deliberado. No es que quisiera ser ella, es que probé el poder, probé la euforia de ser la mejor y me gustó. Me gustó demasiado, lo suficiente como para recrearme en ello y pisotear la fama de Paula. Me encantaría decir que no me di cuenta de cómo yo me había convertido en el centro social, poco a poco, en esas semanas tras el examen. Pero no fue así. Los labios de Víctor (¡joder!, ¿cómo iba a saber yo que encima le gustaba?) y la energía creciendo dentro de mí, acumulándose, para estallar juntos en un subidón tan grande que no supe decir que no... Lo confieso: Víctor y la magia fueron los que me hicieron idiota, arrogante y engreída como la típica animadora jefe de las pelis americanas.

Fue mi culpa. Debí haberlo visto. Debí haberla entendido, no tratarla como a una rubia odiosa. Y ahora ya es tarde. Este dolor, este latido agónico que palpita bajo cada uno de mis movimientos, me acompañará siempre como prueba de que no soy más que una mala persona, una asesina.

No quiero ni pensar qué dirán mis padres cuando se enteren de esto. Ya no voy a ser su niña buena nunca más.

Decepción, dolor, culpa.

Muerte.



## Tres

—¡Mi niña!

La madre se abalanza sobre ella nada más verla y la abraza muy fuerte. Le da igual si Victoria desea esa muestra de afecto o no, pues ha estado muy preocupada por ella. Puede que su hija sea una chica sensata y razonable pero no por ello ha dejado de pensar, en ningún momento, que una estudiante de 3.º de la ESO es muy joven para irse a vivir lejos de casa.

Cuando la suelta, pasado un buen rato, es su padre el que se le acerca para darle un par de besos.

—¿Estás bien? Tu madre se puso como loca en cuanto se enteró, ya la conoces. Nos hizo venir a toda velocidad, un poco más y atropellamos a una anciana en la carretera —bromea para ocultar su preocupación.

—¿Estás bien, verdad mi niña? Para mí ha sido un alivio que vinieras a esta salita a recibirnos. Creíamos que te negabas a salir de tu cuarto.

Lo cierto es que se encontraban en un saloncito en el área de las profesoras, uno al que una de las docentes había guiado a la joven tras decirle que sus padres habían llegado y deseaban verla. Y como gracias a la compañía de Gabriel (la de Víctor no: ella se negaba en redondo a verlo y al cabo de día y medio el chico se había retirado de su puerta) estaba un poco mejor, no la agobió demasiado la idea de salir de su habitación.

—Mamá, papá... yo...

Al ver a sus padres algo se rompe dentro de ella y vuelve a echarse a llorar, mas esta vez como una niña pequeña. Su madre la abraza y, entre hipidos, ella le confiesa que ha matado a su compañera de cuarto. Poco a poco, lo va contando todo. O al menos todo lo referente al acoso al que ambas se han sometido por turnos, pues tiene que omitir toda referencia a la magia. Sus padres la escuchan muy callados y cuando

ella acaba le palmean la espalda, la guían para que se siente en uno de los sofás de la salita, hacen lo mismo y la miran muy serios.

—Victoria, escúchame bien —le pide su padre—. No voy a alabarte porque lo que has hecho ha estado mal. Nosotros te inculcamos unas normas, un modo correcto de comportarse, una ética, y tú parece haberlos olvidado; pero eso es lo de menos. Tienes que volver a ser tu misma, a comportarte como siempre, para evitar que algo así vuelva a pasar. Pero *no* —remarca— es tu culpa lo que pasó. Tú no la mataste: fue ella, se suicidó. Y eso no tuvo que ver con que tú tomaras su puesto, sino con sus propios miedos y debilidades internas. Lo correcto habría sido que no te metieras con ella cuando fuiste mejor en los estudios y les caíste bien a sus amigas pero eso no es motivo para que alguien se suicide. Esa chica tenía ya un problema y ese no tenía nada que ver contigo. ¿Te queda claro?

Clava sus ojos en los de su hija, a la vez que la madre se muerde el labio deseando con todas sus fuerzas de que Victoria se dé cuenta de la verdad que hay en las palabras de su esposo.

—Sí, creo que sí.

Para ella es todo un descubrimiento. Pero tiene sentido pues ella misma no se suicidó cuando la acosaron, ni cuando casi la matan. Pero aunque ella no fuera la culpable, sí fue el detonante. Se comportó de manera gilipollas y odiosa, tanto ella como todas las demás alumnas pues eso, ese elitismo y esa rivalidad, es algo que se inculca en el internado. Y si no lo hubiera hecho, si hubiera sido más paciente, más buena, Paula habría podido tener tiempo para enfrentarse a sus demonios; de hecho, ahora mismo estaría haciéndolo en vez de estar muerta.

¿Pero se trataba de eso, de dejarse pisar sin decir nada?

—Mi niña —interviene su madre, algo preocupada al ver el ceño de Victoria fruncido—, tienes que asumir tan solo la responsabilidad de tus propios actos.

Tory se queda pensando que Gabriel, en cierto modo, le dijo algo similar si bien él achacaba la culpa de todo a Víctor, su madre y el resto de docentes del internado.

Asiente con la cabeza.

Quizá, por fin, va comprendiendo. El ver lo que pasó desde otro ángulo le da algo con lo que acabar de calmar a la tormenta que lleva días descargándose muy dentro de ella; además de que tiene tarea pendiente, aunque solo sea por Paula.

—¡Ven a casa, mi niña! Ahora mismo le decimos a la directora que nos lo hemos pensado mejor y que te vienes a tu instituto de siempre. Yo te cuidaré y ayudaré a que te sientas mejor.

—Mamá, gracias por lo de cuidarme pero voy a quedarme. —Le sonrío la joven, su corazón algo más confortado por la visita y el afecto de sus padres—. Hay algunos cabos sueltos que tengo que atar.

—¿Cabos sueltos? No te entiendo.

—Trabajos a medio hacer, exámenes que ya he estudiado, esas cosas. Mejor vuelvo a casa el curso que viene, ¿vale?

—¿No te vienes? —La mujer la mira entre dolida y preocupada.

—Mamá, estaré bien. Aquí también tengo amigas.

—De acuerdo —interviene el padre—. El curso que viene. Nosotros nos vamos a dar un paseo y volvemos en una hora para seguir conversando.

—¿Y eso? —se extraña Victoria.

—Hay alguien que está deseando verte. Cuando tu madre le pidió que viniera, se emocionó ante la idea de volver a verte.

De repente la joven se sintió muy culpable. Solo podía tratarse de su mejor amiga, aquella a la que había dejado de llamar e incluso, ante la idea de que viniera en Navidades, se había avergonzado de ella.

Ana.



—¡Anaaaaaa!!!

Es ella, mi mejor amiga, que viene a verme justo cuando más la necesito. No sabría poner en palabras lo que estoy sintiendo ahora mismo.

En cuanto la he visto entrar por la puerta he corrido hacia ella, sin pensar en nada que no fuera que está aquí. Al instante, nos hemos abrazado y empezado a llorar como dos tontas, cualquier reproche que Ana pudiera tener olvidado ante mi alegría al verla. Después, interrumpiéndonos la una a la otra, nos hemos contado el porqué de unas lágrimas tan emocionadas: ella pensaba que yo ya no quería ser su amiga, me confiesa que me echaba mucho de menos; yo que siento muchísimo haber pasado tanto de ella. Una vez somos capaces de separarnos y volver a hilar frases con cierta coherencia, sin que parezca un dramón sacado de alguna telenovela, nos sentamos y no sé cómo pero me abro completamente a ella. Y se lo cuento todo. TODO. Magia incluida.

Ana no me cree al principio pero yo le hago un hechizo sencillo, un robo del pasador con el que sujeta sus rubios cabellos rizados, y no le queda más remedio que aceptarlo. Y es increíble, ella no me juzga. Sus expresivos ojos marrones tan solo expresan asombro, apoyo y empatía. Es algo maravilloso. Además, sé que me guardará el secreto. Le diría que no me merezco tener semejante amiga pero solo serviría para que ella se pusiera colorada y lo negara.

—Tory, guapa, prométeme que harás lo correcto, que pasarás de la influencia negativa de ese chico y su madre.

Si me lo dice así, yo que voy a contestarle. Ya le he confesado que me gusta mucho Víctor y que este me ha utilizado, que para él yo era algo así como su perro. Su consejo ha sido que pase de tíos y me centre en volver a ser yo misma.

—Te lo prometo. —Me duele hacerlo, porque todavía me hace daño pensar que el que era mi chico me ha estado utilizando, fingía que yo le gustaba para obtener mi

poder para los Ashlae—. Cambiando de tema, ¿qué tal está María?

—Está bien, pero sigue sin querer saber nada de ti. Lo siento.

—Vale, no pasa nada.

En cierto modo no pasa, todo esto que estoy viviendo es mucho más gordo que el que la que creía era mi segunda mejor amiga no sea más que una envidiosa frustrada.

—Tus padres y yo vamos a quedarnos a pasar la noche. La directora nos deja dos habitaciones de invitados pero yo he conseguido que me permitan quedarte contigo. Esta noche fiesta de pijamas, ¿vale? —Me sonrío y bromea para animarme un poco.

De niñas nos encantaba hacerlas y es ese recuerdo el que hace que le devuelva la sonrisa. Después de todo, puede que aún quede esperanza para una mala persona como yo o, como dicen mis padres, que en absoluto lo sea.

—De acuerdo. Pero te dejo un hueco en mi cama, mejor dejar en paz la de la muerta.

Noto la cara horrorizada que se le escapa. Sí, al igual que Gabriel me está ayudando a superar todo esto, pero va a llevar su tiempo. Al fin y al cabo, apenas han pasado cuatro días.



Ayer después de comer se fueron Ana y mis padres. Estoy muy agradecida por su visita, me han ayudado mucho, tanto que siento que la naturaleza me llama, que necesito salir afuera, llenarme de su energía, sentirme consolada por esta; ya no me veo tan malvada como para ser indigna de sus dones, aunque no por eso evado mi responsabilidad y mi culpa. Tampoco olvido lo que tengo que hacer.

Es viernes por la tarde. Hay clases. Yo llevo todos estos días sin ir, imagino que volveré el lunes, sobre todo si quiero aparentar normalidad para poder ayudar a Gabriel. Aprovechando que están tan vacíos, me quedo un rato en los jardines del patio interior. Da gusto oler las flores más tempranas. Ni siquiera es abril y algunas ya han salido, como regocijándose del final del invierno que yo para nada siento lejano. En clase nos dijeron una vez que es sencillo obtener la energía de la luz del sol o el calor de la tierra; que solo las más poderosas o las más entrenadas podremos hacerlo de los seres vivos. Muy entrenada no estoy, pero cada vez tengo más claro que este flujo de energía del que me he estado alimentando estos meses, el mismo que ahora me llega aunque sea con una intensidad mucho menor debido a mi pena, viene de las plantas, de estas mismas y delicadas flores tempranas. Es mientras estoy allí, perdida en mis pensamientos, perdonándome y justificándome un poco más con cada caricia del sol, cuando Noelia aparece.

—¿Qué tal estás, Victoria?

Estoy empezando a odiar que todo el mundo me pregunte lo mismo. Supongo que eso es bueno.

—¿Tú no tienes que estar en clase?

—Bueno, te he visto desde la ventana y he pedido permiso para ir al baño. — Señala hacia arriba, hacia su clase—. Solo tengo un momento, ¿estás bien?

—Estoy mejor. Gracias.

Es reconfortante que de repente mi bienestar preocupe a tanta gente. Pensar que mi opinión sobre Noelia no era demasiado buena...

—Hazme un favor: perdónate. —Coloca una mano sobre mi brazo—. Yo entiendo perfectamente que la trataras mal. Como víctima de Paula, si llego a tener la oportunidad, imagino que habría hecho como tú. Esa tía era odiosa. No me mires así, tenía que decirlo. Vale que haya que hablar bien de los muertos pero es que ella se pasó mucho. Recuerdo y te agradezco cómo me protegiste y luego la emprendieron contigo. Me sentí cobarde por permitirlo, perdóname, no tengo tu fuerza.

¿Qué puedo hacer ante algo así? Se me escapan un par de lágrimas y la abrazo. Últimamente no parezco fuerte sino una llorona. Lo peor de todo es que me siento a gusto, es como si lo correcto fuera olvidar cómo Noelia huyó en vez de apoyarme cuando la ayudé, no guardarle rencor y, de paso, perdonarme a mí misma. Lo que ni Gabriel, ni Ana, ni mis padres han conseguido lo ha hecho ella. Pues, como víctima, es la única que puede entenderme de verdad. Además, recuerdo lo que me dijo aquella vez sobre su madre, quien se había derrumbado cuando perdió a su padre y fue fuerte y se levantó. Imagino que Noelia espera que yo haga lo mismo.

—¿Nos vemos este finde para dar un paseo o ir a la biblioteca? —me pregunta cuando nos separamos, sus ojos también brillantes.

—Claro —le sonrío—, cuando quieras.

Se va corriendo, seguro que le cae bronca en clase. La veo perderse en una esquina de los parterres de rosales que me rodean; es una pena que a diferencia de las violetas todavía no tengan flor. Me giro y comienzo a andar. Mi lugar favorito, la cascada con la estatua de la bailarina, me espera. Algo en mí me dice que me sentiré mucho mejor conmigo misma cuando llegue allí y pueda realizar ese ritual de purificación que llevo en mente.



Luna nueva. He estado toda la tarde sentada en mi roca, al lado de la caída del agua, dejando que la energía de la naturaleza me llene y me cure. Tengo hambre, porque no he comido nada desde el mediodía; pero es lo correcto: si quiero purificarme bajo el influjo de la diosa, esa que ya no existe pero que estaba tan conectada con la luna, debo ofrecerle algo a cambio y siento que está bien que sea una molestia física como el hambre. Sobre todo si voy a salir de aquí libre de un dolor que ya no sé si calificar de espiritual o de orgánico por cómo se me clava en las entrañas. Esto no está en los libros de texto ni lo he leído en la biblioteca prohibida. No. Es un ritual Samuae. La

magia que enseñan en clase es Ashlae, donde la energía la acumulas en tu cuerpo en rituales y después la utilizas en hechizos, aparte de la tuya propia. Los Samuae, sin embargo, no eran demasiado buenos en esto y por eso, desde el inicio de los tiempos, rezaban a su diosa y era de su poder divino del que se cargaban en los rituales. Ahora, aunque ya no tienen a su señora, todavía sacan el poder de ella. Es extraño, porque de esta tan solo queda la energía que se disuelve en la tierra o que vuelve a la luna cuando las hechiceras que poseen su esencia mueren sin descendencia femenina a la que pasársela. Según Gabriel ese es un motivo para atacar a los internados de modo encubierto: porque sin la diosa renacida, su poder es inferior al de los Ashlae que sacan el poder de sí mismos y lo recargan con el de los seres vivos. Ellos consideran eso como una aberración. Yo lo veo natural, no me parece que haya nada malo en aceptar una energía que no viene directamente de la divinidad; es de las pocas cosas en las que todavía no pienso como Gabriel. En todo caso, para purificarme de la influencia de esta escuela, de la magia oscura, siento que lo correcto es un ritual al modo de los cazadores.

Y aquí estoy. Ya ha anochecido y la luna, nueva, está ausente en el cielo. Es el momento. Al igual que Gabriel confía en que la diosa renacerá algún día, del mismo modo que su símbolo, la luna, lo hará mañana, yo voy a hacerlo esta misma noche. Nueva y purificada.

Inspiro y paladeo el aire fresco, cargado de olores a lavanda y tomillo. Me quito la ropa, quedándome desnuda. La gema roja y su gruesa cadena son lo único que llevo ahora encima pues si voy a purificarme no quiero que haya nada entre el agua consagrada y yo misma. Después, me meto en la gélida corriente del arroyo, que me llega por los tobillos. Cierro los ojos, vuelvo a inspirar, vacío mi mente de todo pensamiento que no sea mi deseo de renacer, de volver a ser yo como lo era antes: buena y pura. Abro los párpados y comienzo con el círculo.

—Espíritus del norte, vosotros que sopláis allí donde nacieron los sueños de la diosa, haced que la tierra reverdezca e inicie mi círculo. Os convoco, gnomos.

Pronuncio las palabras y dibujo un sello. De mis dedos sale el fuego que queda unos instantes en el aire antes de desvanecerse, formando el símbolo que invoca los poderes de la tierra. Frente a mí, en el norte, aparece una vela verde encendida, colocada sobre la hierba. Puedo sentir cómo huele el suelo que me rodea, la fuerza con la que da vida a la naturaleza que sustenta. Inclino la cabeza en señal de respeto y paso al siguiente elemento.

—Espíritus del este, vosotros que sopláis allí donde crecieron los sueños de la diosa, haced que el aire vibre y acuda a mi círculo. Os convoco, sílfides.

Esta vez mis palabras en el idioma antiguo son para el símbolo que me traerá los poderes del aire. A mi derecha aparece una vela amarilla, flotando sobre la cascada. Ni siquiera he tenido que convocar un campo de fuerza, pues los sellos para los rituales son de por sí hechizos muy elaborados que invocan a cada elemento como debe hacerse: por ello el del aire aparece flotando.

Siento una brisa que me acaricia, trayendo hacia mí gotitas de agua de la cercana cascada. Mi medallón parece latir en pulsos cálidos contra mi pecho; imagino que se debe a su afinidad con el aire, que ahora mismo está presente.

—Espíritus del sur, vosotros que sopláis allí donde lucharon los sueños de la diosa, haced que el fuego se avive y acuda a mi círculo. Os convoco, salamandras.

Al instante, tras dibujar el sello, a mi espalda suena una explosión. No me hace falta girarme para saber que eso que calienta mi piel es una llamarada roja, quemándose sin cera, sin pabilo, y que está brotando de una rama de uno de los dos álamos que adornan la orilla, a la cual consume. Sonrío. Mi afinidad será por el aire gracias al aoma, pero yo me siento más cómoda y poderosa estando cerca del fuego.

—Espíritus del oeste, vosotros que sopláis allí donde murieron los sueños de la diosa, haced que el agua fluya y acuda a mi círculo. Os convoco, ondinas.

A mi izquierda, en un charquito de agua que hay cerca del arroyo, aparece flotando una vela azul. Su llama parece diminuta y próxima a apagarse en cualquier momento, pero yo puedo sentir su fuerza, cómo hace que los hilos de agua que caen por la cascada se multipliquen, que el nivel del líquido ascienda desde mis tobillos hasta mis muslos.

Me siento llena de poder, rodeada por los cuatro elementos. Ya tan solo me falta el espíritu.

—Espíritu de la diosa, tú que anidas en mí, surge brillante y claro y cierra este círculo. Concédeme tu bendición, para que todo lo que aquí se haga se cumpla.

Al instante me encuentro eufórica, plena, ebria de poder. Esa parte de la diosa que hay en mí se ha despertado por completo, inundándome, elevándome, uniéndose de manera armónica a los cuatro elementos e incluyéndome a mí en el anillo. El éxtasis que siento elimina hasta el hambre. Estoy levitando, en el aire, a varios metros del suelo. El agua de la cascada sube en un tornado de líquido y viento que me envuelve de los tobillos a los ojos. La tierra se ha desgajado en terrones y flota a mi alrededor, como si fuera materia atraída y capturada por la gravedad de un planeta. Ahora mismo yo soy blanca, pura, luminosa y el fuego lame mi piel, brota de esta pero no me quema. Siento el poder y me concentro para bajar abajo, apartar los elementos de mi alrededor y quedarme tan solo con el espíritu para, así, hundir mis piernas en la fría agua y avanzar poco a poco, sintiendo a la energía acompañar fluida a cada uno de mis pasos. Estoy en el centro del ritual, en el momento para el cual he convocado a la diosa. Es como si hubiera nacido para esto. Avanzo hasta meterme debajo de la cascada y dejo que el agua me purifique mientras mis labios desgranar y repiten una letanía de curación.

Pura... otra vez.

El agua empapa mi pelo, lava las heridas de mi alma; el agua y el ritual, el poder de la diosa, me devuelven mi pureza. Sigo siendo culpable de haber empujado a Paula al suicidio pero, ahora, me redimiré de haber obrado mal luchando para destruir esta escuela, este (como dice Gabriel) nido del mal.

Dejo que los elementos vuelvan a mí, elevándome y tocándome. Vuelvo a levitar, esta vez dentro de una espiral de agua, viento, tierra y fuego. Cierro los ojos y disfruto de la sensación, de sentirme tan completa y llena. Intento tomar fuerzas para la tarea que me espera, para poder fingir con éxito que todavía deseo ser una Ashlae. Una vez me siento capaz de eso y de mucho más, abro el círculo.

Primero despido a los espíritus de las aguas, a las ondinas. Estas se retiran del torbellino que me levanta, dejándome una caricia húmeda en el cuerpo. Después a las salamandras, sintiendo cómo mi corazón se inflama con su despedida y las llamas dejan de lamer mi piel. A continuación a las sílfides, que me bajan con suavidad hacia el suelo antes de retirarse. Les siguen los gnomos, llevándose la tierra que se había depositado a mis pies al irse el viento. Por último, la diosa. Siento como la parte de su poder que anida en mí se recoge a la espera de que vuelva a necesitarla mientras que, aquella otra que ha vuelto a la luna, me sonríe desde lo alto del cielo (aunque ahora mismo tan solo se vean las estrellas).

Me siento vacía por la ausencia de todos ellos y llena a la vez por la energía que se ha quedado dentro de mí tras el ritual. Y, sobre todo, me siento otra vez limpia: como si nunca hubiera jugado con magia oscura y provocado una muerte. Ya no voy a volver a comportarme mal, a acosar a nadie. Sé que la culpa no es de Víctor sino mía; pero yo ya estoy purificada y a partir de ahora mi supuesto prometido, que todavía sirve al mal, será mi enemigo. Yo, por suerte, he podido abrir los ojos y cambiar.

Sonrío, recojo mis ropas y comienzo a vestirme. Imagino que debería tener frío pero la magia mantiene mi cuerpo caliente. Estoy poniéndome mi camiseta sobre la ropa interior cuando oigo que alguien se acerca.

Por un instante, mi corazón se acelera. ¿Será Víctor que viene buscándome de igual modo que veló a las puertas de mi cuarto hasta que le permití el paso a Gabriel? Frunzo el ceño. Ese chico no debería gustarme, no es bueno. Por suerte para mis nuevos buenos propósitos, no los pongo a prueba todavía porque el que camina hacia aquí es rubio. Puedo ver la claridad de su cabello en la escasa luz de esta noche sin luna, en la tenue claridad que emite el cielo estrellado. Acabo de vestirme mientras llega a mi altura.

—Un poco más y te pillo sin pantalones. Buenas noches, preciosa —me saluda con su voz más dulce.

—Buenas noches, Gabriel. ¿Cómo sabías que yo estaría aquí?

—Si te soy sincero no lo sabía. Estaba dando un paseo cuando vi brillar algo en el horizonte, como un remolino de luz rodeando a una figura femenina tan hermosa y poderosa como la misma diosa.

—No te pases, solo era yo.

—¿Haciendo un ritual al modo Samuae, verdad?

—Sí.

Me mira complacido. Alarga la mano y toma mi barbilla, a continuación me besa.

He de confesar que estoy a punto de apartarlo y rechazarlo; al fin y al cabo, acabo de purificarme y todo el lío de los besos de Víctor ha sido lo que me ha llevado a este punto. Pero luego me doy cuenta de que Gabriel no embriaga y aviva mi poder, que sus labios no me encienden en fuego, que no me hace desear ser más y mejor para compartir mi fuerza con él y ser digna de estar a su lado. Así que imagino que besarlo (lo cual no negaré que es agradable) no supone ninguna amenaza a mi nuevo alineamiento en las filas del bien.

—Victoria, mi preciosa Victoria... tengo que pedirte algo.

—¿Una misión?

Seguimos de pie pero tan juntos que apenas hay medio palmo entre nuestras caderas. Nuestros alientos prácticamente se condensan juntos pero, sin embargo, no siento la revolución hormonal que sé que estaría experimentado de ser Víctor el que tuviera tan cerca.

—Sí —me contesta solemne.

—Cuenta conmigo. —Le sonrío—. No hay nada que desee más.

Me coge la mano derecha y la aprieta.

—Entonces, tienes que ir a buscar otra gema, la del fuego, para combinarla con la que ya llevas y crear así una daga que sea capaz de matar al hijo de Eloísa.

—¿Por qué? —No me gusta la idea de matarlo, de acabar con su voz, con su risa, con su modo de llamarme cosita.

—Porque es malvado y el hijo de una de las matronas más poderosas.

—No, que por qué se necesita una daga especial. ¿No podemos coger un cuchillo de la cocina?

—Porque es un Astaquin y tiene hechizos de defensa anti-armas tatuados en runas por su cuerpo. Las llevan ocultas, en zonas donde nadie pueda verlas para no poder así contrarrestarlas. Son muy poderosas y harían que tu cuchillo fallase o se rompiese. Y créeme si te digo que él no te daría la oportunidad de asestar un segundo golpe.

—¿Son invencibles? —me sorprende.

—No, una runa tatuada se borra tras cumplir su misión. Pero él no te dejaría golpear dos veces, por eso necesitas una daga mágica. Esta, la que formarás con dos aomas, una vez que se ha convocado tiene que matar. Y te aseguro que mata cualquier cosa, sin importar la magia o quien sea su víctima.

—Un momento —recuerdo de repente—, ¿tú no querías de mí que te llevara a un lugar especial o algo así?

Sus dedos acarician mi pelo, apartando mechones sueltos de mis pómulos.

—Eso era antes. Ahora, ahora que veo que estás de lleno en nuestra causa, me atrevo a pedirte que lo mates. Piénsalo: sin él, su madre cerrará la escuela porque ya no tendrá hijo al que buscar esposa. Las demás casas le dan igual, les da las hechiceras que le sobran pero su principal objetivo es siempre su propio hijo. Entonces, tus compañeras se verán libres de volver con sus padres, no correrán el peligro de convertirse en Ashlaes. Y tú, mi preciosa Victoria, no tendrás tampoco que

ser una de ellas.

—¿Pretendías convertirme en una de ellas? —Hago ademán de apartarme pero él me retiene rodeándome y sujetándome con sus brazos.

—Entiéndeme, solo te mostrarían el camino a su plano tras convertirme. Tenías que ser la mejor para ello, la esposa elegida, y ellas te habrían llevado allí con honores. Entonces tú nos habrías dicho cómo localizarlo, para que nosotros pudiéramos atacarlas por sorpresa y exterminarlas, algo que debería haber sucedido hace siglos si no hubieran encontrado el modo de burlar la maldición.

Sus antebrazos contra mis hombros y espalda, su rostro muy cerca del mío... no sé si sentirme deleitada, abrumada o sencillamente agobiada. Gabriel me gusta, pero no me hace gracia que intente utilizar mis sentimientos para influenciarme. Y eso de exterminarlos... tiene suerte de que ahora vea que son el mal, o nunca habría accedido a colaborar en algo tan radical. Hago acopio de mi poder y lo aparto de una oleada de energía. Lo pillo tan por sorpresa que le cuesta reaccionar; en el último momento flexiona las piernas y cae al suelo como un depredador agazapado. No está mal, pero no es Víctor.

—No pienso convertirme en una de ellas, no ahora que vuelvo a estar limpia. Pero no necesitas manipularme para que lo mate y cierren esta escuela. Considéralo hecho.

Y así, chicas como Noelia, podrán volver a sus casas.

—No me entiendes, Victoria. —Sus ojos se clavan en los míos, en vez de reír más bien me suplican apesumbrados—. Yo no quiero que te conviertan porque eres para mí más que un peón sacrificable por el bien de la causa. No... te he conocido y eres muy especial. Yo, yo no concibo los días sin ti. Victoria, te quiero. —Sus labios tiemblan al decirlo y yo me emociono al oírlo—. Por favor, entiende que este nuevo plan de acción es un riesgo que voy a correr con mi familia, pues quizá no lo aprueben. Pero yo no puedo dejar que te conviertan y, si en vez de una puerta para atacar ese plano lleno de maldad lo que les doy es a una de las matronas más importantes debilitada, entonces, imagino que no me lo tendrán en cuenta. Estoy desobedeciendo por ti, porque te amo.

Sus ojos se clavan en los míos y él se levanta, se me acerca poco a poco en medio de la súplica móvil de su silencio. Es la primera vez que alguien me declara su amor (Víctor no me lo dijo con esas palabras, con esas no...) y eso me ha enternecido. Gabriel es muy dulce. Otra vez siento que no hay más chico que él pero, una parte de mí, la que protesta por tener que olvidar al hijo de Eloísa, me grita que no es lo mismo, que este no me gusta de verdad, no me hace estremecerme de placer ante la sola promesa de un minuto a su lado. La ignoro, la elimino diciéndole que mataré a Víctor y así dejará de existir, dejaré de pensar en él. Dejo que Gabriel se me acerque y me bese.

De algún modo, es como si nuestros labios sellaran mi promesa de matarlo. Es irónico que sea ahora cuando por fin me entere de qué quería el chico del BMW Z4:

saber cómo ir al plano de los Ashlae para así poder atacarlos. Sí, lo es, porque ya no es eso lo que debo hacer.

—¿Y después, Gabriel?, ¿qué pasará cuando lo haya matado? —le pregunto una vez que ha separado su cabeza de la mía.

—Vendrás conmigo y con mi familia. Te convertirás en una de las mejores y más poderosas cazadoras de la historia.

Me acaricia la barbilla mientras me lo dice y sus ojos me miran con orgullo. «Mejor y más poderosa»... ¿por qué será que todo esto me suena tanto? Me resigno. Por lo menos esta vez estoy en el bando correcto.

¿O no?



—Muchas gracias por recibirme, señor Martínez.

El padre de la joven que en teoría se ha suicidado en Broto posee tres de las fábricas de maquinaria industrial más importantes de Aragón y, pese a ello, ha recibido al agente Gutiérrez de un modo que este solo puede calificar de campechano. Un adjetivo bastante extravagante para un hombre de su posición social.

—No hay de qué. Dime, qué te trae por aquí si no formas parte de la investigación.

Para que la secretaria le dejara entrar al despacho, le había contado que era policía pero que venía de manera extraoficial. El empresario le había dado la mano, un apretón fuerte, y señalado una silla para que se sentara.

—Verá, sé que todo esto le va a resultar extraño pero tengo mis sospechas de que su hija puede ser una víctima, al igual que las otras jóvenes.

—¿Otras jóvenes? —El hombre se vuelve serio de repente—. No sé qué me estás contando, Gutiérrez, pero espero que no estés intentando engañarme.

—Las que supuestamente murieron de frío. Había una investigación abierta, en la que yo estaba. Todo apuntaba a que las docentes estaban implicadas en esas muertes.

—Mira, mi hija dejó una nota y su compañera de cuarto está con depresiones por lo que ha hecho, por acosarla. Dices que crees que no fue suicidio. Te diré que bastante tengo ya con pensar que puedo tener parte de la culpa por exigirle tanto, por intentar que se formara un carácter con trabajo duro, como hice yo, algo que siempre me ha criticado su madre. Me gustaría creer lo que dices, que fue un asesinato, aunque solo fuera por poder dormir una noche sin somníferos, con la conciencia tranquila; pero lo dudo. Así que te pido que te marches.

Le hace un ademán con la mano, señalándole la puerta y dando la conversación por terminada.

—Espere. No pensaba decirle esto pero creo que en el internado se llevaba a cabo algún tipo de rito satánico o similar, del cual las primeras víctimas fueron una especie

de sacrificio. Yo vi sangre en las paredes, aunque luego la quitaron. Y la chica que se salvó hablaba de hechizos y ritos y bueno... demonios que las mataban. Eso último pudo ser algún efecto de alguna droga, no me extrañaría que consumieran alucinógenos, no por lo que ella contó. El problema es que todo el mundo cambia después de manera de pensar. Solo contéste algo: ¿ha hablado con la directora?

—Sí.

—¿Notó algo raro?

—No. Se limitó a contarme el caso y darme sus condolencias. Ahora, si me disculpa...

—Tenga. —Saca una tarjeta de su bolsillo y se la deja sobre la mesa—. Por si en algún momento quisiera contactar conmigo.

El señor Martínez mira la tarjeta y, por cortesía, la guarda en un cajón de su mesa en vez de tirarla a la papelera. Ya lo hará más tarde. Mientras ese agente tan raro se va, ese que parece estar un poco mal de la cabeza, suena su teléfono. Es su esposa. Suspira y se prepara para una larga conversación llena de lloros y reproches. Cuando cuelga, se ha olvidado de su intención de romper y arrojar la tarjeta a la basura.



—Gabriel...

—Mmmm.

Ha pasado un rato y nos hemos ido a tumbar al abrigo de unas carrascas bastante más apartadas del internado de lo que lo está la cascada. No es cuestión de que nadie nos descubra. Aunque hubiera preferido volver sola a mi cuarto; sus besos, sus caricias, estaban bien cuando tenían el sabor de lo prohibido, cuando yo era de Víctor. Ahora que me he cambiado de bando... ¿qué puedo decir sin sentirme una frívola? Pero no es lo mismo.

—Se supone que las gemas están en poder de las grandes familias de ambos bandos. ¿Quién tiene el aoma del fuego? —le pregunto.

—Eloísa.

Abro mucho los ojos.

—¿Cómo se lo quitaremos?

—Eso, preciosa, deberás sonsacárselo a su hijo.



—He pensado que te gustaría tener esto.

Le tiendo a Gema las ropas más bonitas y caras de Paula. Esta, por la expresión de sus ojos, parece estar considerando la opción de ponérmelas alrededor del cuello y tirar fuerte.

Es por la mañana del día siguiente, antes del desayuno. Estoy en la puerta de su habitación y Gema, que la ha abierto, se encuentra en el mismo umbral, con los brazos cruzados y mirándome con odio y rencor. Le preguntaría qué le he hecho, pero lo sé demasiado bien. Lo más irónico es que le dolió más que la salvara en aquel examen que cuando la dejé desnuda en el comedor de cintura para arriba.

—Gema, cógelas. Como las puso en mi armario, la directora dijo que ahora eran mías. He empaquetado la mayoría para que la conserje se las envíe a su familia pero creo que a ella le gustaría que tú tuvieras estas.

—Ni de broma. —Sus brazos no se mueven ni se alargan para cogerlas—. Te las dio para que los remordimientos te persiguieran y no pienso aliviártelos con un perdón.

Mi mano se congela, con la ropa sobre ella como un peso muerto. El horror de lo que hice vuelve otra vez a abrirse ante mí, como un vacío infinito.

—Mírate, eres una hipócrita —me escupe—. Ahora no vas ni con tus viejos vaqueros y ropa holgada pero tampoco nos imitas. ¿Ya te has cansado de disfrazarte de nosotras, ahora que la has matado?

Lo cierto es que ahora visto un punto medio, algo a caballo entre mi despreocupación anterior por el aspecto físico y las ropas tan cuidadas y elegantes de estas niñas ricas. Pero no es por eso, es tan solo porque ya no deseo ser aceptada como su líder. No me lo merezco.

—Perdóname, Gema, os he hecho daño.

—¡Jamás! —Sus brazos se descruzan, cierra los puños y su cara se congestiona por la ira—. Me humillaste sacándome de esa torre: habría preferido morir a ser salvada por una insignificante como tú. Y encima debía estarte agradecida. A Paula, que te dio dos veces la oportunidad de unirse a nosotras, la rechazaste, haciendo que su posición se tambaleara. Fuiste cruel sin motivo, rechazando algo que ninguna de nosotras habría hecho por ti, solo Paula que en el fondo era demasiado buena. ¡Para años te habría invitado yo! Y menos una segunda vez después de semejante desplante. Asímelo: eres una hija de puta asesina y espero que sufras como te mereces.

Enojada, se da la vuelta y entra a su cuarto. La puerta se cierra en medio de un sonoro portazo. He visto como se contenía para no darme una bofetada, imagino que por miedo a mis poderes. No sabe que esta vez la habría aceptado. Porque tiene razón, he obrado mal. Pero a diferencia de ella yo sí lo asumo y me perdono. Por eso sé que en algún momento me dejará de doler y lograré pasar página mientras que Gema no. Me da pena: si no cambia será toda su vida una amargada cuyo único objetivo sea verme hundida.

Ladeo la cabeza y me voy de allí. Me cruzo con algunas alumnas, que me miran con curiosidad, notan que estoy triste. Triste, sí, pero no deprimida. Eso ya pasó. La madre de Noelia tenía una niña por la que luchar, por la que superar su pérdida; yo tengo un montón de compañeras a las que liberar y una raza malvada a la que dar

caza. ¿Se puede pedir un mejor motivo para pelear?

Sí. Suspiro. Se me ocurre uno: el amor del chico que me importa. Ojalá pudiera redimirlo... me gusta tanto que haría cualquier cosa por volver a besarlo sabiendo que no voy a traicionarlo.

Mis pasos se pierden por los pasillos, su eco apenas resuena en las paredes; pero mi ánimo melancólico parece impregnar el edificio, calarse en las baldosas y los ladrillos, entrar en los conductos de calefacción del suelo, fundirse con el blanco luminoso de los techos.



## Cuatro

—Víctor, perdóname.

Debo de ser la mejor actriz del planeta: estoy fingiendo que soy sincera cuando mataría por poder decírselo de verdad. ¡Deseo que me perdone!, que no me tenga en cuenta haberle cerrado la puerta en sus narices para dejar entrar a Gabriel a mi cuarto, cuando se suponía que él era mi prometido y, además, llevaba toda la noche velándome. ¡Mataría por volver a sentirme suya! Pero no puedo, no puedo. Él es malvado y yo... yo no quiero seguir haciendo daño a mis propias compañeras y deseo redimirme de algún modo de haber provocado el suicidio de Paula.

Y él... él me mira desafiante, el viento echando hacia atrás esos mechones casi negros en los cuales mis dedos anhelan volver a hundirse. Está de pie en medio de la ladera, con Bella en su antebrazo y otro halcón siendo sus ojos en los cielos. Lleva unos vaqueros y una camiseta negra con el dibujo de un dragón en llamas. Puedo leer en la tensión de sus rasgos que está herido; herido, ofendido y enfadado.

—¿Por qué? ¿Por ser tú misma?

—¡Por favor! No te enfades conmigo... —le suplico.

Algo debe ver en mí, una chica que a pocos pasos en frente suyo está pidiéndole perdón, con una mano sobre el pecho y la otra tendida hacia él. Teatrera, lo sé. Pero juro que parte de mí siente que es cierto, que no hay nada que desee más que su perdón.

—¿Fingías cuando me diste el sí, cuando dijiste que querías ser mi esposa, para acceder a los secretos de las matronas, para poder traicionarme?

¡La madre que lo parió! Está a la vez duro y vulnerable; parece que si le digo que sí se vaya a morir de pena y, al mismo tiempo, hay una fuerza acerada en su pose que me da miedo. ¿Me atacaría?

—No, no lo hice. Era sincera.

Y dejo que la verdad de mis palabras se refleje en mis ojos, resbale por mi rostro, empape el aire y llegue hasta él; porque moriría por poder seguir siendo simplemente su prometida. Pero no puedo poner en juego las vidas de otras.

Víctor, el Astaquin, el hijo de la directora, aquel que parece haber sido concebido con el don de la belleza para atraer a cualquier chica, se derrite y se relaja ante mis ojos. ¿Así de sencillo es manejar a un tío? El poder, uno distinto al de mi magia, me abrume. Yo pensaba que estaría más rato dolido, receloso, lejano; pero en vez de eso alza el brazo para que Bella emprenda el vuelo y devora el par de zancadas que nos separan. Cuando me besa, sus rasgos solo muestran alivio y amor. Y yo, yo que estoy tramando su muerte, no puedo menos que sentirme culpable. Muy, muuuy culpable.

Joder, es que este chico debe quererme de verdad.

Sus labios, el calor, la presión de su cuerpo... olor a plumas, cuero y acero... mi aliento condensándose con el suyo, mi cuerpo fundiéndose con el suyo como si fuera un molde perfecto... Lo olvido, abandono y relego todo lo que no sean sus caricias y sus besos. Por unos instantes que parecen infinitos y eternos, vuelvo a sentirme como si hubiera vuelto al lugar al que pertenezco: sus brazos. Sabe la Diosa que cuando me separo me cuesta muchísimo recordar que estoy aquí para sonsacarle.

—Gracias, cosita. Gracias por elegir seguir a mi lado.

Me estremezco. Él me observa como si yo tuviera algún motivo oculto para no hacerlo y pese a todo lo hubiera elegido a él. Dudo mucho que sepa la verdad; no tengo ni idea a qué puede deberse esta mirada. Así que aparto el dolor que me mata, ese que me supone engañarle, y sigo actuando como si me fueran a dar un Óscar.

—De nada... —Beso la comisura de sus labios con dulzura (y con deseo... Y me aborrezco a mí misma por hacerlo)—. Oye, quería preguntarte una cosa.

—Lo que quieras, preciosa.

—El otro día vi a tu madre con una gema como la mía. ¿Es una aoma?

El que era mi chico, de golpe, se separa. El aire corre entre nosotros y, pese a su calor primaveral, lo siento estéril y frío.

—Mi madre no la enseña, no has podido verla —su tono se vuelve algo peligroso, me mira otra vez con dudas.

¿Qué es lo que sospecha?

—Bueno... leí en la biblioteca, esa del subsuelo que me enseñaste, que ella tiene uno.

Se relaja un poco. En los cielos, los dos halcones disfrutan de su libertad.

—De acuerdo, Victoria, es cierto. Dime, ¿qué quieres saber?

—¿Dónde lo guarda? Quizá tú y yo podamos aprovecharlo mejor, al fin y al cabo yo ya tengo uno... —le pregunto con lo que espero sea una sonrisa pícara, a la vez que le guiño un ojo.

El silencio, mientras él la mira con suspicacia, se adueña de ambos unos minutos.

—Victoria, olvídате de retar a mi madre, a la matrona Niven, para fundar tu propia casa. Ella es mucho más poderosa de lo que crees y no tendría piedad de ti ni

aunque seas mi esposa.

Veo que ha pillado mi insinuación. ¿Y por qué no iba a retarla si de verdad fuera a casarme con él? Si una hechicera quiere fundar su casa, solo tiene dos modos: que la matrona le dé permiso o vencerla en un duelo para ello. Aunque claro, este segundo modo también puede acabar con la muerte de la matrona y con que la aspirante se quede con todo. Sinceramente, no sé si sentirme halagada porque se preocupe más por mi bienestar que por el de su madre o darle una colleja por tener una opinión tan baja de mi poder. Entonces me siento muy triste de repente, porque yo ya ni le doy collejas ni bromeo con él; tan solo lo finjo.

—Oye... yo pensaba que te gustaba mi potencial mágico. ¿Ya no me crees poderosa? —bromea la actriz en la que me he convertido.

Lo que de verdad querría preguntarle es si se quiere casar conmigo por mi poder pero, considerando que voy a matarlo, no podría soportar escuchar de sus labios la confirmación de que me ama.

—Mucho.

—Hmmmmm. —Pego mi cuerpo al suyo, melosa—. Dímelo... Dímelo aunque no vaya a usarlo.

Me rodea con sus brazos.

—Mi madre tiene sus habitaciones en la primera planta. De hecho, toda la torre del noroeste es suya. Allí, tras una puerta cerrada con un sello que solo ella puede abrir, el pasillo se estrecha y se accede a sus dominios, que están medio ubicados en otro plano, uno donde las dimensiones son más amplias y laberínticas. Y en su alcoba, a los pies de su cama, hay un cofre. Además de todos los hechizos de protección y de llamada por si alguien se acerca, está cerrado mediante cuatro cerraduras hechas de diamante y llenas de agujas envenenadas para aquel que las manipule. Dime, Victoria, ¿sigues deseando ir? Porque los regalitos que esconde allí mi madre pueden volverte loco si osas acercarte. Ella es una experta en planos donde la realidad se desvirtúa, donde el horror te atrapa y tortura tu mente mientras demonios desgarran tu cuerpo. Dime, preciosa, ¿aún lo deseas?

Me está analizando. Después de todo no soy tan buena actriz, no puedo mentirle. Ni siquiera eso de la otra dimensión me asusta como debiera.

—Sí.

—De acuerdo. Pero no vayas: no saldrías viva y no quiero perderte. Eso si mi madre no te pilla a medio camino y te expulsa de la escuela con un lavado de cerebro de regalo, uno que te haría olvidarme.

Me estremezco. Víctor lo nota y sus ojos siguen fríos, como calculando probabilidades. Sospecha algo, pero no lo que oculto o ahora mismo no seguiríamos aquí hablando.

Le beso, con pasión. Dejo que toda mi culpabilidad por planear su muerte, mi rabia, mi dolor, fluyan furiosos junto a mi poder y hagan arder mi energía. El día parece de repente de tórrido verano. El chico que me gusta me devuelve el fuego con

el de su propio cuerpo. Noto como se derriten sus recelos y yo me aferro a eso, a la naturalidad con la que nos abrazamos, nuestros corazones se sincronizan, laten a la vez, parecen fundirse en uno. Quizá luego siga dudando de mí pero, ahora mismo, yo vuelvo a ser su prometida.

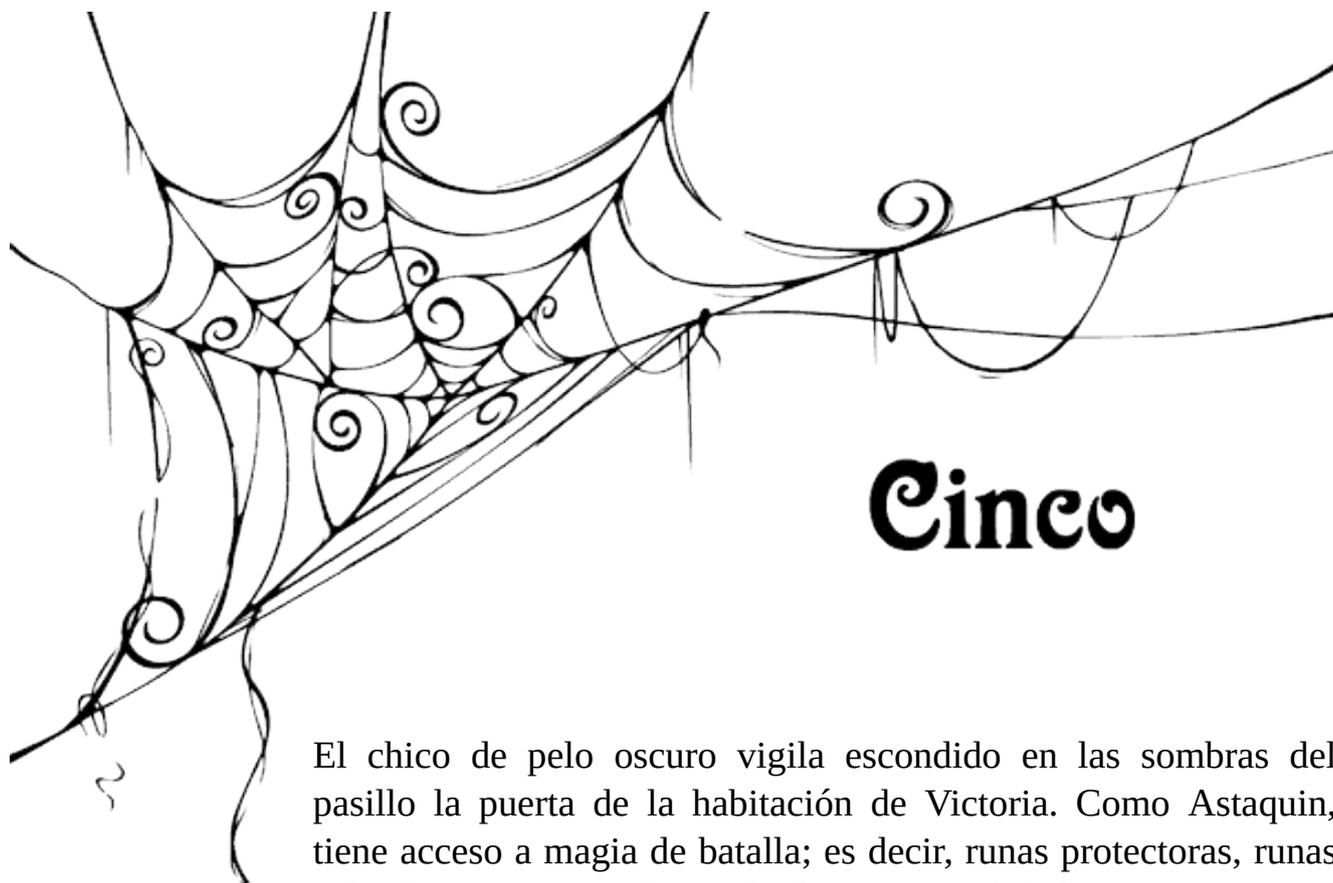
Los halcones gritan mientras nos sobrevuelan, enfebrecidos por la energía que emitimos, por el contacto empático que tienen con su dueño.



Pasan los días. Finjo ser quien no soy mientras, junto a Gabriel, a escondidas, planeo un modo de robar el aoma del fuego. Todo parece ser normal otra vez. Mis padres me llaman todos los días y están contentos pues piensan que he vuelto a ser su niña, aquella que sabía lo que era lo correcto. Tienen razón pero solo en parte, pues ahora sé lo difícil que es apoyar a tus ideales con tus hechos.

Solo hay algo que empañe mi determinación: no poder ayudar a Gema. Porque aunque se cierre el internado ella seguirá envenenada por la muerte de Paula. Yo ya he asumido mis actos y estoy redimiéndolos. Del mismo modo, solo ella pueda ayudarse a sí misma; si no me perdona, o incluso a sí misma por no haber sabido verlo y haber ayudado a Paula, nunca podrá seguir adelante con su vida.

Los fantasmas, por suerte o desgracia, tan solo tienen el poder que nosotros les demos.



## Cinco

El chico de pelo oscuro vigila escondido en las sombras del pasillo la puerta de la habitación de Victoria. Como Astaquin, tiene acceso a magia de batalla; es decir, runas protectoras, runas y hechizos potenciadores de fuerza y agilidad, encantamientos para espadas y escudos, empatía con animales de caza o guerra y, finalmente, uno de los que está usando: encantamientos relacionados con el acecho y el sigilo.

Ellos, a diferencia de los Samuae, no han pedido poder a esa diosa para conseguir realizar bolas de fuego u otros hechizos que han estado tradicionalmente reservados a las mujeres. Su naturaleza es proteger a sus familias, no han intentado romper el equilibrio que se estableció en su raza al principio de los tiempos, ni absorber poder del entorno como solo puede hacerlo una hechicera. Ellos son más fuertes físicamente, ellas más intuitivas y receptivas; así pues, si el orden natural de las cosas funciona bien, ¿por qué cambiarlo? La respuesta es sencilla: porque los Samuae eran una facción formada por los más débiles de la raza. Tenían poca energía dentro de sí mismos y sus mujeres escasa capacidad de regenerarla gracias a los seres vivos o inertes que los rodeaban. Por eso buscaron más allá y encontraron a su diosa, a la que adoraron y edificaron templos solo para que ella les entregara parte de su magia, para que sus cuerpos fueran como un canal para la energía divina. Con ello lograron que los hombres pudieran cargarse de una energía que no les pertenecía, que actuaran como si fueran mujeres, que rompieran el equilibrio social. Una vez su diosa estuvo muerta, no tardaron demasiado en relegar a sus hechiceras al papel decorativo de sacerdotisas sagradas que compartían el poder de la deidad que tenían en su interior en vez de usarlo para sí mismas, en apartarlas de la política y el gobierno, quitarles todo poder matriarcal. El papel que le estará reservado a Victoria si pretende convertirse en una cazadora. El chico frunce el ceño al pensarlo, prefiere no considerar esa posibilidad.

Víctor, porque así ha sido educado y cree en ello, está orgulloso de no necesitar la ayuda de ninguna deidad, de que le baste con sus propias fuerzas. Utiliza la energía de su cuerpo para luchar, está entrenado y preparado para defender a su familia y, aunque todavía sea muy joven, tiene inculcado el honor de los Astaquin. A lo largo de la historia los guerreros con los principios más firmes, aquellos que recibieron el nombre de caballeros, han servido a órdenes de un Astaquin. Esos caballeros humanos no lo sabían, se limitaban a seguir a sus señores en hazañas que eran prácticamente imposibles, en batallas cargadas de honor y gloria. Pues los Astaquin, pese a estar recluidos en Giare, a veces iban a la Tierra a cumplir las misiones que sus matronas les encomendaban. Y así los Ashlae, poco a poco, habían tejido una red de poder e influencias en el mundo humano y estaba cercana la hora de recoger todo lo sembrado.

Porque seguían pensando en que el planeta era suyo por derecho de nacimiento y de poder. Porque ahora sabían cómo gobernarlo, cómo frenar las guerras, atentados y miserias humanas. Cómo convivir todos juntos en armonía y paz bajo su liderazgo.



El joven guerrero permanece oculto durante horas, confiando estar equivocado, deseando que la chica a la que ama no sea una cazadora infiltrada. Aquel día, cuando ella aceptó casarse con él, la estaba probando. Sí, probando; pues intentaba averiguar si, pese a poder ser una enemiga, estaría dispuesta a dejarlo todo por vivir a su lado. O, si por el contrario, ese noviazgo era lo que buscaba para manipularlo y sonsacarle información. Deseó con todas sus fuerzas, una vez que ella dijo sí, que fuera lo primero, que sus besos fueran verdaderos, que esa sonrisa radiante con la que le obsequiaba pudiera ser sincera y que se la dedicara siempre. Se arriesgó, creyó que sí, que podía confiar en Victoria. Pero cuando ella lo rechazó tras el suicidio de Paula y dejó entrar a ese otro chico, el rubio estirado, el hijo de ese banquero, sintió un dolor muy agudo y muy dentro. Ella había elegido a otro para salir de su depresión y había decidido culparle a él. Cuando se dio cuenta de que allí ya no pintaba nada, se fue, se alejó más herido que su muñeca que ya casi estaba curada gracias a la runa de sanación pintada en el revés de la venda. Solo cuando Victoria se le acercó esa otra tarde se atrevió a volver a tener esperanzas, a soñar con reanudar su confiar en ella. Pero cuando intentó sonsacarle información, entonces... entonces deseó que fuera para ser poderosa a su lado e independizarse como matrona. No porque fuera una perra cazadora traidora, una que desde el principio solo pensara en matarlo, una que llevara meses burlándose de él, haciéndole creer que le gustaba.

Aprieta los puños hasta que consigue deshacerse de esa sensación de dolor y rabia. Entonces, sonrío irónico. Conoce el carácter de Victoria, no es de las que se quedan al margen. Eso hace que se pregunte si ella sabrá que, si tiene éxito, la

relegarán a un puesto de sacerdotisa donde su única función será casarse con uno de ellos y ceder el poder de la diosa que lleva dentro de sí. Si tendrá la más mínima idea de que las palabras de los Samuae siempre han sido falsas. De que son los cobardes y los «sin honor» de su raza.

Cuando se abre la puerta de la joven, deslizándose despacio e insonora por el suelo de pulidas baldosas, el corazón del guerrero se acelera. Observa cómo ella, que está preciosa con unos ceñidos pantalones y jersey negros, camina sin ruido gracias a la suela de sus deportivas. Por un momento, cuando pasa por delante suyo tan cerca que si alargara la mano la tocaría, teme que los latidos de su pecho sean tan fuertes que pueda escucharlos. Fuertes y rápidos, pues Víctor sabe que esta noche por fin se enterará de si ella lo ama o lo único que desea de él es traicionarlo. Reúne toda su determinación para no estremecerse, no ahora que ella está tan cerca y podría descubrirlo, pues no sabe cómo podría seguir viviendo si lo que sintiera su prometida por él fuera odio y desprecio.

Pues eso es lo que sienten los cazadores por los Ashlaes. Hace mucho que su madre le explicó que era su modo de esconder su cobardía y su envidia por ellos, unas hechiceras y unos guerreros que no necesitaban sacar su poder de ninguna diosa. Y que, por encima de todo, no atacaban a traición como están haciendo los Samuae con los Ahslae y sus internados. Frunce el ceño mientras Victoria se aleja. No desea recordar en estos momentos el dolor que sintió cuando su hermano mayor y la que iba a ser su esposa se asfixiaron en un cobarde escape de gas en el instituto Niven de Alemania. Su madre no estaba allí en esos momentos y no pudo protegerlos. Él no era más que un niño de cinco años, pero fue edad suficiente para entender lo que era la muerte.

Sigue a la chica a través del pasillo y de las escaleras. Va a la planta calle, para acceder desde allí al ala prohibida. Y justo en el inicio de los peldaños que suben hacia los dominios de su madre, se reúne con alguien que la está esperando. Es allí, iluminados sus enemigos por la luz de una de las lámparas que se sujetan en las paredes, cuando su corazón se parte en dos. De manera absoluta. Sin vuelta atrás. Porque su prometida está besando a otro.



«¡Ese hijo de puta!!», piensa furioso. Víctor necesita toda su voluntad para no moverse con brusquedad, para seguir oculto. Todo su ser, gritando de rabia, ira y frustración, le pide acercase a ese cabrón y machacarlo a puñetazos; borrar todo recuerdo de los labios de Victoria de su puta boca a base de sangre y dientes rotos. Pero no lo hace; él es un Astaquin, un guerrero entrenado, y los suyos no permiten que las emociones empañen la razón y les obliguen a actuar de un modo del que luego puedan arrepentirse. A los quince, hace dos años, pasó las pruebas y fue

admitido en la orden. En aquel entonces demostró su fuerza y su autocontrol pero aquel examen no fue nada comparado con lo que le estaba costando ahora no partirle la cara a Gabriel y pedirle explicaciones a Victoria.

Los ve subir las escaleras con complicidad. Espera a que se pierdan de vista y los sigue. Su mente solo puede maldecir su suerte y a la chica que le vuelve loco, ahora más que antes. Tory le ha traicionado. Es una cazadora, como él se imaginó en un principio. Cuando la vio con tanto poder en uno de los institutos donde su madre iba a entregar becas, se quedó prendado de ella: fue como asomarse al sol, a uno lleno de luz pero que al mismo tiempo era capaz de ser tímido, dulce y lleno de mal genio cuando con sus burlas la picaba. Ese día en que la interceptó en el camino del instituto a casa, para verla de cerca, ese día en el que ella se puso como un tomate, ese... ese fue el momento en el que decidió que tenía que ser suya. Entonces le pidió a su madre que le diera una beca. Pero aunque no lo hubiera hecho, Eloísa se la habría dado igual ya que con semejante poder era imposible pasarla por alto. Más tarde, cuando se percató del colgante que ocultaba contra su pecho (algo así no podía pasar desapercibido mucho tiempo), creyó que había picado como un bobo, que Victoria era una cazadora infiltrada. Una joven Samuae nacida entre ellos, criada por ellos, una espía que estaba allí para acceder a los secretos de los Ashlaes, al lugar donde tenían el plano, ese que esos cobardes llevaban siglos intentando averiguar. Si no estuviera muerta su diosa, su misma madre decía que la convocaría para preguntarle cómo se puede ser tan idiota: cómo se puede encerrar a un enemigo, morir en el proceso y luego no decirles a los carceleros dónde está la celda. Aunque claro, se suponía que los Ashlae se iban a extinguir allí. Por eso ahora los cazadores buscan el plano, para atacarles y matarlos o para sellarlo de tal modo que se queden encerrados en él para siempre.

Dado que Víctor había sido quien recomendó a la cazadora para la beca, decidió que podía ser divertido seducirla y que ella se pasara a su bando. Además, si conseguía a alguien con tanto potencial como esposa, su madre estaría orgullosa de él. Víctor podía ser uno de los dos únicos vástagos de Eloísa que habían sobrevivido a los entrenamientos pero la mujer era siempre tan distante y fría que muy pocas veces le daba muestras de cariño. Estaba convencido de que si convertía a una cazadora a su causa, al menos le dedicaría una mirada cálida y recordaría lo que se sentía al sentirse querido. El problema fue que se enamoró de Victoria y deseó que no fuera una cazadora, que el colgante hubiera llegado a sus manos de algún otro modo en vez de a través de su padre y por herencia. O, que si lo fuera, Tory también se hubiera quedado prendado de él y de lo que le ofrecía hasta tal punto que renunciara a sus orígenes y a su causa; al fin y al cabo, el papel de las mujeres en la sociedad Samuae era poco menos que secundario y aburrido. Sin embargo, ahora, su única pregunta ahora era qué pintaba Gabriel. Víctor no era tonto, había visto cómo tonteaba con ella, cómo intentaba ligársela; pero creía que a Victoria simplemente le hacían gracia sus ridículos intentos. (¿Cómo podía gustarle alguien tan estirado?). En

cuanto tuviera la respuesta a eso, decidiría cuál iba a ser su siguiente paso.

«Acción-reacción, hijo mío», le decía Eloísa cuando era pequeño. Y ahora Victoria se iba a dar cuenta de que no se puede jugar con el corazón de la gente y salir impune.



Subo las escaleras del ala prohibida junto a Gabriel. Hay muy poca luz. Las lámparas no están sobre mi cabeza como en el resto del edificio sino en la pared y, además, se encuentran demasiado espaciadas para lograr algo más que una misteriosa penumbra. Miro al techo y observo las pinturas de damas de la Edad Media que ya había visto aquella otra vez que entré a este pasillo. Ahora sé que son matronas, ataviadas tal y como todavía lo hacen en su plano. En el suelo, los baldosines son más pequeños y de color gris oscuro en vez de blancos; están decorados con formas espirales, bastante hipnóticas. En los muros, las mujeres de los tapices parecen observarme, sus colores oscurecidos por la poca luz. Me estremezco, pues me da la sensación de que me observan reprobatorias, de que saben que estoy aquí y lo que pretendo. Conforme avanzamos, el tono del suelo se acerca cada vez más al negro. Finalmente Gabriel y yo llegamos ante la enorme puerta de madera tallada con rostros de hechiceras, la que no tiene pomo.

—¿Y ahora qué? —le susurro a mi acompañante.

—Bueno, como me dijiste que el sello que la cierra solo puede ser abierto por Eloísa, pedí ayuda a mi familia. En respuesta, se han reunido los cazadores más poderosos para realizar un hechizo de vuelta al pasado. Bueno, en realidad dos, porque tendremos que volver a pasar por aquí para salir. Escúchame, Victoria, esta puerta tiene que estar llena de trampas mortales y de chivatos. Tocarla debe ser poco menos que firmar tu sentencia de muerte —me estremezco, recordando cómo la otra vez estuve a punto. No puede ser para tanto, aquí hay alumnas... ¿o sí?—. Por eso, vamos a viajar cerca de un año atrás, cuando estaban contruidos los muros de este internado pero todavía no habían colocado las puertas y, por supuesto, la directora todavía no habría lanzado su sello.

—¿Cuánto tiempo puedes mantener el hechizo?

Viajar al pasado es algo muy complicado, por lo que nos dijeron en clase y yo misma, llena de curiosidad al enterarme de que era posible, investigué en la biblioteca prohibida. La dificultad varía en función de cuánto tiempo retrocedes y cuánto te quedas allí. Es decir, unos segundos o minutos atrás son más sencillos de lograr que viajar varios siglos. Y, por supuesto, quedarse tiempo en el pasado complica mucho el hechizo. Al fin y al cabo, si fuera tan sencillo las matronas habrían vuelto al momento de su derrota y vencido a la Diosa.

—Quince segundos. Será suficiente.

Abro mucho los ojos. ¿Pidió ayuda a un montón de cazadores y solo consiguieron unos pocos segundos? Eso lo puede hacer cualquier matrona sin ayuda. Será cierto que las Ashlaes, al no tomar el poder de una diosa que murió, una de la que apenas quedan restos de poder en la Luna, son mucho más poderosas. Bueno, yo que tengo parte de la energía de la Diosa sí que seré una gran cazadora, pero solo porque soy una de las pocas afortunadas que han nacido con esa herencia.

—Gabriel, ¿no me dijiste que no les ibas a contar tu cambio de planes, lo de matar a Víctor, hasta que no fuera un hecho consumado?

—Bueno, les he dicho que quieres entrar aquí para averiguar dónde está su plano. —Se encoge de hombros.

Ahora sí que abro los ojos, tanto que noto como protestan mis párpados. ¡¿Qué?!

—Vale, es una mentira. —Me mira con el ceño fruncido—. Más tarde tendré que responder por ella pero no se me ocurría otro modo.

Su sinceridad me desarma. Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla. Como respuesta, Gabriel me sujeta el rostro y une sus labios a los míos. Le dejo hacer, mi mente ocupada en discernir por qué me parecía mucho más natural besarle en la cara.

Después, saca un pergamino y comienza a leer en voz alta las palabras allí escritas. Reconozco lo que está haciendo, lo hemos estudiado en clase. Es un modo de preservar la magia, de depositarla en un objeto para utilizarla cuando la necesites. Las Ashlae, al sacar el poder de ellas mismas, lo usan para llevar hechizos que puedan necesitar y, así, no se cansan al lanzarlos. Es muy útil con ráfagas ofensivas de energía y similares. Sí, hechizos que les sirvan para atacar o defenderse, pues la Tierra no es precisamente el plano en el que más se mueven y hay algunos que son muy peligrosos.

Dejo de divagar y me centro en la voz de Gabriel. Suena muy solemne, demasiado para mi gusto. Mientras sigue leyendo, mis ojos recorren el pasillo. No puedo evitar notar cómo las pupilas de todas las figuras femeninas, ya sean talladas en madera, pintadas en la escayola del techo o tejidas en tapices, nos observan expectantes. Siento miedo, lo confieso. Si esto falla no sé qué nos pueda hacer Eloísa. La sensación de malignidad es cada vez mayor; no puedo dejar de sentirme observada, de percibir cómo el edificio entero reprueba lo que estoy haciendo, cómo me transmite una decepción y una amenaza que es cada vez más palpable. Me estremezco, parece que estoy acabando de un plumazo con todas las expectativas que la directora pudiera tener puestas en mí, lo cual me hace preguntarme si sabrá que estoy aquí, si estará jugando conmigo como una araña a la espera de que la mariposa caiga en su trampa.

Gabriel acaba de leer el pergamino y, al instante, este se consume por una llama azulada, dejando en el espacio que ocupaba una miríada de cenizas zafiro que caen al suelo con lentitud. Pero eso no es lo impresionante, lo que capta mi atención, sino que mientras esas motas flotan hacia abajo el mismo suelo tiembla. Oscila. Cambia. Ya no es de baldosas negras sino de hormigón. Tampoco es lo único que ha dejado de

ser igual, pues las paredes de ladrillo todavía no están encaladas y se escuchan voces de hombres hablando por algún lugar debajo de nosotros. Me estremezco, mientras todos los poros de mi piel parecen abrirse para absorber parte de esa energía mágica que está impregnando el ambiente: quiero ver, quiero saber, quiero sentir; al fin y al cabo, es mi primer viaje al pasado. Pero mi compañero debe de tener más presente que yo lo de los quince segundos pues, antes de que las cenizas azules lleguen al suelo, me agarra del brazo y me arrastra al otro lado del hueco vacío que hay donde dentro de un año habrá una puerta. Justo cuando estamos cruzándolo nos quedamos atrapados en medio.

Atrapados.

Sin poder movernos, como si el aire se hubiera tornado denso y macizo de repente.

Me doy cuenta de que no ha funcionado. Hay una trampa. El miedo me paraliza.

Soy la mariposa capturada por la red de la araña, esperando su inevitable muerte, la agonía de ser devorada.

¡¡Joder!!

Tendría que haberlo imaginado, Eloísa ha pensado en todo. Y si dentro de diez segundos no salimos de aquí, volveremos al presente y nos materializaremos dentro de una puerta maciza de madera. Gasto los primeros de esos valiosos instantes en sentirme aterrada; me doy cuenta de la trampa, mi mente visualiza en tres dimensiones lo que me va a doler mi muerte, emparedada. Otros dos segundos se van observando a Gabriel, cómo se debate con frenesí e inutilidad, intentando usar su magia para librarnos. Es como el insecto cuyas alas quedan cada vez más cubiertas y atadas por la tela. El octavo y el noveno escuchando a los obreros, que comentan que es la hora de ir a almorzar y tomar una cerveza. Esto es surrealista, a punto de morir y prestando atención al bocadillo de otros. El décimo y el undécimo son, sin embargo, una explosión de rabia que supera al miedo, que me inflama, que hace que no haya hilos de araña que valgan. ¡¡Esto no me puede estar pasando!! No ahora que por fin he encontrado mi lugar, no ahora que tengo tanto de lo que redimirme. Puede que no desee ser una Ashlae pero no por ello he dejado de ser puñeteramente poderosa.

¡¡¡No pienso morir emparedada!!!

Estallo.

Ardo.

El hechizo trampa de Eloísa, cual la pegajosa red de una araña, no puede conmigo. Grito, cierro los ojos, me dejo llevar. Después no veo nada, solo una cegadora luz blanca. Ni siento nada, nada excepto un doloroso frío en mi pecho provocado por el vaciado de todo poder de mi aoma. Porque mis emociones acaban de desatar la tormenta de energía, poder y viento más devastadora que jamás pudiera imaginar. Un maldito huracán que ha arremetido con fuerza contra la magia de la directora, que me quiere arrancar del suelo, que me sacude y azota, todo ello en el claustrofóbico espacio del hueco abierto de la puerta.

Y a continuación nada.

Nada.

Un dolor infinito provocado por la lucha férrea que peleo por liberarme y nada.

Nada nos retiene, podemos cruzar.

Justo cuando solo queda un segundo, empujo a un atónito chico rubio al otro lado del pasillo. Nos materializamos en el presente dentro de las habitaciones de Eloísa, la puerta de madera justo a nuestras espaldas.

Caigo al suelo de rodillas.



Siento unos brazos que me rodean, que me envuelven, que me acarician con su suavidad. Poco a poco, la energía vital de las cercanas montañas va entrando en mí, devolviéndome la capacidad de pensar. Hmm Víctor... ¿estoy en tus brazos? Sonrío. Pero el olor... no es a acero, cuero y plumas. Frunzo el ceño. Cuando escucho la voz de Gabriel, preocupada, abro los ojos.

—¿Estás bien, Victoria? —me pregunta.

Genial. Vuelven a mí de súbito los recuerdos de mis últimos momentos conscientes. Miro a mi alrededor: estoy tumbada en el suelo, mi cabeza apoyada en su regazo. Gabriel está sentado y estamos ambos en los dominios de Eloísa.

—¿Qué me ha pasado?

—Shhh, tranquila. —Me acaricia el pelo—. Lo has dado todo, de golpe, para sacarnos de esa trampa y necesitabas descansar.

Vuelvo a fruncir el ceño y desvío mi mirada de su rostro a lo que me rodea, buscando la luz de la luna o del sol, algo que me indique cuánto tiempo llevo inconsciente. Pero solo veo baldosines negros llenos de runas rojas, paredes encaladas y pintadas en tonos oscuros y una lámpara en la lejanía del pasillo que apenas me ilumina. ¡Diosa!, ¿qué narices hay aquí? Víctor debía de tener razón con lo de que esta zona del internado está medio incrustada en otra dimensión, pues aquí no debería haber un corredor sino una o dos habitaciones como la suya. Y menos uno tan largo, tanto que mis ojos no alcanzan a ver dónde acaba.

—¿Cuánto tiempo?

No necesito preguntarle más; él entiende enseguida a qué me refiero.

—Dos horas.

—¡Diosa!

Debo haberme vuelto muy creyente de golpe, porque me sale natural nombrarla donde antes habría dicho «Dios» o «mierda». El caso es que llevamos mucho tiempo aquí y es un milagro que todavía no nos hayan detectado.

—No te preocupes, un chivato que la avise en el presente de algo ocurrido en el pasado es demasiado complicado hasta para Eloísa —parece leer mis pensamientos

—. Eso sí, perdóname: debí haber imaginado que una matrona tan poderosa como ella no dejaría ningún cabo suelto a la hora de protegerse, ni siquiera en el pasado.

—Bueno, no pasa nada. —Mi mente trabaja a toda velocidad y cada vez me siento mejor, menos débil—. Si he entendido bien, todavía es de noche y no nos han detectado; así que podemos seguir con nuestra misión.

—Eso es.

Sus ojos azules me miran asombrados por mi pronta recuperación, todavía con esa fascinación que leí en ellos en el momento de cruzar la puerta.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

Intento levantarme de golpe pero me mareo. Vale, soy muy rápida recobrándome (demasiado si solo han pasado dos horas y he soltado de golpe toda mi energía), pero todavía no estoy bien del todo. Me apoyo en él y le indico con un gesto resignado que me eche una mano. Me da un suave beso en los labios y me ayuda a incorporarme. Poco a poco, nos vamos adentrando en ese pasillo cuasi infinito.



Mientras tanto, el hijo de la directora, el que ha observado cómo han desaparecido gracias a un pergamino que ha leído Gabriel, se prepara para cruzar la puerta. Tras ver al otro chico haciendo magia, ya tiene claro que él es un cazador. Su duda es si Victoria también lo era (si nació en el seno de una familia Samuae y fingieron no serlo para infiltrarla en el internado) o ese otro tío, con mentiras y artimañas, la ha convertido en una.

Pensar en Gabriel seduciendo y apartando a Tory de su lado es muy peligroso; se centra en recuperar el autocontrol, pues lo va a necesitar para abrir la puerta. Su madre, una de las hechiceras Ashlaes más poderosas, es la única que en teoría puede cruzar ese acceso; por algo fue ella la que lideró el ritual con el que lo creó. Sin embargo él, como hijo suyo y además vinculado a la escuela, puede atravesarla también. Sabe que eso alertará a Eloísa pero, al fin y al cabo, está seguro de que ya se habrá dado cuenta de lo que esta noche está pasando. Así que vacía su mente de todo pensamiento, alarga la mano y toca la puerta sin pomo. Un dolor súbito atenaza su palma allí donde esta entra en contacto con las tallas de la madera. Que su madre le deje entrar no quiere decir que se lo vaya a poner fácil. Aprieta los dientes y el puño de su mano libre y aguanta sin proferir la más mínima queja o sonido. Pasados unos minutos, la puerta se abre en silencio. La atraviesa. No se ve a nadie. Espera a que la pesada hoja de madera se cierre a sus espaldas y avanza por el estrecho pasillo. Sabe que por ser hijo de quien es no le afectará ninguna trampa y, sinceramente, no tiene muy claro si no desea que esos dos a los que sigue no hayan caído ya en alguna.



Esto es un maldito laberinto. Esta zona del internado, la correspondiente a una de las torres, no debería tener más que unos pocos metros de longitud y sin embargo aquí estamos Gabriel y yo, recorriéndolo desde hace más de una hora. Ya no hay runas rojas dibujadas a mis pies. El suelo es negro, las paredes también; pero en algún momento han dejado de ser de baldosas y escayola pintada para convertirse en piedra que rezuma humedad, una que está llena de bultos —tanto en el techo, como en las paredes o el suelo— y que a mí me hace pensar que es como si estuviéramos dentro del aparato digestivo de alguna bestia, como si todo esto hubiera dejado de ser un edificio moderno para convertirse en una criatura viva. En cuanto a las lámparas, tan escasas que entre una y otra hay zonas de varios metros donde no se ve nada, ahora son de un rojo sangre que me parece de lo más siniestro. Emiten una luz apagada y su forma ya no es estilizada: más bien se asemejan a una herida abierta que supura en este enorme conducto latente por el que estamos caminando. Este lugar, que ahora estoy más que segura que se ancla en otra dimensión, está impregnado de una terrible malevolencia. Si no fuera por la linterna que lleva encendida Gabriel, ya habríamos caído en alguna de las trampas físicas que hay en esos trozos oscuros. Profundos agujeros con pinchos y extrañas criaturas reptando entre ellos, charcos de ácido, cuerdas que activan mecanismos... Gracias a la diosa, no hemos averiguado qué hacen. Esto parece una retorcida mezcla entre Alien, Indiana Johns y la Momia. Lo peor de todo es que sospecho que la verdadera trampa es el laberinto en sí, que no va a acabar de retorcerse y prolongarse nunca. De hecho, no sé ni por qué lo llamo laberinto, ya que en ningún momento se bifurca.

Coloco una mano en el brazo de Gabriel para indicarle que se pare un momento.

—Escucha —le digo—, ¿y si usamos la magia para salir de aquí?

—No podemos. Esto debe de estar lleno de chivatos, si lo hacemos nos detectará y vendrá.

—¿Pero cómo estás tan seguro de que no sabe que estamos aquí? —me exaspero.

Me doy cuenta de que mi tono ha sido un poco brusco al ver la expresión ofendida de sus ojos.

—Perdona —me disculpo—; tú sabes más de estas cosas que yo.

—No pasa nada, ya te he dicho que el hecho de seguir aquí es la prueba de que no lo sabe.

No estoy muy convencida, ni me agrada demasiado cuando me trata así, como si él fuera superior por llevar en este mundo desde que nació. Puede que yo solo lo conozca desde hace unos meses pero no soy tonta; además, mis instintos me gritan que ella ya lo sabe.

—¿Y cómo llegamos a sus habitaciones? Porque cada vez estoy más convencida de que este pasillo no va a llevarnos a ningún sitio.

—Esto podría ser una trampa, una similar a aquella que te atrapó en la biblioteca prohibida. E imagino que, si volvemos atrás, nunca llegaremos a la puerta por la que hemos entrado.

—¿Entonces?

Intento no irritarme, pero no me dice nada que no sepa ya y, sinceramente, me canso de andar por aquí; me siento idiota.

—Continuamos un poco más y, si esto sigue igual, a lo mejor tenemos que usar la magia.

—¿Y si hacemos un agujero en una de las paredes? A lo mejor salimos a sus habitaciones.

—No creo que te guste ver lo que te puedes encontrar. Esto tiene que ser una unión entre el plano de la escuela y otro más, uno que hace que un pequeño trozo de pasillo sea prácticamente infinito. Así que ten en cuenta, Victoria, —me habla un poco como a una niña pequeña; no me gusta—, que al otro lado puede estar el plano que ella ha usado para distorsionar el espacio. A saber qué seres de pesadilla pueden poblarlo.

Ni espera a mi respuesta. Se gira hacia delante y continúa su camino. Yo bufo y lo sigo. No sé por qué está tan convencido de que la directora no sabe ya que estamos aquí, de que ella no está jugando con nosotros. Al fin y al cabo, un edificio tan moderno como este podría estar lleno de cámaras y sería muy propio de ella tenernos a todos controlados. Lo que le ocurre a Gabriel es que está muy seguro de sí mismo, de su causa, de que las Ashlaes no se atreven a ir contra sus leyes porque si no ellos las cazan. No tiene ni idea de lo que Eloísa es capaz, de su inmenso poder, de cómo a nosotras nos hiela la sangre con tan solo una mirada.

Intentaré estar alerta.

Pasa otra hora más. Curiosamente, en vez de cansarme cada vez estoy más fuerte. Me voy recuperando de mi vaciado de energía, absorbiendo de todo lo que me rodea. He de decir que sea lo que sea lo que hay al otro lado de estas paredes, es más vivificante incluso que las montañas del Pirineo oscense. Sin embargo mi acompañante comienza a andar más despacio y con menos cuidado. Lo entiendo, la primera media hora tuvo que poco menos que cargar conmigo, pues yo avanzaba apoyándome en él; es normal que comience a cansarse, al fin y al cabo los Samuae son la descendencia de los más débiles de la raza mágica, los que buscaron a la Diosa para tener más poder ya que, por sí mismos, tenían poco y les costaba horrores regenerarlo. Al pensarlo, se me escapa una sonrisita entre maliciosa y satisfecha, una que me hace sentir culpable. Se supone que ya he dejado atrás todo eso de sentirme superior. Sacudo la cabeza como para borrarla y, de repente, Gabriel da un traspie y activa una de esas cuerdas. Mi corazón comienza a latir a toda velocidad y mi adrenalina se dispara. Oigo una serie de chasquidos. Gabriel se abalanza contra mí y me tira al suelo. Debe de tener alguna runa para la velocidad sobrehumana con la que acaba de reaccionar. Las flechas pasan silbando sobre nuestras cabezas.

—¿Qué haces?

Me ha pillado. Ante el peligro, mi reacción instintiva fue crear un escudo de energía que nos protegiera pero todo ha sido tan rápido que tan solo he dibujado

media runa y pronunciado la mitad de la palabra de poder.

—Intentaba protegernos.

Él está tumbado sobre mí. Noto cómo se tensa al contestarme.

—¿Pero eres idiota? ¿Has estado a punto de usar magia?

Intento levantarme pero pesa bastante. Mierda.

—Aparta, no me gusta estar inmovilizada aquí debajo. Eso por no decir lo frío y mojado que está este asqueroso suelo.

Se aparta bruscamente y se pone en pie; yo hago lo mismo. El muy capullo me está mirando mal.

—Entérate, Gabriel, intentaba protegernos.

—Pues no eres tan rápida. ¡Y casi nos delatas!

—¿Qué quieres? ¿Que te dé las gracias por salvarme la vida o que te arree un guantazo por tropezarte con la cuerda de la trampa?

Acabo de poner los brazos en jarra y estoy que echo chispas. ¡¡Este tío es insufrible y más necio que Víctor en sus peores momentos!!

—Mira, tú eres una cría en esto de la magia, que te quede claro. Puedes tener mucho poder pero no sabes NADA. Yo llevo toda mi vida aprendiendo, entrenándome para ser un cazador; así que haz el favor de hacerme caso.

—¡Serás gilipollas!

—¡Victoria! Deja de comportarte como una niña.

—¿Ahora me echas en cara tu edad, que eres más mayor y te crees por ello más maduro que yo?

No puedo creerme lo que estoy escuchando. Como siga así yo me largo. Entonces me doy cuenta de que sus ojos, en vez de mirarme con exasperación están observando algo que hay detrás de mí con algo parecido al respeto.

Me giro.

Un ser que parece sacado de la más innombrable de las pesadillas, uno recubierto de una oscuridad tan aberrante que repele a mis ojos, una criatura hecha de colmillos y garras nos está observando. Está a un par de metros de distancia y juraría que la sustancia verdusca que le gotea de las fauces es baba.

—¿Comida a domicilio? —Su voz es como un dolor de cabeza, en una frecuencia tan alta que no sé ni cómo la escucho ni cómo no me revienta los tímpanos—. Sabía que se estilaba en el plano humano pero hasta ahora no me había encontrado con nadie tan idiota.

—¿Quién eres, demonio? —le pregunta mi compañero con desdén en la voz.

Pondría los ojos en blanco ante su eterna actitud de «yo soy el bien», pero como que estoy demasiado ocupada intentando que el terror no me paralice.

—El que se te va a comer.

En un visto y no visto, el ser es un borrón que devora la distancia que nos separa. Gabriel me empuja con brusquedad con la parte superior de su brazo, tirándome hacia atrás, mientras lo dobla y se levanta la camiseta. Al mismo tiempo, con la otra mano

saca una pistola y dispara.

Todo sucede demasiado rápido. Yo me caigo de culo al suelo, sin dejar de mirar asustada lo que está pasando. El ser, la fiera, no parece considerar una amenaza la ráfaga de balas y no las intenta esquivar. La primera le impacta en el cráneo, haciendo que su cabeza se incline hacia abajo. Las siguientes, mientras el demonio sigue avanzando directo hacia mi compañero, le golpean en la nuca y la parte de detrás del cuello. La cabeza de la fiera se mete entre sus patas. Los proyectiles siguen impactándole, avanzando cada vez más por lo que imagino será su columna vertebral. El brazo de Gabriel no tiembla, dispara apuntando a su objetivo y las balas trazan todo el rato la misma línea recta. La criatura, tanto por su velocidad como por la fuerza de los balazos, ha acabado rodando por el suelo. Gabriel baja el arma y se aparta en el último momento. Siguiendo la inercia de su veloz carrera, la fiera nos sobrepasa y choca contra las paredes de detrás de nosotros. El pasillo es tan estrecho que me parece increíble que no nos haya ni rozado. Entonces miro a Gabriel. Su pierna derecha está manchada de sangre con lo que parece una herida de garras que rasga sus pantalones y su carne. Veo dolor en sus rasgos. Creo que a él sí que le ha dado.

—Maldita escoria. —Camina hacia el ser apenas apoyando su peso en la pierna dañada, sin dejar de apuntarle con su pistola mientras a toda velocidad se saca un cargador del mismo sitio de donde ha salido el arma (que ahora veo son unas fundas bajo su axila)—. No soy un humano, soy un Samuae, un servidor de la Diosa, lo más parecido a un ángel que vas a ver en tu negra vida. Y si te hubieras dado cuenta en vez de dejarte llevar por tus ansias de sangre, habrías podido esquivar mis balas benditas.

La cosa de oscuridad oscilante que hay pegada a la pared, como una forma de animal salvaje que no consigo acabar de discernir, no sé si estará sorprendida; pero yo sí: ¿objetos benditos contra demonios? Vale, tiene sentido, pero ¿desde cuándo los cazadores se consideran a sí mismos una especie de ángeles?

—Ahora vas a contarme lo que quiero saber. ¿Quién eres?

—Ni lo sueñes, mortal.

El chirrido de su voz vuelve a hacer que me entren ganas de acurrucarme en algún lugar con las orejas llenas de algodón para que cesen esas agujas que parecen clavárseme en el cerebro cada vez que habla. Gabriel, sin embargo, está allí frente a él, poderoso y valiente. He de confesar que vuelvo a sentirme embobada mirándolo.

—¿Sabes, demonio? No tengo prisa.

Coloca el cargador nuevo en su arma y dispara. Los chillidos de dolor de la bestia se me clavan con fuerza. Me llevo las manos a la cabeza.

—No.

Le dispara otra vez. Antes de volver a sentir daño por los gritos de la cosa, puedo ver cómo mi compañero lo mira con algo parecido al placer. ¿Es que le gusta torturar a esa aberración? Entiendo que sea malvada y demás y haya que sacarle información

pero... ¿disfrutarlo?

Tras cuatro disparos más, el ser por fin se rinde.

—Mi señor me entregó a la Dama para que la sirviera. Ella creó un nexo entre mi plano y el suyo para que me fuera sencillo acudir a su mundo cada vez que me necesitara. Cuando ella me llama, tengo permiso para comerme lo que atrapo.

Me estremezco.

—Los demonios del examen, ¿eran de tu plano? —No puedo evitar preguntar; Gabriel me mira contrariado por la interrupción.

—Sí. Y yo mismo cacé hace poco en vuestros bosques.

El gozo y el deleite que transmite su voz, pese al dolor que la impregna, me revuelven las tripas. Esta cosa es una aberración y Eloísa, «su Dama», tiene una magia realmente pervertida al mal para usarlo de perrito guardián. Me reafirmo en mi propósito de acabar con ella y cerrar esta escuela.

—¿Qué es este lugar?

—¿Es que eres tonto? Te lo acabo de decir, mortal.

Otro disparo.

—¿Qué es este lugar?

Joder, ¿es que a Gabriel, que está en el bando correcto, lo de torturar le pone? Prefiero no pensarlo, o en la vida dejo que se me vuelvan a acercar sus labios.

—Un pasillo entre dos planos, el humano y el de mi señor.

—¿Dónde está el objeto que lo mantiene estable?

Lo miro interrogante. Está tan concentrado en el demonio que no se da cuenta. Tendré que preguntarle luego, porque no sé de qué está hablando.

—Delante de tus narices, mortal. Es el agua que gotea de las rocas.

Por toda respuesta, Gabriel saca una daga de un tahalí en su otra axila y hace lo que yo imagino que es rajarle el cuello. La cosa esa se queda inerte, inmóvil, en medio de un último chillido atormentado. Su oscuridad deja de palpar pero, pese a todo, mis ojos siguen sin ser capaces de ver su verdadera forma. Me ha dejado de doler la cabeza. Miro a mi compañero interrogante. Este me contesta mientras desgarrar una tira de su camiseta de algodón para vendarse la pierna.

—No te preocupes, es bastante superficial. —Cabecea hacia su herida a la vez que ata tensa la tela—. Es más aparatosa por la sangre que otra cosa.

Asiento con la cabeza y quedo a la espera de que continúe explicándome. Tras dirigirme una mirada resignada, así lo hace.

—Este pasillo requeriría en su día un gran ritual de muchas hechiceras. Todo el poder lo pusieron en un objeto, uno que si se destruye desliga los planos. Imagino que Eloísa tiene algún tipo de pacto con el señor demoníaco del plano al que este corredor está unido. He de reconocer que es muy astuta, una trampa que al mismo tiempo es la guarida de su perrito asesino, uno que mata y se lleva a los cuerpos fuera de la Tierra para que nadie pueda probar que están muertos. Y que, además, con su energía probablemente contribuya a que esto siga funcionando.

—Vale, ¿y qué hacemos ahora?

Odio reconocerlo pero Gabriel ha sabido hacer bien su trabajo y, si no fuera por esos detalles que no me gustan nada (su superioridad y lo de la tortura), sí que podría pasar por un ángel, aunque uno sin alas.

—Hay que destruir toda el agua que hay en este pasillo. No va a quedar otra que usar magia pero cuando destruyamos el nexo ella se va a dar cuenta de todos modos. Así que lo hacemos, vamos rápidos a por el aoma y nos largamos. Confío en que destrozar su trampa, pese a que ya no la mantiene con su poder, la debilite unos minutos, lo justo para cumplir nuestra misión. Al fin y al cabo, romper un ritual de esa magnitud va a ser como una bofetada para ella y las Ashlae que la ayudaron a crearlo.

—¿Y cómo lo hacemos?

Comienzo a sacudirme con asco el agua y las cosas negruzcas que me manchan las manos y la ropa.

—Yo prefiero guardar mi magia. Además, aquí me va resultar difícil pedirle ayuda a la Diosa. Sin embargo tú... tú has aprendido de la magia Ashlae y tienes en ti a parte de nuestra Señora. Baja la temperatura a 0° C. Con eso el agua dejará de estar en estado líquido para pasar al sólido, dejará de ser el mismo objeto en el que se ha depositado el poder. Será suficiente.

Lo miro escéptica, para mí que seguirá siendo agua.

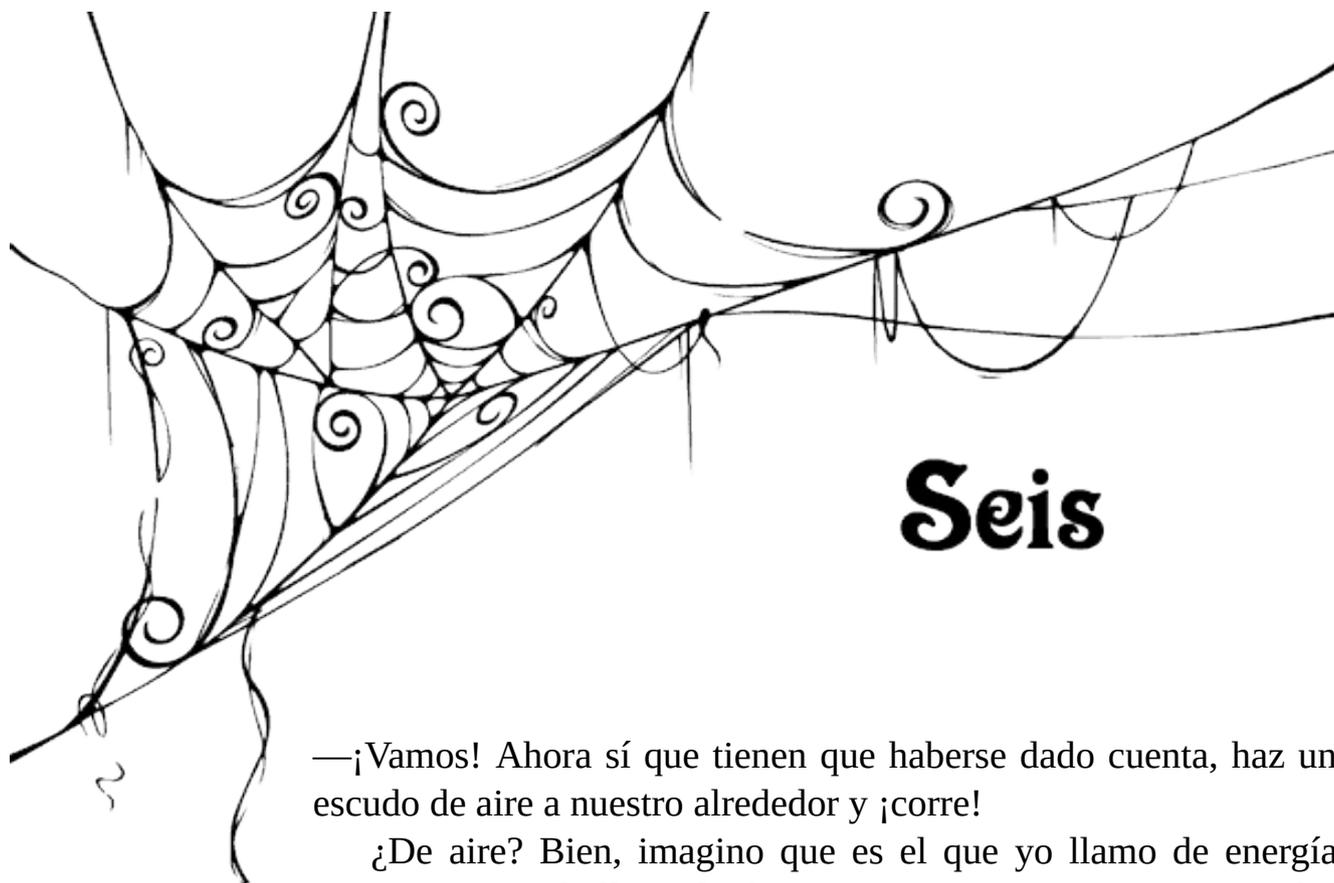
Él parece leer la duda en mis ojos pues me contesta con algo de hastío, como si yo fuera demasiado ignorante para él.

—Aunque el hielo siga siendo agua, su estado no será el mismo. Con eso basta.

—De acuerdo.

Ahora mismo me entran ganas de calentarla a 100° C para que «baste» también pero al mismo tiempo le dé a él un buen quemazo por gilipollas. El problema es que yo también me escaldaría, así que me preparo para pasar un poco de frío y me concentro. En los libros de texto hemos estudiado hechizos climáticos. Son bastante sencillos, pues están unidos de algún modo a la esencia femenina; es como si nosotras, el núcleo de la familia, tuviéramos facilidad para hacer crecer abundantes cosechas modificando el sol, la lluvia y el viento. Y la temperatura.

Comienzo a bailar. Poco a poco, dibujando letras en el aire con mi cuerpo. Mi voz entona una suave letanía, siento como si la música se creara dentro de mí, como si hubiera nacido para esto. Disfruto cada ondulación de mis caderas, cada giro poderoso de mis brazos. Veo inflamadas en fuego cada runa trazada con mis dedos. De manera gradual, la temperatura baja, me olvido de donde estoy y, en algún momento, se me escarcha hasta el aliento. Justo entonces todo tiembla y me veo en medio de un pasillo ancho, el cual está decorado de un modo elegante, minimalista y moderno, y acaba en una puerta varios metros por delante de nosotros. En cuanto al edificio, se está sacudiendo como si estuviéramos en medio de un pequeño terremoto. Me pregunto si será todo o solo en esta zona.



## Seis

—¡Vamos! Ahora sí que tienen que haberse dado cuenta, haz un escudo de aire a nuestro alrededor y ¡corre!

¿De aire? Bien, imagino que es el que yo llamo de energía pero tiene sentido llamarlo de aire, pues con esta aoma me resulta muy sencillo acelerar las partículas de la atmósfera, hacer que vibren como yo deseo. Me concentro, dibujo el sello y digo las palabras. Estamos protegidos.

—Listo.

Ni me deja acabar. Me agarra de la mano y echa a correr conmigo. Parece que la herida de su pierna sí que debía de ser más superficial que profunda, porque no le impide el movimiento, tan solo le provoca una mueca de dolor. Aceleramos. El escudo nos sigue, nos rodea como una cúpula que, al estar ligada a mí, se mueve con nosotros. He de reconocer que enseguida me canso. Avanzar al mismo tiempo que la convocación está drenando mi energía y el final de este pasillo, pese a poder verlo, no está tan cercano como mis ojos indican. Imagino que es la magia de Eloísa la que nos ralentiza, la que hace que nuestras zancadas no recorran tanto espacio como deberían, algún tipo de hechizo que lanzó además del nexo interdimensional. Pero todo el agotamiento, que aumenta con cada paso que doy, deja de importarme en el momento en el cual flechas ígneas comienzan a impactar contra nosotros. Gabriel, que nota que cada vez voy más despacio, me coge en brazos y seguimos avanzando. Estoy tan exhausta que le dejo hacer, ni siquiera protesto al recordar que tiene una pierna herida. Cuadros modernos que decoran las paredes pintadas en diferentes tonos de violeta y negro, pequeños muebles decorativos, puertas cerradas... todo pasa a nuestro alrededor mientras nos bombardean las trampas. Incluso aparece una especie de espectro que me helaría la sangre si no estuviera tan agotada manteniendo la barrera frente a su tacto. Gabriel es cálido; cierro los ojos y me concentro en tomar energía de esos montes que sé están aquí al lado, del poder de la Diosa que hay en mí,

para no vaciarme del todo demasiado pronto.

—Fuego —susurra Gabriel.

Entorno los párpados un breve instante, lo justo para ver que vamos directos hacia una barrera de llamas que no estaba allí en un principio, una que nos separa de lo que espero que sea la puerta del dormitorio de Eloísa, la que está justo al final de este pasillo. Los vuelvo a cerrar. Siento cómo el calor amenaza con destrozarme mi escudo, con quemarme a mí y a mi compañero. Aguanto. Es solo un segundo y ya la hemos pasado. Deshago el sello y Gabriel alarga la mano para abrir la puerta.



Víctor no pudo creerlo cuando Victoria y ese cazador leyeron el pergamino y se desmaterializaron delante de sus ojos. Su madre no permitía hechizos de teletransporte dentro del internado; para hacer algo así habría que ser más poderoso que ella y todo su aquelarre de hechiceras juntas. Así que no se le ocurrió qué narices habían hecho. En todo caso, él tenía claro que su curso de acción era entrar adentro.

Una vez hubo pasado la puerta sin pomo, echó un vistazo rápido a las habitaciones de su madre. No parecían ser más que un ancho pasillo acabado en una puerta unos pocos metros más adelante. Sin embargo, él sabía que había varios accesos ocultos en las paredes, los cuales se abrían a las diferentes estancias donde su progenitora solía tanto pasar sus ratos libres como estudiar magia. Encogiéndose de hombros, se ocultó detrás de un jarrón esbelto con flores púrpuras, uno de los pocos elementos decorativos que había en el corredor. No era que le tapara, pero su sigilo haría el resto. A continuación esperó durante más de un par de interminables horas hasta que el suelo y las paredes temblaron como si estuvieran siendo sacudidas por un seísmo y esos dos aparecieron de nuevo.

—¡Vamos! Ahora sí que tienen que haberse dado cuenta, haz un escudo de aire a nuestro alrededor y ¡corre! —le dijo el Samuae a Victoria.

Curioso. ¿De verdad creían que su madre ignoraba que estaban allí? Daba la casualidad de que Eloísa era una de las matronas más poderosas y Víctor estaba seguro de que, a diferencia de él, ella había sabido desde el principio que el rubio ese era un cazador. Una pena que, pese a ello, hubiera tenido que aceptarlo para cubrir las apariencias; que en vez de matarlo hubiera tenido que fingir desconocimiento. Los Samuae siempre intentaban espiarlos para poder acabar cobardemente con ellos si consideraban que estaban atentando contra su ley y la del mundo humano. Y, ante algo así, su madre no podía hacer nada si no quería empezar una guerra para la que los suyos todavía no estaban preparados. Nada excepto tenerlo vigilado, como a Victoria. Decididamente, ese chico además de ladrón de novias era gilipollas.

Víctor sonrió para sí y los siguió mientras ellos dos iban avanzando y levantando todas las trampas. El espectro agachó la cabeza en señal de respeto cuando lo

sobrepasó. El Astaquin no pudo evitar preguntarse si su madre no intervenía porque estaba esperando a ver cómo actuaba él. O su favorita: Victoria.

Y cuando el rubio fue tan idiota de alargar la mano para abrir la puerta, ahogó un bufido. ¿Es que pretendía comerse todas las trampas?

En esos momentos Víctor se plantea intervenir. Por suerte su prometida, pese a estar bastante exhausta (y agarrada de su cuello... ¡él lo mata!), coloca sus dedos sobre la muñeca de Gabriel.

—Trampas —susurra.

Su voz le llega apagada a Víctor.

—No me he traído pergaminos para esto, tú estás muy cansada y yo también. Aunque me veas de pie y llevándote, créeme si te digo que no me queda más capacidad de magia, ni pidiendo a la Diosa. Así que voy a hacerlo al método tradicional. Si me pasa algo, coge la gema y vete. —Le acaricia el rostro con dulzura (¡será cabrón, haciéndose el héroe!)—. Mi otro pergamino para el pasado está en un bolsillo de mis vaqueros.

Antes de que ella pueda protestar, la puerta se abre sola. Víctor ve cómo se miran sorprendidos y, con recelo, entran. Al chico todo eso le huele a la mano de su madre y mucho. Se pregunta en qué terrible trampa estarán metiéndose de cabeza.



—Esto es muy raro, Gabriel. No me fío. Además, ¿no debería estar ya aquí la directora?

—Estará recuperándose de la ruptura del pasillo entre dos planos. Vamos.

—La estás subestimando.

—¡Y tú no la alabes tanto! Es el mal.

«¿Que la alabo?», me quedo pensando, «no creo que reconocer el poder de alguien sea alabarle. ¿O sí?».

Me estremezco. ¿Es posible que la admire y envidie como todas las demás alumnas?

Pero no puedo quedarme demasiado rato dándole vueltas a esa idea, ya que Gabriel me suelta y se dirige hacia el arcón de madera que hay en el fondo de la habitación. No cojea y, en cuanto a mí, me tambaleo un poco pero me mantengo en pie sin ayuda. Echo un vistazo a mi alrededor.

¡Menudo cuarto! Es más grande que el salón de mi casa; tiene un armario empotrado y una cómoda con aspecto de ser carísimos, fabricados con lo que creo que es ébano. Su cama está rodeada por una tabla de madera del mismo tono y parece sacada de un catálogo de muebles exclusivos y a la última. En cuanto al cofre, es oscuro y lleva tallas de hechiceras y animales. Cristales que no me extrañaría nada que fueran auténticos zafiros y rubíes están incrustados, forman los ojos de dichas

figuras. Es lo único que desentona un poco con la decoración minimalista. Y, según su hijo, está erizado de trampas.

—Ten cuidado, tiene cuatro cerraduras de diamante con agujas envenenadas por si intentas forzarlo, además de protecciones mágicas —recuerdo las palabras de Víctor.

—Entonces, preciosa, nos lo llevamos y que lo abra mi familia.

Dicho eso, se agacha y coloca sus manos sobre el cofre. Al instante ya no estamos apoyados en el suelo de la habitación de Eloísa, sino siendo aspirados por el portal que se ha abierto sobre nuestras cabezas. Allí, en medio de su lujosa estancia, cerca del techo, hay un enorme círculo de un par de metros de diámetro que parece estar formado por una vorágine de furiosos vientos que se mueven como si fueran perros rojizos los cuales, dando vueltas a toda velocidad, intentarían morderse la cola. Lo siento por los bonitos muebles de la directora, porque yo no soy lo único que se está largando por ese pórtico abierto.

Un portal. Se me remueve el estómago mientras entro de cabeza en una espiral monocromática que me succiona.

Mis últimos pensamientos coherentes antes de cruzar son que debía de haberlo imaginado, que ella no solo protegería el cofre contra su apertura. Los primeros al otro lado, aparte de mis ganas de vomitar cortesía del viajecito, son que me encantaría que ahora me explicara alguien qué narices hago casi sin fuerzas, tirada en el suelo a más de dos metros de Gabriel y en medio de un desierto. La arena se me ha metido en la boca y tiene un regusto asqueroso. El portal, por supuesto, ha desaparecido del cielo.



El agente Gutiérrez no puede creer lo que está leyendo. Tiró de unos contactos, unos amigos que le debían más de un favor, para desenterrar los cuerpos amparados por la oscuridad de la noche y para que, de forma extraoficial, lo analizaran. Todas las tumbas estaban vacías menos dos. Llevó los cadáveres a su contacto en la universidad de medicina. A la noche siguiente, los devolvió a sus sarcófagos. Todo fue muy rápido y nadie se enteró pero, el informe que le acababa de llegar con los resultados de la autopsia era sencillamente inverosímil.

¿Cómo podía ser que esa jovencita tuviera heridas en los brazos como las que podían hacer las ventosas de un pulpo y, además, hubiera muerto de miedo? Lo más sorprendente de todo era que la congelación de sus tejidos fue posterior a la fecha de la muerte, como si hubiera fallecido dentro del internado y la directora la hubiera echado luego a un barranco para echarle la culpa al frío y a un desventurado accidente. No se le ocurría otra explicación. También le gustaría saber dónde estaban todos esos otros cadáveres que habían sido enterrados.

Se hizo con las cámaras del cementerio y pudo ver que estas no habían grabado a nadie accediendo a la zona. Extraño. Los cuerpos no se volatilizaban así como así. ¿Habrían enterrado los ataúdes vacíos?

Tenía que seguir investigando.

Con un resignado suspiro, se quitó las gafas y frotó las sienes. A veces, hacer lo correcto no solo era peligroso sino también complicado.



Me quedo unos minutos allí, recuperándome; después me incorporo y me acerco a Gabriel. Se ha sentado en el suelo y está mirando fijamente al horizonte, como si así pudiera discernir qué nos ha pasado.

—¿Estás bien?

Coloco mi mano en su hombro. Él sacude la cabeza, me mira y se levanta.

—No entiendo cómo he podido fallar. Perdóname. Te prometo que te sacaré de aquí.

—No pasa nada... —Le quito importancia para animarle—. Pero deberías haberme escuchado cuando te dije que no me fiaba.

—¡No seas tan engreída! Has caído en esta trampa igual que yo. Pero ya te sacaré.

El chico ha apretado sus puños y movido con brusquedad su hombro para apartar mi mano. ¡Será presuntuoso e imbécil!

—Escúchame bien, Gabriel. —Yergo mi espalda, poniéndome bien recta—. Me da igual que seas un cazador y yo solo una neófita, porque tengo un gran poder de la Diosa dentro de mí y la misma hechicera que te ha metido en esta trampa resulta que me veía adecuada para su hijo. Además, el nexa de ese pasillo laberíntico lo rompí yo.

Nos quedamos mirando, él sorprendido ante mi actitud pero sin dejar de mirarme como si no fuera más que una niña que apenas sabe nada. Así que lo fulmino y dirijo mi vista más allá de él; es más interesante. Me giro 360° para no perder detalle. Un enorme desierto de dunas de arena nos rodea, es llano y parece no tener fin. A la derecha hay una cordillera rocosa, está a pocos cientos de metros. Sin dignarme mirar a Gabriel, comienzo a andar hacia allí.

Lo escucho resoplar y comenzar a seguirme. Mis pies se hunden en la arena, que es de un color negruzco con granos que brillan en un tono metálico plateado. Lo cierto es que huele bastante mal, como a podrido. Sobre mi cabeza hay dos soles brillando en el cielo y la atmósfera presenta un tono rojizo. Me doy cuenta de que, si me está costando tanto avanzar, aparte de por las dunas y mi cansancio se debe a que este planeta debe de tener una gravedad algo superior a la de la Tierra.

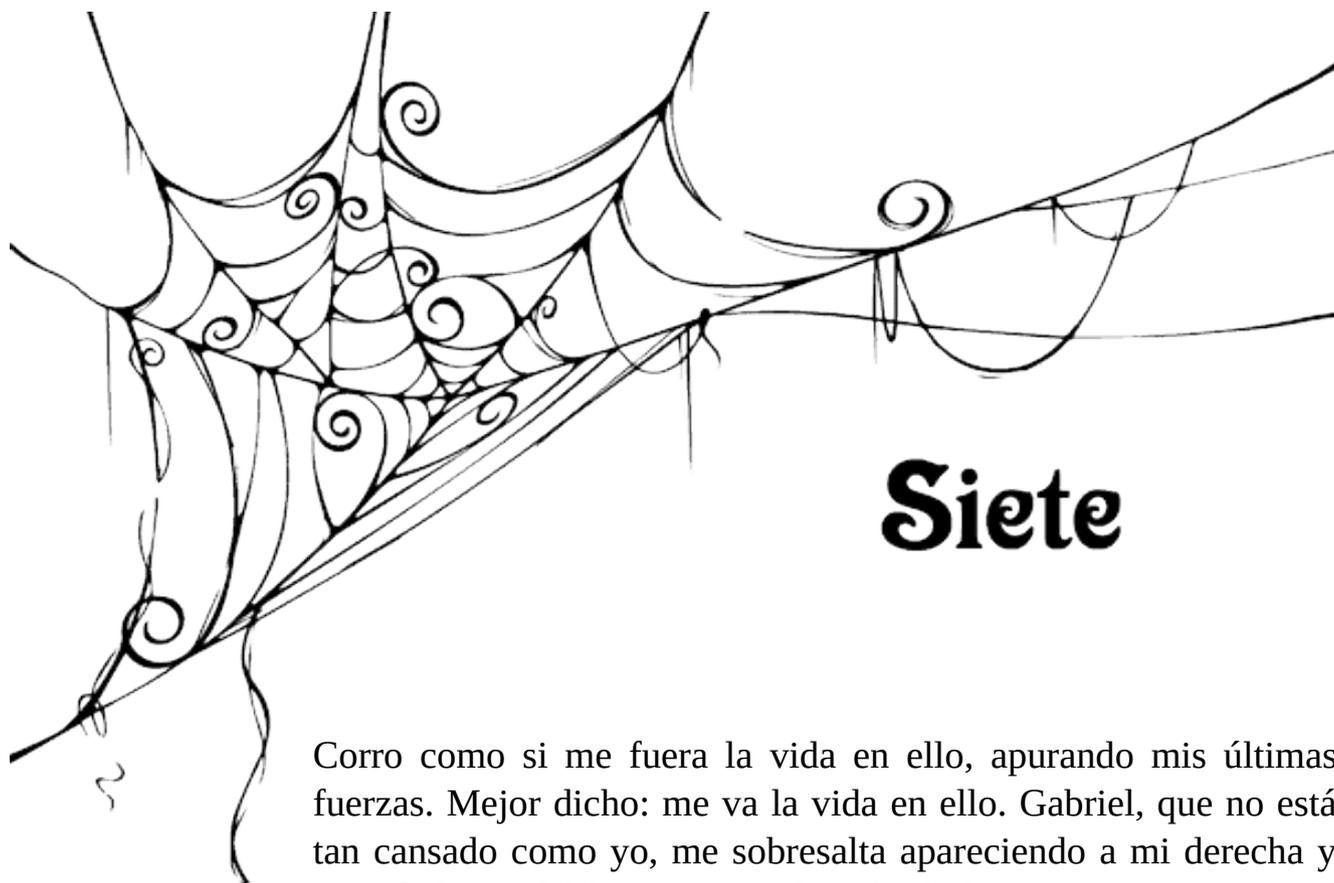
No hemos avanzado ni la mitad del trayecto cuando el suelo comienza a temblar. Mi corazón comienza a bombear a toda velocidad, observo surcos de arena que

crecen y se dirigen hacia nosotros desde todas las direcciones. No me hace falta más; le pego un grito a Gabriel y echo a correr hacia las rocas. Por tres motivos: porque están elevadas, son la única ruptura en el monótono paisaje desértico y, sobre todo, porque allí hay menos movimiento entre las dunas.

Apenas he dado una docena de zancadas cuando, a mi izquierda, un súbito sonido amenaza con romper mi concentración; esa misma con la que me obligo a no desfallecer por el agotamiento, a tirar de adrenalina y seguir corriendo. A mis oídos llega un bramido acompañado de un ruido similar al que haría un enorme chorro de agua al brotar de un estanque. Miro de reojo y mascullo entre dientes un juramento. ¡Ojalá me quedaran fuerzas para usar la magia! Lo que parece un enorme gusano acaba de asomar un apéndice helicoidal y varios metros de cuerpo, provocando que un montón de granos de arena salgan despedidos y reboten furiosos al impactar contra el suelo. El gusano, o lo que sea esa criatura, está en mitad de su salto, uno vertical hacia el cielo. Mientras yo acelero en mi carrera con mis últimas energías, me doy cuenta de que ese apéndice debía de ser su cola y observo cómo al enorme y amarillento cuerpo cilíndrico que se retuerce monstruoso en el aire le sigue una cabeza.

Nada como ver sus fauces afiladas chasqueando sobre las dunas, en un cráneo ciego que vuelve a entrar en la arena tras alcanzar la altura máxima que le ha dado su impulso bajo tierra, para, más que correr, volar hacia las rocas.

¡Qué pena no poder hacerlo de verdad!



## Siete

Corro como si me fuera la vida en ello, apurando mis últimas fuerzas. Mejor dicho: me va la vida en ello. Gabriel, que no está tan cansado como yo, me sobresalta apareciendo a mi derecha y agarrándome del brazo. Con el ruido de los gusanos (me parece que los voy a llamar así), no le he escuchado acercarse por detrás. En estos momentos le daría un besazo, pues está tirando de mí hacia delante.

La cordillera está cada vez más cerca. Nuestro avance es en zigzag para evitar a los pocos depredadores que vienen a por nosotros desde delante, esquivándolos cuando surgen con su cuerpo en la superficie para cazarnos. Desconozco el motivo por el cual entre ambos y las rocas apenas haya tres o cuatro; más bien me limito a sentirme agradecida y esquivarlos. Cuando tan solo faltan unas pocas decenas de metros, un bicho del tamaño de un perro sale de detrás de la duna sobre la que estamos avanzando. Creo que tiene algo parecido a plumas en vez de pelaje, pero no podría asegurarlo pues en seguida un gusano sale de las arenas, su cola cónica por delante, como si saltara. Y se retuerce en el aire para, en su caída, dirigir la cabeza hacia la criatura que acabamos de espantar. Su enorme boca dentada se abre y cierra sobre esta, agarrándola y volviendo a enterrarse con ella. Me estremezco. Noto como Gabriel clava sus dedos en mi brazo. A veces desearía tener menos imaginación, porque no me está ayudando nada el verme a mí misma perforada por esos dientes y devorada lentamente bajo la arena, sin saber si la asfixia llegará pronto y acabará con mi tortura.

¡Y esos bichos cada vez se nos están acercando más, tanto por los lados como por detrás!

Me centro en el agarre de Gabriel y sigo avanzando con toda mi adrenalina, mi miedo y mis fuerzas; la Diosa sabrá de dónde las saco.

Llegamos, aún no me lo creo. Hemos avanzado tan rápido que casi nos acabamos

de dar una torta contra las rocas. Gabriel me sujeta de la cintura y eleva, gritándome que me agarre como pueda. Lo hago. La pared rocosa, casi vertical, está llena de agujeros de diversos tamaños; gracias a ellos es bastante sencillo trepar. Una vez que me he alzado un par de palmos del suelo, el rubio cazador comienza a hacer lo mismo, adelantándose con facilidad. No miro abajo, pues sé que no debo, pero por el ruido los más cercanos de esos gusanos acaban de llegar y están comenzando a saltar para atraparnos.

Subo todavía más rápido, sobre todo porque acabo de sentir un súbito viento bajo mis pies y estoy convencida de que la cola de uno de esos bichos me ha pasado tan cerca que casi me ha golpeado y tirado abajo.

Es menos de un minuto pero es aterrador. En medio de chasquidos de dentaduras y el ruido como de surtidor de la arena cayendo, los bramidos de las criaturas me asustan y repelen. Trepo todo lo veloz que puedo, hasta que de repente Gabriel —que se ha parado, sus pies y manos bien anclados en los huecos— vocea que me detenga, que mire hacia abajo. Con algo de recelo, lo hago. Lo que veo es la arena a unos siete metros de distancia y a esas criaturas intentando saltar en vano para pillarnos. Me fijo en que la más grande debe tener entre cuatro y cinco metros de longitud. Su grosor, sin embargo, es de más de un metro. Uniendo eso a la elevada gravedad de este planeta, puedo entender por qué estamos a salvo. Para bichos como esos propulsarse fuera de la arena no debe de ser muy sencillo. Creo que el truco está en la cola: como tiene forma de cono, es posible que excaven túneles girando sobre sí mismos y que la inercia que alcancen sea la que les permita saltar hacia arriba.

—¿Te fijas en la arena? Está muy suelta. No debe de ser difícil hacer un túnel —me comenta Gabriel, el cual por lo visto está pensando lo mismo que yo—. Observa las elevaciones que provocan en la arena.

Lo hago. Sus surcos son cilíndricos, la elevan mientras la criatura avanza, pero poco a poco van colapsándose una vez ha pasado toda la longitud del gusano.

—Deben viajar muy cerca de la superficie —continúa compartiendo conmigo sus deducciones—. Allí tiene que ser sencillo excavar, no hay más que ver cómo las dunas recuperan su forma original tras su paso. Me pregunto qué habrá por debajo.

—¿Roca?, ¿arena compacta?, ¿gusanos más gordos? —improviso.

—En fin, sea lo que sea, lo que tenemos que hacer es salir de aquí.

—¿Cómo? ¿Este planeta o lo que sea está en otra dimensión?

Asiente con la cabeza. Los gusanos no dejan de intentar alcanzarnos, lo cual no deja de ponerme nerviosa.

—No lo sé. Un portal sería estupendo, uno que nos devuelva a casa. ¿Podrías hacerlo?

Ahora soy yo la que le contesta con la cabeza, pero para negar.

—Se supone que tengo el potencial pero no tengo ni idea de cómo se hace. Puedo probar si me dices cómo.

—Los pocos Samuae que tienen ese conocimiento lo guardan con celo. El único

portal del que yo podría decirte algo no nos serviría. Habrá que pensar otra cosa.

—Vale —resumo—, estamos atrapados y no sabemos abrir pórticos. Entonces sugiero que avancemos. No sé si encontraremos alguna salida pero por lo menos esos bichos dejarán de intentar comernos.

—De acuerdo pero, Victoria... —Su voz se torna seria—. Esto no es un lugar construido entre dos planos, aquí no hay un nexo que romper para salir. Quizá debamos afrontar que, o viene alguien a rescatarnos o lo llevamos claro.

—Oye —protesto con firmeza—, yo no me rindo. Superé un examen en el que casi me matan y he pasado de acosada a acosadora. No es algo de lo que me sienta orgullosa, más bien al revés, pero tampoco es que sea algo sencillo. Así qué tú no sé, pero yo me voy de aquí, guapo.

Veo que lo dejo con la boca abierta, sorprendido tanto ante mi arrebatado de autoafirmación como ante que lo trate de «guapo». Que se vaya acostumbrando. Será todo un cazador Samuae pero ya me he cansado de la actitud que tiene desde que me reuní con él esta noche: la de estar por encima de mí. Miro a la pared y comienzo a escalar. Otra vez.

Doce metros más arriba, me pongo de pie en lo que parece la cima de una gran muralla. Eso sí, es anchísima, al menos veinte metros. Su longitud se va curvando, cerrándose en torno a un lago tan inmenso que no le veo el final. El suelo es del mismo material rocoso lleno de oquedades y, al fondo, no veo desierto sino esa especie de lago, mar o lo que sea, que me llama la atención por su peculiar color verde muy brillante, el cual contrasta con el tono rojizo de la atmósfera y el negro de las rocas. Avanzo hacia el final del farallón (pues ahora veo que eso es lo que es) y me asomo: hay una enorme caída en acantilado por debajo de mí, hacia un oleaje fuerte que rompe contra las rocas.

Increíble. Esto es un maldito desierto que rodea a una muralla de rocas que cerca un mar interior de un verde que casi es fosforito.

Gabriel debe de leer el desconcierto en mis rasgos porque esboza una media sonrisa, se yergue jactancioso y se decide a ilustrarme.

—Victoria, como imagino que tengo más conocimientos de química que tú, déjame decirte que tengas cuidado. —Su voz suena pedante—. Eso parece algún tipo de disolución. Si caes allí abajo, además de ahogarte sufrirás graves quemaduras pues, por el modo en el que horada las rocas, creo que debe de tener algún tipo de ácido. Y eso si no es además tóxica...

—No pensaba darme un chapuzón, pero gracias —le contesto bastante seca.

—Mira, todo esto está lleno de agujeros. Tú querías explorar, ¿no? ¿Entramos en uno de ellos? —Suaviza su tono, conciliador.

Bueno, eso es cierto. La cima del farallón (al igual que las paredes) está llena de huecos de diversos tamaños, desde el de una pequeña fruta hasta más de un metro de ancho.

—De acuerdo. ¿Entramos en uno de los grandes?

—Claro, así iremos más cómodos. —Me sonrío intentando congraciarse otra vez conmigo.

Ignoro su intento y dejo que me guíe hacia uno de ellos, uno que tenemos a la derecha que presenta una inclinación de unos 45° y no se dirige hacia el mar.

Nos metemos dentro y bajamos.

Está bastante iluminado, incluso cuando el agujero de entrada queda muy detrás de nosotros; imagino que por la enorme cantidad de huecos que conectan esto con el exterior. De vez en cuando escuchamos ruidos, unos que me hacen imaginar a algo grande arrastrándose por estos pasadizos. Espero que no sean los gusanos de antes, pues lo cierto es que el túnel por el que avanzamos está muy pulido y tiene una forma cilíndrica bastante definida. Cada poco rato, observamos restos de lo que parecen secreciones orgánicas, de un color verdoso que, si no fuera porque no brilla, me recordaría al del mar. Comienzo a preocuparme. El pasillo está bifurcándose continuamente, dando acceso a otros que presentan variados tamaños, desde similares al nuestro hasta mucho menores. Y cuando de repente uno de esos sonidos se acerca, me pego a Gabriel y me quedo inmóvil. Él me rodea con sus brazos en un gesto protector. Pese a estar revelándose su complejo de superioridad, no negaré que a veces sigue siendo muy dulce. Por encima de nuestras cabezas, en un conducto que corta y cruza al nuestro, aparecen el cráneo, el cuerpo y la cola de uno de esos gusanos. Por mi mente pasan dos pensamientos, aparte de la necesidad de ni respirar para no delatarme: que este no camina de espaldas y que, visto de cerca, es aún más feo y repelente. No tiene patas, avanza reptando, y en la parte de debajo de su cabeza hay como unos zarcillos con los que va tocando el suelo por el que se desplaza. Menos mal que este bicho debe de ser ciego.

—Vale, vámonos de aquí —le susurro a mi compañero una vez considero el gusano ya se ha alejado lo suficiente—. Vamos a un túnel más pequeño, uno por el que uno de esos no coja.

—¿Y quién te dice que no los hay más pequeños?

—Bueno, por lo menos no cabré entera dentro de su boca.

Bajo medio metro y me introduzco por una abertura de poco más de sesenta centímetros de diámetro. Voy a cuatro patas. No sé si estaré siendo muy sabia, quizá si viene por aquí un gusano más pequeño estoy directamente muerta; pero desde luego no pienso quedarme donde estaba sabiendo que uno de los grandes podía venir a darse un festín con mis huesos.

Gabriel me sigue a regañadientes y seguimos avanzando. Bajamos mucho, tanto que estoy segura que estamos por debajo del nivel del mar y del de la superficie de las dunas. Para mí que en sentido horizontal llevamos más de veinte metros; así que quizá esto sea lo que haya a pocos metros por debajo de la arena.

La luz que se filtra del exterior es cada vez más tenue, por suerte nuestros ojos se han adaptado poco a poco a la penumbra. Al cabo de un rato de ir gatas, de temer por encontrarme algún gusano de este tamaño (este túnel también está pulido y con restos

orgánicos) y de ver a los grandes pasar por encima o debajo nuestro a través de los múltiples conductos que horadan la zona, llegamos a lo que parece una enorme cueva.

O, mejor dicho, una caverna de tamaño descomunal está justo debajo de nosotros; el túnel que estamos siguiendo acaba encima de ella. Si diéramos un par de pasos y nos dejáramos caer, lo haríamos en un líquido verde igual de brillante que el del mar que hemos visto antes. Ese enorme espacio abierto a nuestros pies es como un enorme lago, como un estómago enclavado en las entrañas de la tierra. Me estremezco ante la imagen mental; demasiado rato considerando la perspectiva de acabar dentro de uno de esos bichos. Como reaccionando ante mi temblor, mi gema comienza a emitir pulsos de calor sobre mi pecho; la saco de debajo de mi jersey y observo que está brillando y apagándose de manera alternativa, igual que una lucecita de navidad.

Curioso.

Vuelvo a mirar abajo y, esta vez, intento buscar una analogía que no incluya ácidos estomacales.

La cavidad, esférica, es como uno de esos mundos que algunos artistas contienen en bolas las cuales, al agitarlas, se llena de nieve o purpurina; con la salvedad de que no es la fantasía de una niña sino puñeteramente real. Hay un islote en el centro, rodeado por la disolución verde. El lago está circunvalado por una playa de arena, contenida a su vez en las paredes de la cueva. Lo único que rompe la simetría es un estrecho brazo de roca que va de la isla a la orilla, convirtiéndola en una especie de península. Sobre el agua brillante descansan un montón de elementos ovalados; yo diría que piedras si no fuera porque dudo mucho que algo pesado pueda flotar y, además, en vez de negras como la roca y la arena son de un blanco desvaído. De vez en cuando, algo medio asoma rápidamente por la superficie del líquido estancado, provocando ondas. Sobre la tierra firme de la península, una especie de gigantesco gusano con unas alas que parecen demasiado pequeñas para su enorme tamaño está comiendo. Es como uno de los de las dunas pero mucho más grande. Debe de tener un par de metros de ancho y más de una docena de largo. Su comida es una sustancia viscosa que, fijándome bien, la vomitan las criaturas que salen del agua. Son las que se asoman esporádicamente por la superficie del lago, una especie de gusanos mucho más pequeños que los del desierto y con aletas en su cola. Algunos de ellos acuden a la península, donde dan de comer al monstruoso bicho alado con el contenido de sus estómagos. Uf... ahogo una mueca de asco. Lo que yo digo, todo un ecosistema en miniatura. Me iría ahora mismo si no fuera porque en el centro de la isla hay una columna roja y sobre ella una gema que, como la mía, está palpitando.

—Gabriel —le susurro—, creo que hemos encontrado el aoma.



Mi gema y la de la cueva parecen estar reconociéndose. Ha sido toda una sorpresa encontrarla aquí, pero no negaré que no es un mal escondite. Ahora solo necesitamos cogerla; así que estudiamos un poco más lo que hay debajo de nosotros.

Es muy curioso, no veo ningún gusano como tal excepto al de las alas atrofiadas. Observo también que en la playa hay restos de algo. Cuando nos acerquemos miraré mejor, porque me gustaría tener todos los datos posibles antes de bajar a la cueva; sobre todo si esos bichos son parientes de los gusanos y por lo tanto también carnívoros.

Parece que nos ponemos de acuerdo con una mirada. Gabriel comienza a buscar túneles que nos lleven abajo. Me parece bien. No creo que él sepa volar y yo nunca le he contado que lo he practicado un poco, que consigo levitar ayudada por pequeños remolinos de viento. Considerando que todavía estoy débil y cansada, prefiero bajar de un modo que no implique la magia y guardármela por si la necesito luego. Lo cierto es que no sé cómo lo hago pero incluso de este ecosistema tan extraño soy capaz de regenerar mi energía. No tanto como de las montañas del internado o de aquella dimensión demoníaca de Eloísa, mas espero que sea suficiente. Así que callo y le sigo, poniendo cuidado en dónde piso, mientras buscamos un túnel que baje hacia la arena. A ratos vamos por dentro de la roca y, en otros, estamos expuestos a la vista de esa criatura, con las manos y pies en pequeños agujeros y literalmente trepando hacia abajo. Por suerte llegamos a la playa sin que nos detecten, ni siquiera los gusanos que siguen pasando de vez en cuando por los túneles más grandes.

La arena se parece mucho a la del desierto, si bien aquí está más compactada. Imagino que, si esta especie de lago interior está conectado con el mar de afuera, habrá mareas y la mayoría de la zona quedará cubierta por el agua verde. Ahora mismo, hay unos tres metros de superficie por la que poder caminar, bastante inclinada. Me acerco a esas cosas que he visto antes; están en la zona más elevada de la playa. Y me echo de inmediato hacia detrás asqueada: huelen fatal, tienen pinta de ser recientes y parecen como la crisálida de algún bicho. Miro al líquido, a las criaturas que por él nadan, luego al gusano con alas y después a eso que flota en la disolución. Ato cabos. Lo del agua verde parecen huevos, que imagino debe poner el gigantesco gusano al que voy a llamar reina. Si lo que sale son esos peces raros, a lo mejor los gusanos son anfibios de crías y vienen a la playa a transformarse en adultos. Eso explicaría también los diferentes tamaños de los túneles que horadan este farallón.

—¿Qué hacemos ahora? —le susurro a mi compañero; ahora mismo me parece sensato hablar bajo y no llamar la atención.

—Yo iría por ese puente hasta la isla e, intentando que la cosa alada no nos vea, cogería la gema y de vuelta a lo alto del acantilado; pues a mí me parece el lugar más seguro. Una vez allí, con dos aomas deberíamos ser capaces de pensar en algún modo de salir de esta dimensión.

—De acuerdo.

No es que me parezca un gran plan pero no se me ocurre ningún otro. Además, moverse es mejor que estar parado, por lo menos evito pensar en la situación tan suicida en la que me encuentro.

Avanzamos despacio por esa pasarela de rocas que sobresale unos pocos palmos sobre el líquido verde. Lo cierto es que, aquí abajo, la mayor parte de la luminosidad no procede de arriba sino de la disolución; tiene algo que la hace fotoluminiscente. La distancia al islote es tan solo de unos treinta metros y tenemos espacio de sobras para ir juntos; sin embargo camino con un nudo de aprehensión en el pecho, que se acrecienta a cada paso, a cada salpicadura en el agua provocada por esos bichos (voy a llamarlos larvas) sacando sus cabezas. Al cabo de pocos minutos, que se me hacen eternos, llegamos. La reina está cerca de un grupo de larvas que están... no puede ser... miro mejor... ¡Pues sí! Están comiéndose las heces de su mami. ¿Es que es así como las alimenta? ¿O quizá necesitan algo que deshecha la reina como suplemento nutritivo? Hago una mueca de asco. Y la amplifico al ver a dos de esas cosas saliendo del agua cerca de nosotros, vomitando una sustancia viscosa y después acercándose a su progenitora. Miro la isla: aquí no hay comida, está vacía, no hay nada más que la columna. Así que, o la madre gusano come lo que le regurgitan sus retoños, o que me expliquen a mí de qué vive. Si es eso, reconozco que es un modo elegante de sobrevivir, de atraer a tus crías: dándoles algo que necesitan a cambio. Tan solo es que, pensar que ese algo es mierda, me revuelve el estómago. Me consuelo con la idea de que al menos están demasiado ocupadas con su comida como para fijarse en nosotros, me agarro del brazo de Gabriel y sigo avanzando por la superficie arenosa de la península, esquivando larvas y acercándonos a la columna todo lo alejados de la reina y su prole que podemos. Todo va bien hasta que una de las larvas parece darse cuenta de nuestra presencia, emite un sonido tan débil que apenas lo escucho y, a continuación, el gusano con alas las agita para erguirse en todo su enorme esplendor, como si fuera una gigantesca serpiente alada alzándose para atacar. Da miedo. Dirige su cabeza ciega hacia nosotros y brama con tal potencia que me duelen los oídos.

De inmediato, el lejano ruido de gusanos arrastrándose se acerca y aumenta, primero poco a poco y después a lo bestia. Gabriel me coge de la mano y echa a correr conmigo hacia la columna. En nuestro camino pisamos a más de una larva, las cuales me dejan con la asquerosa sensación de haber aplastado una bolsa de fluidos pútridos. La reina, más que hacer ademán de seguirnos, permanece alzada y quieta; excepto por sus zarcillos, que nacen a puñados en su cabeza y los cuales mueve con agitado frenesí. Por encima de mí, en ese techo lejano sobre nuestras cabezas, cada vez veo más gusanos desplazándose a toda velocidad y lo peor es que esos bichos están comenzando a llegar a las orillas desde los túneles. Parece que ella los está llamando. Mierda.

¡¡La madre que la parió!!

—¿Te has fijado? —me comenta Gabriel—. El agua debe de ser tóxica o algo así para ellos, porque en vez de nadar hacia nosotros están reptando por la playa y

dirigiéndose al puente.

Es cierto; de hecho, varios de ellos ya están comenzando a cruzarlo.

—¡Hay que volarlo! —grito.

Pese a que ya hemos llegado a la columna, inicio un movimiento de dirigirme hacia allí y él me frena.

—Guarda tus fuerzas, Victoria. Las bolas de fuego son mi especialidad.

Me lo quedo mirando interrogante. Los guerreros Ashlae no hacen ese tipo de magia pero los Samuae sí. Lo observo y veo cómo dibuja un sello de aparición mientras susurra unas palabras y, al instante, salen de su palma abierta tres bolas de fuego que van haciéndose de mayor tamaño a medida que devoran y consumen el aire que hay entre nosotros y el puente. Impactan. Lo rompen, lo hacen estallar. Enormes pedazos de roca oscura caen al agua, provocando que chorros del líquido acompañados de alguna larva salgan despedidos en todas las direcciones. Por suerte no llegan a donde estamos, pues no me extrañaría nada que eso fuera alguna especie de ácido. Los gusanos, por su parte, ignoran la explosión hasta que llegan al enorme boquete relleno de líquido. Se paran, braman y su reina les contesta furiosa.

Bien, un peligro menos: esos bichos no pueden llegar. De hecho, tras escuchar a su mami están dando media vuelta hacia la orilla y los túneles. La gusano con alas sigue quieta, inmóvil excepto por los zarcillos de su cabeza que no dejan de agitarse y ondear. Las crías, sin embargo, comienzan a salir del agua y dirigirse hacia nosotros. Genial. Imagino que ahora tienen órdenes de atacar. Víctor me coge de la cintura y me aúpa, ayudándome a trepar por la columna. El problema es que es bastante lisa: tallas de rostros de hechiceras son lo único que, aparte de distinguirla como propiedad de Eloísa, me permiten un lugar donde clavar mis dedos y apoyar mis pies. Es muy difícil, sobre todo considerando cómo resbala. Así que, cuando me deslizo y caigo al suelo, las larvas cada vez más cerca y Gabriel escalando muy despacio y con dificultades, decido gastar parte del poder que he recuperado. Podría intentar modificar mi cuerpo o la columna para que fuera más sencillo agarrarme y trepar, pero nunca he intentado hechizos de transformación aunque sé que existen. Por lo cual hago aquello para lo que mi aoma parece especialmente dotado: convoco al viento. Sin embargo, más que un poco gasto todo mi poder en provocar una espiral de aire que nace justo debajo de mí. Como cada vez que uso la magia, siento como si yo misma pudiera tocar el cielo con los dedos, elevarme a las alturas de la Diosa. Mi vista es más nítida, mi olfato y oído más agudos. En un segundo que parece cristalizarse para siempre respiro la desagradable mezcla de olores que me rodean, veo el islote de arena negra, a la reina erguida, a las crías congeladas en su carrera hacia nosotros, al agua verdosa sobre la que flotan los huevos, a los gusanos con las bocas de dientes afilados abiertas en un grito agudo mientras corean el furioso bramido de su reina y se dan la vuelta. La energía, embriagadora, surge entonces de mí, se canaliza, forma un rugido de aire bajo mis suelas, una vibración rápida que poco a poco me eleva y que se va transformando en todo un huracán en miniatura,

uno que también arrastra a mi asombrado acompañante cuando llegamos a su altura. El veloz torbellino, que pese a estar controlado por mí sigue cumpliendo las leyes de la física, succiona a las larvas más cercanas y las empuja contra nosotros. Siento cómo varias me golpean; una de ellas me muerde en el brazo y otra intenta enroscarse en mi pierna. Pero no puedo romper mi concentración, no ahora que necesito cada brizna de energía que he podido recuperar para conseguir llegar arriba. Y lo hago, nos elevo hasta la cima, la cual es lo suficientemente ancha como para acogernos a los dos. Le grito a Gabriel que se prepare, fuerzo al viento a colocarnos sobre la columna y deshago la convocación. El torbellino desaparece de golpe, como si nunca hubiera existido. Caemos hacia abajo, algo menos de medio metro, intentando hacerlo sobre la plataforma circular roja en la cual descansa el aoma.

Mientras desciendo, en un instante y sintiéndome todavía tocada por la Diosa, mi mente asocia lo que acabo de experimentar al recuerdo de Gabriel rechazando a los Ahslae por tomar poder de lo que les rodea. No puedo creerme que esto, generar esta afinidad con el aire, sea una aberración porque me he recargado con la energía de mi entorno. Empiezo a pensar si eso de que no es un modo natural de hacer magia no será una excusa Samuae porque ellos no pueden hacerlo. En todo caso, el impacto interrumpe con brusquedad mis cavilaciones. Ese momento de claridad se ve relegado al olvido por algo mucho más mundano: dolor en mis glúteos.

Tengo suerte: he caído de culo. Mejor una moradura en el trasero que romperme un hueso. En todo caso, no es lo único que me hace daño ya que todavía tengo a uno de esos bichos enroscado en el muslo. Está apretándomelo y me duele. De hecho, ahora que le presto toda mi atención y que ya no estoy sumida en el subidón que me provoca la magia, me duele mucho. Miro a Gabriel, que lleva un cuchillo de más de un palmo en la mano y está acabando de quitarse una de las larvas de encima. Víctor se habría ocupado de mí primero.

—Ayúdame —le pido mientras miro a esa cosa sin atreverme a tocarla, pues en mi brazo, donde me ha mordido una durante la ascensión, aparte de la herida está todo muy colorado y me pica bastante, como si yo fuese alérgica a su tacto.

De inmediato, el chico se me acerca (sigo sentada en el mismo sitio en el que he aterrizado) y me inmoviliza la pierna con un brazo mientras que con el otro le clava la punta del cuchillo a esa cosa. Por toda respuesta, la cría se desenrosca y se lanza a morder al filo, agarra la hoja con los dientes. Con un movimiento rápido, Gabriel mueve el arma. La levanta por los aires y lanza la larva a la arena negra del suelo.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras me arremanga el vaquero para mirar mi pierna.

No hay nada, tan solo está un poco blanco por la presión. Su tacto es suave y agradable mientras me da un masaje rápido para hacer que vuelva a circular la sangre.

—Más o menos... Peor es lo de mi brazo.

Él lo mira. Abre los ojos al observar la zona enrojecida y la herida del mordisco. Rompe una tira de su camiseta, la cual ya deja ver su ombligo, y me venda la

mordedura. Por suerte la cría no me arrancó carne, tan solo dejó los agujeros de sus afilados y pequeños dientes. Confío en que sea tan poca cosa como aparenta. Entonces pasa un pensamiento fugaz por mi mente y echo un vistazo a la herida de la pierna de Gabriel, la que le hizo el demonio. Yo creo que aquí ha tenido que intervenir la magia porque cojeó solo al principio y la sangre que mancha la tela con la que la vendó está seca.

—Hay que salir de aquí para desinfectar eso. Vamos, haz los honores, coge el aoma.

La voz de mi compañero me saca de mis divagaciones. Tiene razón. Asiento y me incorporo para hacerlo. Por el rabillo del ojo veo que los gusanos están volviendo a la orilla con piedras, trozos del farallón, que tiran al agua en un intento de rehacer el puente para venir a por nosotros. Me estremezco. Pero cuando mis ojos se encuentran con la gema olvido todo lo demás; incluso a los gusanos.

Porque hasta mi corazón parece ralentizarse y sincronizar sus latidos con los pulsos de luz que emiten las dos aomas. Porque la magia me rodea y me hace partícipe de un momento único, de la reunión de dos de las joyas de la Diosa. En estos momentos no soy Victoria sino una prolongación más de esa energía expectante que me envuelve y me llena, que hace vibrar cada una de mis células con su anhelo de rencuentro.

Mi piedra es roja y está latiendo con una intensidad inusitada, una que haya eco en mi ser y en la gema violeta del fuego. Un violeta tan intenso que parece condensar la esencia de mil pétalos de flores en un color imposible y sobrecogedoramente hermoso. Y palpita, igual que mi aoma. Acercó mi mano al lugar en el que reposa, en el centro exacto de la columna, muy cerca de donde yo estaba sentada. La expectación, el anhelo y la velocidad de los latidos se incrementan hasta el instante en el que la toco. Entonces es como si en un parpadeo nos saliéramos fuera del tiempo, nos quedáramos congelados en el infinito. Yo, el aire entre mis pechos, mi corazón de repente capturado entre dos latidos y el fuego en mis dedos; solo que su tacto es gélido. La sensación, el rencuentro, aunque eterno desaparece con la exhalación que se había quedado atrapada en mi garganta. Vuelvo al mundo, llevándome conmigo la sensación de haber presenciado algo mágico. Mi mente procesa lo del frío del aoma de Eloísa. Imagino que debe de estar descargado; una pena, pues su energía no nos vendría nada mal para salir de aquí. Lo acaricio con suavidad, deslizando mis dedos por su pulida y multifacética superficie. Es como un diamante del más puro violeta. ¡Me encanta! Lo cojo y, en ese instante, tanto este como mi gema del aire dejan de brillar de modo intermitente; es como si ya hubieran acabado de reconocerse y supieran que ahora trabajan juntos y a mi lado.

—¿Y ahora qué? —Me la guardo en un bolsillo.

—¿Puedes convocar otro torbellino para subirnos arriba? —Gabriel señala al techo de la cueva, ese horadado de pasadizos.

—No, no me quedan fuerzas y menos para algo así.

—¿Y si las sacas de la nueva aoma?

—Está descargada.

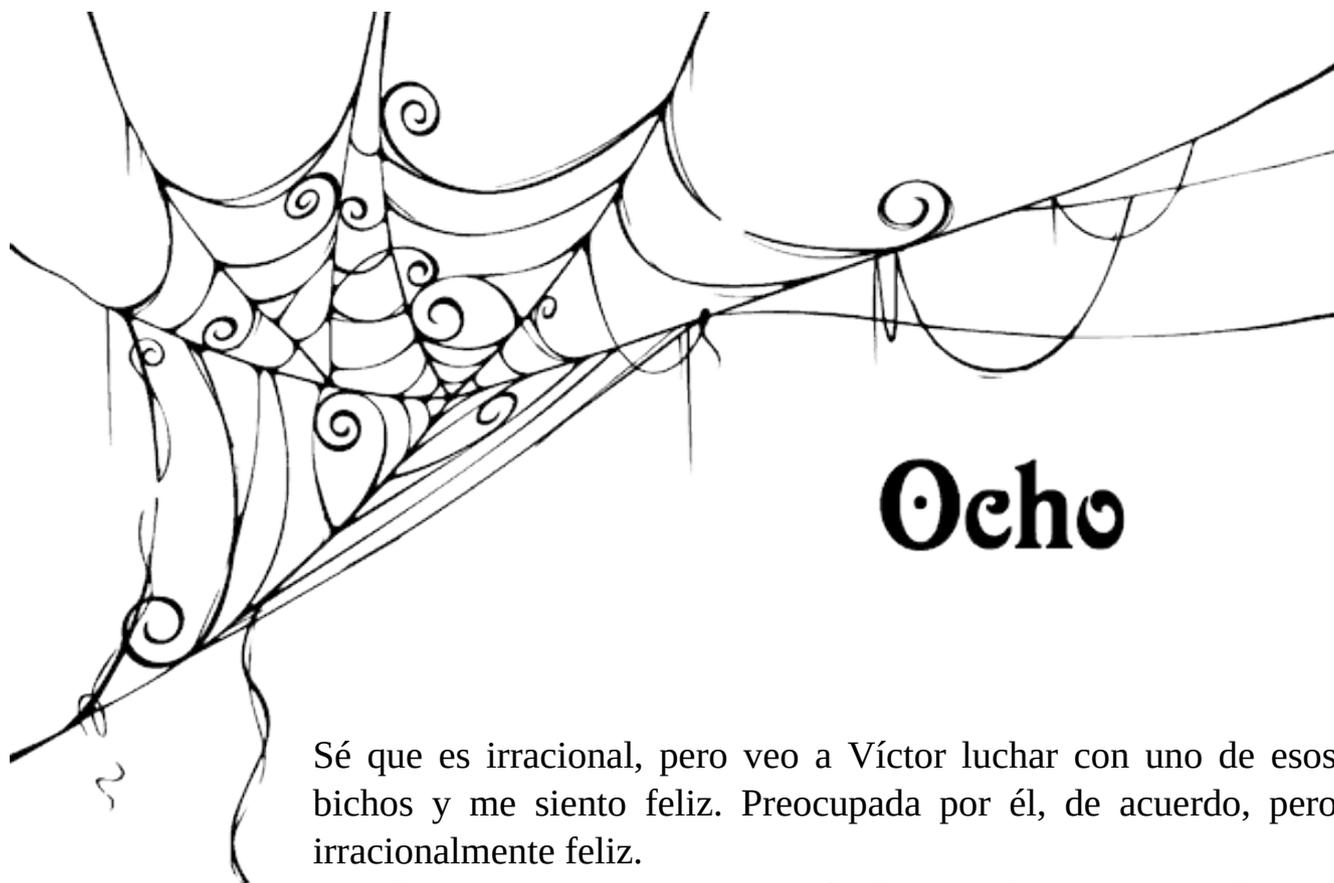
Frunce el ceño.

—Entonces lo tenemos jodido.

No es por ser agorera pero un peso se coloca en mi estómago indicándome que tiene razón. La reina sigue agitando sus zarcillos y bramando de vez en cuando, las larvas se apelotonan sobre la base de la columna intentando trepar y los gusanos adultos están tirando tantas rocas que parece que están consiguiendo rehacer el puente.

Por desgracia, lo que me queda de vida es cuestión de poco tiempo.

Justo entonces algo llama mi atención en uno de los agujeros que hay sobre mi cabeza. Algo o alguien está luchando, moviéndose. Mi corazón reacciona antes que mi mente, sus acelerados latidos me indican que, el chico que está espada en mano peleando con un gusano de los más gigantescos, no es otro que mi Víctor, que ha venido a rescatarme.



Sé que es irracional, pero veo a Víctor luchar con uno de esos bichos y me siento feliz. Preocupada por él, de acuerdo, pero irracionalmente feliz.

El gusano se mueve muy rápido para la enorme mole que tiene que mover, demasiado. Víctor parece minúsculo frente a esa cabeza sin ojos que le llegaría por el pecho si estuviera a ras de suelo en vez de estar varios palmos elevada, impulsada por los músculos de su cuerpo, e intentando golpearle y morderle. Pero él parece saber lo que se hace. Ayudado por raudos cambios de peso esgrime su espada y secciona poco a poco todos los zarcillos que salen del cráneo de su enemigo. Su arma emite un brillo apagado a cada corte. No se detiene ni cuando acaba con todos los zarcillos y el depredador se para durante unos instantes, como si estuviera desorientado. Ese breve tiempo es justo lo que el Astaquin necesita para darle un poderoso tajo en la mandíbula, arrancándole un buen pedazo de carne que cae al suelo. Un chorro de líquido verdoso sale despedido de la herida abierta; Víctor se aparta pero su espada y su brazo reciben gran parte de la salpicadura. Ambos, por un momento, brillan con una runa de protección, la cual parece disolverse junto con la sangre del gusano. Cuando se acaba de apagar la luz del sello, guerrero y arma están intactos. Espero que su espada tenga muchas de esas, porque a juzgar por la batalla que le espera va a necesitarlas. Sobre todo si, como empiezo a imaginar, la sangre de esos bichos es corrosiva.



El Astaquin no se molesta en intentar rematar a la criatura; cegada y herida, es fácil escapar de ella. Así que se dirige hacia un túnel más ancho que los demás, uno que

tiene un hueco justo encima de la columna. Desde allí, con una cuerda, podrá izar a Victoria. Otro gusano se interpone en su camino. Parece que están todos frenéticos, intentando acudir a la caverna para atacar a los dos intrusos. Pero no es el momento de pensar en eso, pues necesita la mente fría. Así que se concentra en su presa y le ataca. La estrategia es la misma: cortar sus zarcillos sensores y después herirla. El problema le viene cuando, mientras está esquivando las acometidas del gusano y lanzando golpes contra su cabeza, otro de esos bichos acude a ayudar al primero.

El gusano arremete contra el guerrero por detrás, aprovechando que este está ocupado esquivando a su compañero. Lo que su cerebro instintivo no sabe es que se está enfrentando a un Astaquin; al fin y al cabo, no posee auténtica inteligencia, está preparado tan solo para cazar y obedecer a su reina. Víctor escucha el ruido que provoca su acometida, el roce veloz del cuerpo de su nuevo enemigo contra el túnel, y echa a correr hacia la cercana pared. Salta al llegar a ella y continúa avanzando a toda velocidad, dando unos pasos por esta gracias al impulso. Los dos gusanos lo persiguen, quedando sus zarcillos por debajo del joven. Este, mientras da esas zancadas en vertical, suelta el broche de la capa que lleva y deja que caiga sobre ambas cabezas. A continuación va Víctor. Cae sobre el cuero y clava su espada en lo que espera que sea el cerebro de uno de los gusanos. De inmediato saca el acero mágicamente protegido y lo clava en el otro enemigo. Después salta al suelo. Los cuerpos y colas de los dos bichos gigantes dejan de retorcerse. En cuanto a su capa, ni se molesta en recuperarla; el ácido de la sangre ha destrozado el par de runas que llevaba.

Sin mirar atrás, con unos movimientos ágiles, fuertes y elásticos, sigue bajando por el túnel hasta llegar a su destino. Comprueba que no haya más gusanos, que ya estén todos en el puente, la playa o a punto de llegar allí. Como sabe que sus sentidos le alertarán si algún regazado intenta atacarle, se asoma por el agujero para hablar con Tory.



No puedo dejar de mirarlo: es tan magnífico... Su manera de luchar es precisa y perfecta, como si no derrochara ni un movimiento de más. A mis ojos encarna la fuerza y la elegancia; él y su espada parecen estar bailando una danza sagrada ofrecida a alguna deidad de la muerte. Permanezco absorta contemplándolo, eso que las paredes llenas de agujeros hacen lo vea como a través de una red de piedra, ahora sí y al instante siguiente no. De repente escucho un ligero carraspeo, me giro y veo que Gabriel me está observando con algo parecido a celos en su mirada.

—¿En realidad no vas a hacerlo, no?

—¿El qué, cazador? ¿Echarme atrás?

—Sí.

Lo observo. Pese a estar tan cerca de morir sigue presentando esa superioridad que le da el hecho de creer en quién es y en su causa. Me ha costado calarlo, pero las últimas horas me han desvelado muchos detalles sobre él. Debe de ser alucinante pensar que eres la mano ejecutora del Bien absoluto o algo así. Yo no creo que sea para tanto pero si Eloísa fue capaz de montar esta trampa para atrapar a los que desearan entrar en sus habitaciones y convocó a demonios en el examen para que nos probaran y mataran a las alumnas más débiles... Bueno, entonces no puedo decir que ella sea precisamente un dechado de virtudes o un ejemplo a seguir. Entiendo que sea un objetivo para aquellos que persiguen acabar con la maldad de este mundo.

Suspiro.

—No, Gabriel, no voy a traicionarte. Mi prometido pertenece a una familia donde asesinan a chicas inocentes y le parece bien. Por eso, porque no puedo quedarme de brazos cruzados, voy a matarlo.

Nada más decirlo me doy cuenta de que es cierto, de que la decisión está tomada y que, por más que me guste y esté alegre de verlo otra vez, tengo que acabar con él por el bien de todas las alumnas. Ya había decidido esto antes, pero no así. Necesitaba estar como lo estoy ahora, contra las cuerdas, para acabar de creérmelo. Porque es verdad, voy a hacerlo, y ya va siendo hora de que me perdone a mí misma por haberme dejado influenciar por él.

—Gracias, preciosa, haces lo correcto.

Intenta besarme pero yo coloco mi índice sobre sus labios para pararlo. No me apetece y tampoco es el momento. De hecho, no sé si alguna vez volverá a serlo.

—Lo sé.

Entonces Víctor, que acaba de asomarse por un hueco que hay justo sobre nosotros, me llama. Volver a escucharlo me hace sentir tan bien que me olvido por unos instantes de dónde estoy, de la dura decisión que acabo de tomar. Es como si el verano que acompaña a sus besos y a su mirada me llegara a través del timbre de sus palabras.

—¡Victoria! ¿Estás bien? ¡Aguanta, voy a sacarte!

Noto genuina preocupación por mí en su voz, además de un tono amargo. Este último supongo que por mi traición. Me siento culpable. Y es que él está aquí, pese a todo. Verlo, oírlo, me resulta doloroso porque me recuerda aquellos días donde me sentía libre para besarlo.

—¿Estás bien? —vuelve a preguntarme, algo asustado ya que yo no le he contestado.

—Sí. Víctor... ¿has venido a ayudarme? ¿Por qué? —No puedo evitar que mi voz tiemble esperanzada.

—¡No necesitamos tu ayuda, Ashlae! —le grita Gabriel despectivo.

Ni lo miro; mis ojos están clavados en mi prometido, el cual, pese a la distancia que nos separa, imagino que tiene que estar sufriendo varias emociones contradictorias ahora mismo.

—¡Maldita sea, Victoria, maldita sea! ¿De verdad necesitas preguntármelo?

Mi corazón se acelera y me entran unas súbitas ganas de echarme a reír. No, en realidad no lo necesito. Si está aquí tiene que ser porque de verdad le importo. Yo, no mis poderes. Jugarte el cuello así para sabotear la trampa de tu propia y exigente madre solo se hace por alguien a quien quieres. Diosa... en este instante me siento viva y sencillamente feliz.

Mi felicidad se corta de golpe, se ve remplazada por una opresión en mi corazón. Seré estúpida... ¿cómo he podido olvidar a qué se debe esa losa que siento en el pecho de un modo continuo!, esa que se ha levantado hace nada y de inmediato vuelve a amenazar con asfixiarme.

Él es malvado, debo matarle.

—Dime la verdad, Victoria, ¿eres una cazadora? —se decide a preguntarme Víctor.

—No.

Le miento pero solo en parte, porque es ahora cuando estoy comenzando a serlo.

—¿Gabriel es un cazador? —Noto su voz más ligera, como si el alivio que la acompaña pudiera hacerla volar hasta el cielo de este plano.

—Sí.

—¿Y te ha intentado seducir y lavarte el cerebro con sus mentiras?

Callo durante unos segundos. Ambos chicos me miran. No puedo discernir la expresión del moreno desde tan lejos, pero la del rubio es rabia y preocupación.

«Tranquilo, sé que no son mentiras», le susurro, «ah, y gracias por dejarme hablar a mí».

—Sí.

A Víctor se le escapa un juramento y un par de tacos. Me siento culpable.

—¿Lo ha conseguido?

—No.

—No es por interrumpiros —interviene Gabriel, irónico— pero esos bichos están a punto de acabar de rehacer el puente.

—Victoria —le ignora el hijo de la directora—, elige: o él o yo. Hagas lo que hagas os sacaré de aquí; no podría soportar pensar que estás muerta, vivir sabiendo que tú ya no estás aquí. —Me estremezco al escucharlo, es lo más bonito que me ha dicho nunca, más aún que cuando nos prometimos—. Si me eliges nos casaremos y, si no, deberás irte de esta escuela. Yo te ayudaré a escapar. De todos modos, él me debe un duelo. —Su voz se vuelve acerada y llena de ira contenida, su cabeza se mueve un poco, lo justo para enfocarse en Gabriel—. No es que te merezcas el honor de un duelo Astaquin, Samuae, pero ya que has tocado a mi prometida, te reto a nuestro combate ritual. ¡A muerte!

Ni miro a Gabriel, aunque noto que se envara. Imagino que está rabiando por contestarle pero no se atreve no vaya Víctor a cambiar de idea. Mis ojos se dirigen, en cambio, hacia el camino de rocas.

Los gusanos acaban de colocar las últimas piedras y el puente vuelve a unir la isla con la playa. La reina brama triunfal, dando sus órdenes de ataque. Las larvas, que de manera ineficaz habían intentado apilarse y trepar, se apartan para dejar sitio a sus mayores.

Vuelvo a girar mi cabeza hacia Víctor.

—Te elijo a ti. —Mi mentira suena clara y llena de verdad, pues sabe la Diosa que él es lo que mi corazón ha elegido: Víctor me gusta mucho, demasiado—. Perdóname. Gabriel me dio el colgante en Zaragoza y, cuando lo vi por aquí, quise saber el motivo y devolvérselo. Fue por eso por lo que comencé a hablar con él, créeme que lo siento. Yo... fui una inconsciente, nunca pretendí hacerte daño.

—¿Y qué sabes tú de hacer daño? —apenas me llega su voz.

Pero puedo jurar que de eso sé mucho. Y él también debe de saber, porque lo de «ya tengo perro» no le hizo daño tan solo a Paula. La pena es que no pueda odiarle por ello, pues así todo sería mucho más sencillo.

—Por favor —suplico, pues los gusanos están avanzando a toda velocidad hacia la columna.

Por toda respuesta, ata una cuerda a la roca sobre la que está y nos tira el otro cabo. Lo cojo e intento trepar, sin éxito.

—¡Agarraos los dos! —nos indica.

La columna empieza a temblar. Los primeros bichos han llegado y están intentando derribarla a coletazos. Observo que, sin arena profunda desde la que impulsarse, saben erguir gran parte de su cuerpo pero no saltar.

No sé en qué debe estar pensando Gabriel (espero que no se crea demasiado bueno para ser salvado por un Ashlae) porque, en vez de hacer caso a Víctor, enrolla la cuerda en torno a mi brazo para, a continuación, atármela fuerte por la cintura. El enorme pilar sobre el que estamos comienza a moverse peligrosamente, como si lo estuvieran desarraigando.

—¡Lista! Súbela.

—¿Y tú? ¿No pensarás quedarte? —le susurro horrorizada ante la idea de que lo devoren.

Un suave beso en la frente es toda su respuesta. Antes de que pueda intentar convencerlo, Víctor comienza a izarme. Es muy fuerte, o eso o está utilizando algún tipo de magia para ayudarse. La sogá, además de atada a la roca, se enrolla en su cintura. Sus piernas están dobladas y sus bíceps y hombros muy tensos. Cuando llegamos arriba, suelta la cuerda y mueve sus brazos (sus músculos están marcados) para descongestionarlos. Imagino que, en momentos como este, no le habrían venido mal un par de poleas.

—¿Cómo lo has hecho? —le interrogo—, ¿magia?

—Victoria... —Despacio, se seca el sudor que amenaza con entrar en sus ojos—. No deberías preguntar lo evidente.

Tocada. Reconozco que he estudiado que los Astaquin tienen un tipo de magia

más corporal y orientada a la batalla, a mejorar sus habilidades en esta; así que una fuerza superior imagino que debe de ser algo bastante corriente. Aun así, haber visto cómo me izaba a pulso impresiona y mucho.

—Ven.

Me desata la cuerda de mi cintura y la desenrolla de la suya. A continuación, tira el cabo por el agujero, que cae y oscila hasta pararse donde está Gabriel y la cada vez más inestable columna.

—Ven —me repite a la vez que toma mi mano.

Miro por última vez al cazador, deseando que ahora que no hay un Ashlae al otro extremo del cabo, sino un nudo a una roca, deje su orgullo atrás, trepe y se salve.

Y si no... prefiero no verlo.

Me dejo guiar por el hijo de la directora hacia la salida de los túneles. Algo sencillo, ya que todos los gusanos están abajo, obedeciendo las furiosas órdenes de su reina para derribar el pilar rojo.

Subimos despacio, con cuidado de no pisar alguno de los agujeros que alfombran el suelo del pasaje. Una vez arriba, en la luz rojiza que emiten los dos soles de esta dimensión, muy cerca del acantilado que da al mar verde brillante y con el desierto perdiéndose justo en el otro horizonte, él me agarra de los hombros y me contempla emocionado. Aunque quiera ocultarlo, sus manos tiemblan y sus ojos están brillantes, como si en vez de hielo fueran de agua.

—Tory... te quiero.

Me silabea cada palabra, cargándola de sentimiento. Su voz, enronquecida, me estremece. Sus pupilas, dilatadas, están húmedas pero no de lágrimas sino porque está abriéndome su corazón. Las mías, sin embargo, siento que lloran.

Sí, lloran. Porque ahora mismo voy a sonreír y a mentirle, ya que necesito toda su confianza para poder volver a traicionarle y clavar un puñal en su corazón.

Jamás imaginé que luchar por lo correcto fuera tan duro.

—Y yo a ti.

Debe de malinterpretar mi silencioso llanto porque me abraza y me besa con una pasión y una furia que me inflaman y hacen que le conteste de igual modo.

Es él. Siempre él. Las lágrimas se me escapan ya sin control, aumentadas por el deseo y el dolor, pues Víctor siempre será él. El chico guapísimo de los mechones rebeldes, el que con la sola intención de un roce me hace temblar de anticipación y deseo, el que hace que mi magia entre en ebullición y borbotee fuera de mí, el que me rodea del día más cálido y perfecto de verano cada vez que unimos nuestros labios. Él. El único con quien estaría dispuesta a compartir mi vida. Le beso, le abrazo, sigo llorando. Pues esta vez el sabor de su boca es distinto; tiene un regusto amargo por lo que voy a hacer, posee una fuerza inusitada por cómo le he hecho sufrir. Me centro en el fuego que recorre mi cuerpo, en su calor, su presión, sus besos... porque si no, si sigo pensando en lo que voy a hacerle, acabaré siendo débil y poniéndome otra vez de su parte.

Y es que me gusta demasiado.

Aunque el muy capullo me haya llamado perro.

—Espera, tenemos que salir de aquí, la reina puede mandar a su prole a por nosotros en cualquier momento —consigo decirle en el momento en el cual paramos a tomar aliento.

Él pega su frente contra la mía y me contesta, el delicioso aroma de sus jadeos fundiéndose todavía con los míos.

—¡Joder! Tienes razón —admite a regañadientes—. Victoria —continúa diciéndome tras unos segundos para calmar su agitada respiración—, ¿tú tienes idea de lo mal que me lo has hecho pasar haciéndome pensar que eras una cazadora, que estabas fingiendo que yo te importaba?

Se separa de mí, dejándome con esa pregunta quemando mi conciencia. Si él supiera... Ahora sí necesito preguntarle algo, pese a la precariedad del momento.

—Solo una cosa, ¿desde hace cuánto lo sabes?

—Sospechar que eras una cazadora, casi desde el principio. Lo de ese tío, hace unos minutos.

—Lo siento.

Esta vez soy sincera, siento de verdad haberle hecho daño. Soy hipócrita, lo sé, pues pienso hacerle mucho más. Pero es que desearía abrazarlo, consolarlo, pedirle perdón una y mil veces y jurarle que jamás volveré a engañarle.

Es una mierda que los suyos vayan por allí matando a alumnas.

Sus dedos me acarician la mejilla, resbalan con los restos de mis lágrimas de antes. Me sonrío. A continuación me agarra y tira de mí hacia el borde del farallón, hacia el mar verde brillante. Lo último que pienso antes de que me arrastre en su salto por el acantilado es si seré más transparente de lo que imagino y suicidarse conmigo es su versión de Romeo y Julieta.



—Muchas gracias, señora Otín, por dejarme hablar con su hija.

—Gracias a usted, agente. Entiendo que cerraran la investigación, al fin y al cabo, hasta el psicólogo que la trató se desdice de su diagnóstico oficial, diciendo que lo que le ocurrió a mi hija no fueron más que unas alucinaciones producto de la fiebre y de casi morir congelada.

El agente, sentado en el salón de la familia Otín junto a la madre y a la joven, se quita las gafas, se frota el punto de la nariz donde se apoyaban y mira a la mujer sin ningún cristal entre ambos, como queriendo transmitirle que él la cree.

—Pero usted no se quedó tranquila, ¿verdad?

—No. Mi marido, en un principio, opinaba como yo, que allí pasaba algo raro, que las persiguieron lobos o perros entrenados o algo así. Pero cambió de opinión.

—¿Cuándo?

Intenta no demostrar todo lo que le interesa la respuesta a su pregunta.

—Después de hablar con la directora. Nos citó para expresarnos su apoyo y, después de eso, mi esposo creyó su versión, la «oficial» —acabó pronunciando amarga.

—¿Y ustedes no?

—No.

—Carla, ¿qué pasó? —Se dirige a la antigua estudiante de Niven—. Puedes estar tranquila, nada de esto saldrá de aquí. Solo quiero ayudarlos.

La chica mira a su madre, que le aprieta la mano confortándola y asiente con la cabeza.

—Escapamos de la escuela porque en el examen salieron monstruos que nos atacaron. Yo y dos amigas huimos. Hacía mucho frío pero conseguimos llegar a la carretera y entonces, esa cosa nos atacó y las mató.

Gutiérrez se tensa sobre el sofá amarillo de la señora Otín. Con sus largas piernas, la mesita de cristal que está en frente suyo parece de repente muy pequeña. Hace unas semanas, habría intentado no reírse ante una declaración así. En esos momentos solo puede pensar que, considerando lo que descubrió en el cementerio, es posible que esos seres que se supone que solo existen en las pesadillas y los cuentos infantiles se basen en algo real.

Tendría que haberlas ido a ver antes. De hecho, lo intentó; pero su jefe había puesto a dos de sus hombres vigilando a la familia, dos agentes con los que no se llevaba precisamente bien. Hasta que hace unos días los quitaron (el revuelo del suicidio de la otra alumna había provocado que les asignaran un nuevo trabajo), él no había podido acercarse y pedir que por favor le concedieran unos minutos. Y en realidad se alegra de haber tardado tanto en poder verla, pues si la chica le llega a decir eso hacía unas semanas seguramente la habría tomado por loca. Ahora no.

—¿Qué cosa? ¿El lobo?

—No era un lobo. Eso no puede existir en este mundo.

—De acuerdo, vamos por partes. ¿Por qué primero dijiste que la directora había intentado matarlos y luego cambiaste tu versión para adecuarla a la de tu médico, asegurando que debiste hablar inducida por la fiebre y que no recuerdas nada?

—Porque todo el mundo estaba empeñado en que lo hiciera.

—¿Quiénes?

—Los médicos, los policías...

Gutiérrez asiente para sí, se imagina el tipo de coacción al que debieron someterla, repitiéndole una y otra vez lo que pasó hasta que la chica no se atrevió a decir otra cosa.

—Yo te creo —le dice de repente, sorprendiéndose a sí mismo—. Necesito que me describas a esa criatura. ¿Era como esos monstruos del examen?

Ella lo mira con recelo, cansancio y muchas ganas de desahogarse. Hasta ahora,

nadie la ha dejado hablar.

—No lo sé, no llegué a ver bien a los del examen. Eran cosas que te agarraban y se te llevaban a la oscuridad. El lobo, yo lo llamo así porque tenía la forma de uno, aunque era como si esa forma fuera un disfraz que lo ocultara. No sabría explicarlo, excepto que mirar a esa cosa daba miedo, mucho miedo.

—¿Cómo para morir aterrada?

—Sí.

El silencio se establece unos minutos entre ellos. La madre sigue apretando la mano de su hija; su cara muestra dolor, porque sabe lo que le cuesta revivir todo eso.

—¿Y atacaba con garras?

—Creo que sí, aunque los del examen no. No porque vi cómo uno de ellos se llevó a una amiga mía.

—¿Con qué atacaban?

—Con una especie de tentáculos.

—¿Con ventosas?

—No lo sé. Es posible.

Una hora después, el agente se despide de la mujer y su hija pidiéndoles discreción. Y que Dios le ayude, porque ha llegado a la conclusión de que pasa algo muy raro en ese internado y que la directora tiene alguna especie de poder de convicción, de lavar el cerebro, que le resulta inexplicable. También que esas dos féminas son las únicas que por ahora han sido capaces de evitarlo.

En España no hay más internados Niven, pero sí en Europa. Ha llegado el momento de investigar la prensa extranjera en los últimos años. Además, un amigo suyo del instituto trabaja en la policía estatal de Alemania y quizá pueda ayudarle.

Mientras sale a la calle, a la reciente primavera cuya brisa cargada de aromas a flores lo recibe, no puede evitar estremecerse al pensar se está metiendo en algo digno de Expediente X.



El grimorio flota entre las copas de los pinos.

El bosque, en su lugar más denso y oscuro, es el único testigo del ritual que la joven hechicera está llevando a cabo. Allí, lejos del camino que atraviesa los árboles cual una serpiente sinuosa entre la carretera y el internado, perdido en medio de la escarpada ladera de la montaña, el vetusto tomo de hechizos permanece entre ramas, oculto de ojos indiscretos y revelándose tan solo a su nueva señora.

En un principio, Victoria había pensado en buscar y sacar el libro mágico de la biblioteca prohibida. Por suerte Gabriel le avisó, le comentó que intentarlo solo serviría para que las profesoras supieran que se lo estaba llevando, y eso en el caso de que las protecciones mágicas adicionales que debía de tener un libro así no le

impidieran robarlo. Por eso el cazador le dio uno de su propia familia, uno donde se contaba cómo unir las distintas aomas. Aunque la única unión de gemas que le interesa a la joven es la que dará como resultado su nueva daga.

Es curioso cómo el cazador consigue libros y pergaminos. Ella no le ha preguntado, pero imagina que debe de tener algún modo, mágico o más mundano, de contactar con ellos y que le envíen lo que desea.

Y el tomo, pesado y encuadernado en cuero, abrió sus tapas y se elevó un par de metros sobre el suelo nada más pronunciar la joven las palabras de apertura en la lengua antigua. A continuación, Victoria ordenó que apareciera el hechizo que buscaba y las páginas se movieron, dejando ver dibujos y caracteres hasta llegar a su destino. La imagen de las dos gemas que ella portaba, así como el de un cuchillo muy largo y con aspecto peligroso, apareció ante sus ojos. En cuanto al texto, cada vez dominaba mejor su idioma pero, pese a todo, usó el aoma del aire para traducirlo, para enterarse bien de qué pasos tenía que dar. Una vez lo tuvo todo claro, usó una raíz de pino gruesa y desenterrada en parte como altar improvisado. Colocó allí encima las dos gemas y un cuenco con agua. Después, cerró los ojos para sentir su conexión con la húmeda tierra, los troncos y las agujas de los árboles, los pájaros e insectos que la rodeaban, la luna que, creciente, la observaba con benevolencia; pero, sobre todo, para tomar fuerzas para lo que pensaba hacer con Víctor esa misma noche.

Vestida con sus vaqueros más cómodos y una camiseta negra, comienza a invocar a los elementos para cerrar el círculo. Poco a poco, la magia que va desarrollando aleja a toda vida animal en un radio de varias decenas de metros. El poder surge de la joven. Parece arder de lo intenso y focalizado en el altar que se encuentra, como si una llamarada de fuego rodeara a la hechicera y la conectara con las gemas y el cuenco a través de un brazo de translúcidas llamas. Las aomas palpitan con furia y cuando ella saca un cuchillito ritual, un azhame, se hace un corte en el antebrazo y ofrece sendos hilillos de sangre a ambas gemas, estas lo absorben sedientas, sin dejar ni una gota, y comienzan a brillar como si fueran dos soles en miniatura.

Magia de sangre, magia oscura.

Es entonces, en medio de la magia más negra que Victoria ha realizado hasta ahora, con el bosque y la Diosa como únicos testigos, cuando ella clava el cuchillo en el altar a la vez que pronuncia las palabras de atadura. Coge una aoma con cada mano. Quemán, torturan su piel, pero ella no los suelta. Los acerca, aunque estos se repelen como polos opuestos de un imán, pues es demasiado poderoso lo que la hechicera está a punto de crear, tanto que debe pagar con su propio sufrimiento. Por muy «blanca» que se sienta la joven con su misión de cazadora, por mucho que se diga que su Señora está presente, está utilizando una magia mucho más oscura que cualquiera que le hayan enseñado en clase.

Ironías.

Victoria no cede, pronuncia las palabras en un volumen cada vez más elevado,

con tono firme, segura de sí misma y de su poder. Pasan lo que para sus manos quemadas son un doloroso y agónico par de minutos hasta que consigue hacer que las dos piedras luminosas se toquen. Entonces todo ocurre demasiado rápido. En medio de una explosión sin sonido, las dos aomas se funden en una, entrelazan sus moléculas, redefinen su química. Victoria es lanzada hacia atrás por la fuerza del estallido de luz azulada, impactando su espalda de manera dolorosa contra un tronco. Las gemas caen sobre el altar. Solo que ya no son piedras sino una daga plateada y estilizada, con una hoja de casi dos palmos de largo, empuñadura lisa y roja con una fina serpiente retorciéndose por ella en un vibrante tono de violeta. La joven se levanta, dolorida y magullada. Se frota la espalda; nota cortes en sus ropas, ve sangre en sus dedos pero no tiene nada roto. Y en cuanto a sus manos... por cómo le dolían, deberían estar quemadas pero en vez de eso su piel está suave y sonrosada.

Sin hacerse preguntas, se dirige hacia la daga mágica, la toma y alza en alto. Siente el enorme poder que posee, que la llena. Pronuncia las palabras rituales de agradecimiento y, después, introduce una pequeña variación en el texto del grimorio: reabre su corte del antebrazo con el filo y a continuación lo introduce en el cuenco con agua.

—Mmmameo tsiu agraep.

«Que tu poder de muerte pase como veneno a esta copa».

Un Astaquin es resistente a los venenos, pues parte de su entrenamiento consiste en tomarlos. Eso hace que los jóvenes guerreros se inmunicen o mueran. Al menos eso es lo que Gabriel le ha contado. Y ella, haciendo memoria, recuerda que Víctor nunca le hablaba de sus hermanos; de hecho, lo único que sabe de ellos es que ninguno sigue vivo. Cabecea al darse cuenta de que muy bien podrían haber muerto envenados.

Y ahora por fin, pese a los métodos oscuros que ha tenido que seguir para obtenerla, tiene lo que necesita para acabar con el internado. Está ya tan cerca de su objetivo que no puede permitirse dudas. Para ella, el fin debe justificar los medios.

Complacida con el resultado del ritual, desconvoca a los elementos y abre el círculo. Después guarda con cuidado la daga mágica en un paño lleno de runas para esconder su aura mágica, para que Eloísa no la descubra; tapa el cuenco, lo recoge y se dirige hacia el internado.



Tras pasar por mi habitación para cambiarme, me dirijo a la de Víctor. Me encantaría llamar a mi mejor amiga, preguntarle si cree que hago bien. Pero ya lo intenté a la vuelta del mundo de los gusanos y descubrí, ¡oh, sorpresa!, que no recordaba nada de nuestra conversación: me saludó como si cuando vino a verme yo me hubiera negado a recibirla. Lección aprendida: si le cuento la verdad, Eloísa le borra la memoria. Así

que me lo guardo todo para mí, como llevo haciendo desde que estoy en este internado, y avanzo por el pasillo. Todavía es de noche, apenas pasan de las tres de la madrugada, así que tengo tiempo más que sobrado para lo que planeo. Pese a todo lo que he vivido en estos meses, al pensarlo, no puedo evitar asustarme.

Y sonrojarme.

Porque pienso entrar en su cuarto mientras está dormido y seducirle para que se case conmigo mañana mismo.

Lo cierto es que he de darme prisa, actuar antes de que su madre haga algún movimiento. Fue anoche cuando volvimos del otro plano, anoche cuando Víctor me guio a mi cuarto y me dejó ante la puerta, diciéndome que hablaría con Eloísa para comunicarle que no pasaba nada, que yo seguía con ellos. Pero dudo mucho que ella se lo crea o, al menos, no durante mucho tiempo. Además, Gabriel sigue aquí. Por lo visto, trepó por la cuerda y se quedó en lo alto del farallón hasta que de golpe se encontró en la habitación de Eloísa, como si ella hubiera disuelto la trampa. Volvió corriendo a su cuarto, a preparar sus maletas para irse; pero como la directora no movió ficha, decidió quedarse para que podamos acabar con nuestro plan. Pero eso sí, preparado para salir corriendo cuando haga falta. Además, no ha podido avisar a los suyos porque tenemos un corte de línea telefónica debido al terremoto que recorrió un ala del edificio. ¡Qué casualidad!

Menos mal que consiguió el grimorio antes de ir a por la segunda aoma. Me pregunto si sus otros métodos de contactar con su familia estarán igualmente bloqueados.

Tomo aire, elimino al cazador de mis pensamientos y me centro en lo que voy a hacer. Nerviosa, empujo la puerta. Él está dormido, como yo esperaba, la diferencia es que no me da tiempo a meterme entre sus sábanas, pues abre los ojos nada más hacer lo mismo su puerta.

—Cosita...

Debería estar amodorrado pero, en vez de eso, su voz suena alerta, burlona y acariciante y sus ojos me observan despiertos del todo.

—Hola, Víctor. Tenía que verte, necesitaba verte, y qué mejor momento que la noche.

—¿Es que por fin has decidido que vas a acostarte conmigo?

Me sonrojo. Desde que estoy con él, ya no soy la chica inocente que era en temas de sexo, pero todavía soy virgen; es la barrera que todavía no hemos cruzado. Además, una cosa es dejarme llevar por el momento y otra muy distinta venir aquí con la cabeza fría y pensar lo que estoy pensando.

—Más bien —le aclaro mientras me acerco caminando todo lo seductora que puedo, dejando que la minifalda ajustada que llevo marque el movimiento de mis caderas—, he decidido que quiero acostarme contigo mañana, en nuestra noche de bodas.

Ya está. Ya se lo he soltado. Y yo que pensaba ser sutil y calentarlo primero...

¡Planes!, no sirven para nada ante la realidad.

Víctor sale de las sábanas, se levanta de la cama y se dirige hacia mí. No lleva más que unos pantalones marrones de pijama. Trago saliva. Estoy asustada, de acuerdo, pero esto es lo que estaba buscando.

Sus movimientos, al acercarse a mí, son elegantes y llenos de fuerza contenida, como los de un depredador.

—Pero cosita... ¿a qué vienen semejantes prisas? Primero tendrás que graduarte, digo yo.

Está a menos de un palmo y se me acerca poco a poco, seguro de sí mismo y peligroso. Retrocedo un paso. ¡Menuda seductora estoy hecha!

—Bueno... es que después de lo de anoche no deseo esperar. ¡Te quiero a ti y te quiero ya!

Por toda respuesta, sigue cercándome. Yo retrocedo más, hasta que mi espalda choca contra la puerta, la cual se cierra bajo mi peso. Él sonrío, me sujeta las dos muñecas con una de sus manos y las coloca sobre mi cabeza. Se me acerca, mucho, casi pegándoseme. Su rostro y su cuerpo quedan a pocos milímetros del mío. He de reconocer que estoy temblando y no sé si de miedo, de expectación o de una mezcla de ambos.

—Cosita... apestas a magia oscura. ¿Qué has hecho? ¿Introducirte por tu cuenta en nuestros rituales?

Ops... Me muerdo el labio. Lo ha notado. Eso sí, difícil que se imagine que lo que he hecho es para acabar con él y los suyos; porque es irónico que para fabricar el arma haya tenido que usar magia negra, que justo cuando decido ser buena me vea en la necesidad de realizar un ritual de sangre para lograrlo. El primero.

—¿Me notas más poderosa o maldita? —intento bromear, mostrarme sexy y adulta, pero lo cierto es que estoy acojonada ante la idea de no sentirme mal por lo que acabo de hacer en el bosque.

Esa magia, ese poder... hmm... deliciosos. Debo de estremecerme con placer al recordar esa energía entrando en mí, porque de repente los ojos de Víctor se vuelven turbios y me demuestra su deseo con su aliento, que me acaricia cálido el oído, sin dejar por ello de sujetar mis dos manos con la suya.

—Te noto ambiciosa, cosita. Aunque eso me gusta, demasiada ambición es mala. Debes ir poco a poco en la magia, no intentes levantar el vuelo demasiado pronto.

Diría que mi supuesto chico está a punto de estallar en llamas, de consumirse si no entra en contacto con mi piel; pero sería absurdo enorgullecerme de ello porque a mí me sucede lo mismo. Sonrío. No puedo perder este juego. Así que, como noto que todavía está resentido conmigo y desconfía de mis intenciones, decido echar el resto de la carne al asador. Literalmente.

—Vamos, Víctor... —Acerco mis caderas esos milímetros que restan entre nosotros y me pego a él, a la vez que tiro de mis brazos como si deseara liberarme para agarrarlo más fuerte—. Si te he dicho que te quiero, ¿qué más quieres? —Frunzo

los labios en lo que espero sea un mohín pícaro—. Anda... perdóname por hablar tanto con Gabriel. Ya te he dicho que él me dio el colgante y cuando lo vi por aquí quise saber el motivo y devolvérselo. Te quiero, lo siento. Por favor...

No sé qué narices he hecho. Esperaba que se abalanzara sobre mí con pasión, para pararlo antes de que intentara quitarme la ropa interior, con la promesa de «mañana» si nos casamos entonces. En cambio, lo que consigo es que me susurre «yo también» y me bese de un modo tan dulce y tierno que es como si ese hielo de sus ojos se estuviera derritiendo lentamente y cayendo sobre mis labios poco a poco, haciéndome estremecer con ligeros roces primero y con la suave caricia de su lengua después. Suspiro, sorprendida por cómo estoy reaccionando, por esa calidez que acaba de asentarse en mi corazón. Libera mis manos y yo lo abrazo, dejo que todo lo que siento en estos momentos se transmita a través de mi cuerpo. Mi energía fluye de mí a él y vuelve a mi ser otra vez. Me abraza. Escucho cómo susurra mi nombre mientras su aliento penetra en mi boca y parece pretender fundirse con mi alma.

¡Joder! ¿Es que lo he puesto moñas? ¿Eso es posible con un tío?

Cuando se aparta, me acaricia la mandíbula con suavidad y me habla en susurros.

—¿Por qué mañana, cosita? ¿A qué viene tanta prisa?

—Víctor, ¿me quieres por ser yo o por mí poder?

Ya sé la respuesta pero es importante para mí confirmarlo.

—No eres la única Samuae que nació muy poderosa, pero no hay otra con tu voluntad, créeme. —Me mira de un modo tan fijo y solemne que me estremezco—. Te quiero por cómo me respondes, por cómo reaccionas, por cómo actúas, por quién eres. Aunque no negaré que tu enorme potencial mágico es un añadido de lo más sugerente.

—¿Sugerente? —me extraño, sonriendo feliz como una boba por lo que acaba de decirme.

—¿Tú sabes lo guapa que estás cuando me besas y toda tu energía se inflama? Puedo sentirla.

Vale. Ahora sí que me pongo muy colorada. Pensaba que eso, lo de que mi energía se descontrola ante su contacto como si reaccionara ante la excitación de mi cuerpo, era algo que solo notaba yo.

Cambio de tema.

—Mira, Víctor, yo quería el aoma del fuego para ser más poderosa, no es que quiera retarla. Y quiero casarme contigo ya porque no me importan estas estúpidas reglas que dicen que tenemos que esperar a que tu madre elija a la graduada más brillante. ¿De verdad vas a esperar tanto? ¡Vamos! Sabes que seré yo. Casémonos en secreto, mañana, por el rito Ashlae. Y ya lo haremos por todo lo alto cuando tu madre, dentro de unos años, me dé el visto bueno. ¡Yo te quiero! Si voy a acabar siendo tuya, ¿por qué esperar si me muero por tenerte?

Noto cómo sus celos se disuelven. Debo ser una gran actriz, porque no quiero casarme con él y no quiero matarlo. Aunque debo. O quizá es que ya no sé qué quiero

y la expresión de mi rostro le ha dado la respuesta correcta, una que le ha calado profundo.

En todo caso, cuando me dice sí una parte de mí quiere gritar de alegría y la otra de pena. La escondo, me fundo en su beso, la ignoro. Salgo de su habitación con una promesa: mañana mismo vendré aquí y seré suya para siempre.

Camino de la mía, comienzo a pensar qué cojones estoy haciendo. Entonces se me aparece la imagen de Paula muerta en mi memoria. Sí, redimirme, eso estoy haciendo.



—Agente Gutiérrez, dígame —contesta al teléfono a la vez que para el coche en doble fila, en la calle secundaria que está recorriendo, para hablar con tranquilidad por el dispositivo de manos libres.

—Hola, soy Raúl Martínez.

—Buenos días, señor Martínez.

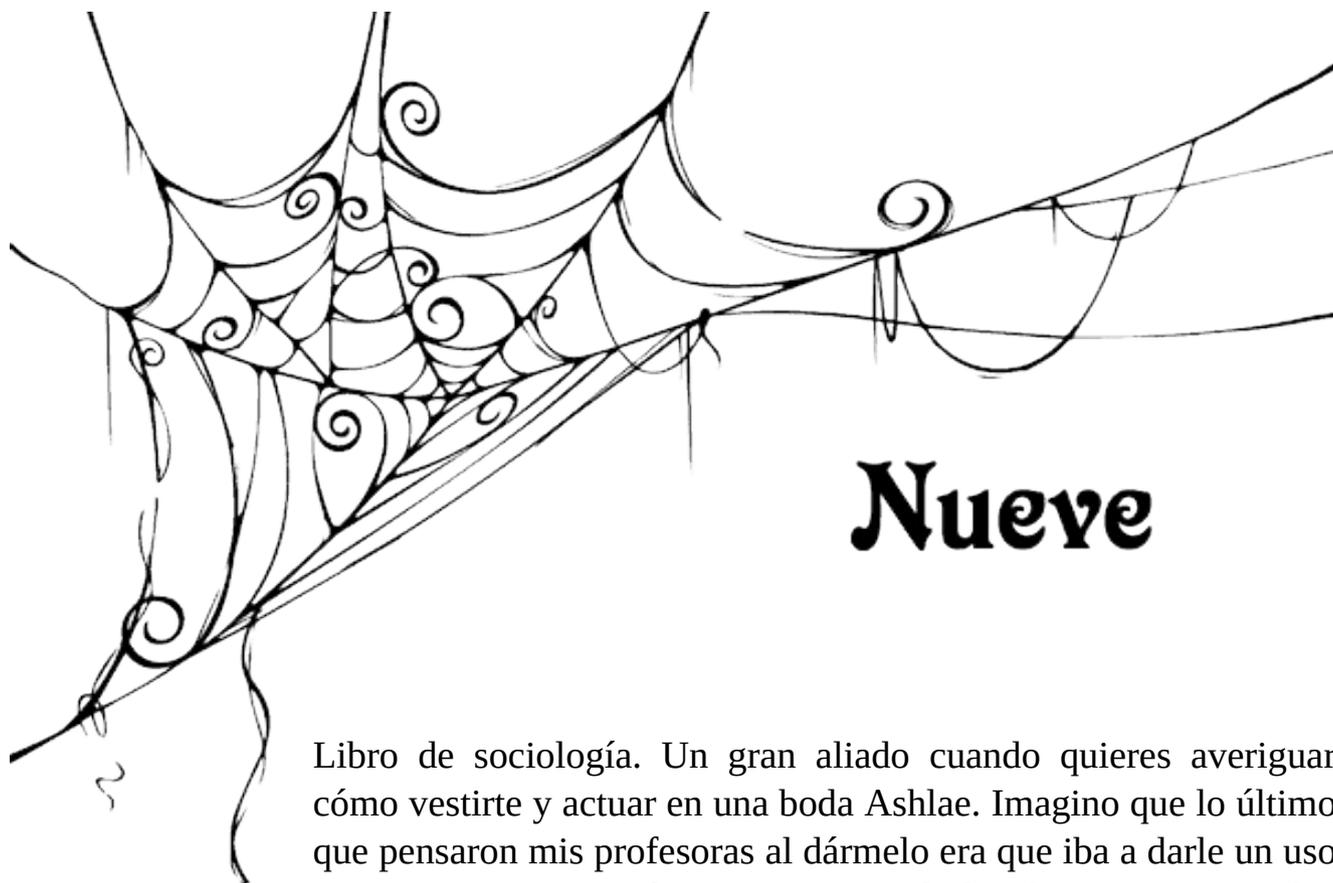
—Vayamos al grano, por favor; tengo algo importante que decirte. Ayer recibí una llamada de una amiga de mi hija, Gema Ortiz. Dice que no puedo contarle esto a nadie, que me lo dice para que utilice mis influencias para vengarme, y que Victoria Escartín mató a mi hija mediante la magia. Sí, sé que suena rarísimo, pero empezó a contarme un galimatías de rituales que me hizo pensar que una de dos, o tanto tú como ella estáis locos y curiosamente habláis de lo mismo o de verdad esa directora está haciendo algo raro con las chicas. Así que he investigado. La tal Gema me dijo que si intentaba llamarla no cogería el teléfono y la conserje sospecharía de mí, por lo que no lo he hecho. Pero he movido algunos hilos y he descubierto que Eloísa ha hablado con todos los implicados en las dos tragedias, tanto la de las chicas muertas de frío como en la de mi hija. Así como que tiene una muy extensa e interesante red de contactos económicos y políticos.

Transcurren un par de segundos hasta que el agente digiere toda la información y le contesta al empresario.

—¿Dónde está? Voy a verle y hablamos.

—En mi despacho.

No espera a escuchar más, Gutiérrez arranca el coche y se dirige al encuentro de su nuevo aliado a toda velocidad. Además, después de los datos que le ha pasado su contacto en Alemania, datos sobre otro instituto donde las alumnas murieron o desaparecieron de forma misteriosa y nunca se pudo probar nada, tiene el presentimiento de que tiene que darse prisa, de que algo terrible va a pasar.



## Nueve

Libro de sociología. Un gran aliado cuando quieres averiguar cómo vestirse y actuar en una boda Ashlae. Imagino que lo último que pensaron mis profesoras al dármele era que iba a darle un uso tan prematuro. Y aquí estoy yo, mirando las ilustraciones con los preciosos vestidos de novia, mezclando los distintos modelos en mi mente para crear el que más me gusta y, al mismo tiempo, intentando memorizar cada detalle. Una vez estoy satisfecha, me aparto del libro, cierro los ojos para visualizar mejor y me centro en el diseño que acabo de imaginar. Entonces sonrío y lo convoco, lo creo en un hechizo de aparición.

Ante mis ojos se forma y cae sobre mi cama el vestido nupcial más bonito del mundo. Es negro como la noche, como la magia densa y poderosa que practican las hechiceras Ashlae. Y al igual que esa oscuridad no me parece fría y tenebrosa sino acogedora, el color de su tela rebosa calidez, posibilidades y misterio. Que la Diosa me perdone por sentir así a la magia oscura pero, después de haberla realizado, de probar el éxtasis del poder más embriagador, me resulta difícil verla como algo malo. Además, si no por ella, ahora no tendría un cáliz envenenado. Me estremezco. Soy diferente a como lo era cuando entré en esta escuela. He vivido mucho, he cometido errores y por fin sé cuál es el camino correcto. Por eso recojo la ropa interior, una que he convocado antes mediante un robo, y me la pongo. Su color es también negro y está hecha de delicado encaje. Me miro en el espejo con ella puesta. No estoy acostumbrada a algo tan provocador y sugerente. En todo caso, no creo ni que llegue a quitármela. Me encojo de hombros y tomo mi vestido nupcial. Su seda es suave y se desliza ligera, sin peso, desde mis manos. Me lo pongo por la cabeza. Se me ajusta como una segunda piel desde el cuello hasta la cintura, cayendo a partir de esta y de los codos sus mangas como si de un vestido medieval se tratara. La diferencia es que está hecho de un tejido muy liviano que se pega a mi cuerpo, es como si fuera una

versión moderna de la moda de aquel entonces.

Pero no solo es oscuro, también es carmesí como la sangre de la magia que realicé anoche. Rubí, peligroso, palpitante... Lleva unos lazos rojos a la altura del pecho, los cuales ato para realzar el escote. No es un corsé, no lleva varillas, pero el efecto es similar. El último toque encendido está en su falda, donde hay unos motivos tribales bordados con hilo muy fino.

Diosa... ¡es precioso! No pensaba ponérmelo todavía sin embargo no me lo quito: me gusta demasiado la imagen que con él me devuelve el espejo. Giro un par de veces sobre mí misma para admirarlo mejor y, después, convoco un cáliz nupcial. Cuando las hechiceras utilizan mucha magia de aparición, algo muy común cada pocos años para conseguir oro y piedras preciosas que luego venden, se cansan bastante. Yo debería estarlo, por lo menos un poco; sin embargo con la daga aoma tan cerca, sobre la mesa de estudio, me siento pletórica de fuerza y poder.

Y no sé qué es lo que hace que mi corazón lata emocionado: si la magia de sangre que realicé anoche, el vestido de novia que llevo puesto o estar a punto de jurarle a Víctor amor eterno.

Para quitarme la sonrisa embobada que me devuelve el espejo, me centro en el cáliz que sujeto entre mis dedos. Es idéntico al de las ilustraciones de mi libro de texto. No me extraña que ambos bandos me quieran, pues tengo un gran poder y cada vez me resulta más sencillo utilizarlo. Esa idea, la de que Gabriel se me acercó en un principio por mi poder, me hace fruncir el ceño. Y todavía marco más el gesto cuando, lo que estoy a punto de hacer, se abre como un vacío en la boca del estómago. A veces no me entiendo. Hace unos segundos me encantaba prepararme para mi boda; sin embargo ahora tengo que repetirme varias veces por qué lo hago antes de poder proseguir con los preparativos.

Vierto en el recipiente el líquido que consagré anoche, el que posee la magia de las dos aomas. Todo el entrenamiento de Víctor acostumbándose a tomar veneno, inmunizándose, no le servirá de nada contra lo que hay dentro del cáliz. La daga ha creado un poderoso debilitador de sus defensas, una sustancia que actúa negando cualquier inmunidad que él pueda tener, tanto mágica como natural. Por unos instantes, mi mente quiere derivar otra vez al resultado final de todo esto; pero no puedo permitirme esas emociones, no ahora. Aprieto con fuerza los labios y prosigo con mi tarea. Cojo un mortero y unas hojas verdes, que Gabriel me ha facilitado, y comienzo a machacarlas. Me pregunto si, como me dijo, estará preparado para huir conmigo una vez acabe todo esto. Mejor dicho, mi duda es si conseguirá salir del internado y esperarme a la entrada del bosquecillo esta misma noche, en unas horas. Reconozco que estoy preocupada por él ya que, sinceramente, Eloísa es muy astuta y no me extrañaría nada que esté observándonos. De mí espero que piense que estoy arrepentida y otra vez en el bando de su hijo. En cuanto al cazador... por lo que veo, no va a mover pieza mientras él siga comportándose con normalidad y no haga nada fuera de lo común. Salir en plena noche con tus maletas a cuestas es, sin embargo,

toda una declaración de intenciones. Yo las dejaría, se lo he dicho, pero él se empeña en que tiene cosas importantes dentro. Una pena que no pueda avisar a los suyos para que las convoquen (algo que por lo visto les cuesta muchísimo más esfuerzo que a nosotras).

Y sí: dije nosotras. Porque quiero redimirme, deseo, necesito, ser buena y pagar por mi participación en el suicidio de Paula. El problema es que cada vez me siento más identificada con la magia oscura, sobre todo desde anoche. Es como si haber hecho ese ritual me hubiera comenzado a marcar como maldita.

Inclino el mortero con mucho cuidado para que el par de gotas que han salido de las hojas machacadas caigan en el cáliz, sobre el agua que ya lleva el veneno mágico, uno que hará que cualquier Astaquin sufra los efectos debilitantes y somníferos de mi planta. Después, lo remuevo con la daga aoma y vierto el vino con miel que se supone es lo único que debería haber allí dentro. Espero. En pocos minutos, gracias al poder de las gemas, todo toma la apariencia (y espero que también sabor) que debe tener para que Víctor no sospeche.

Me maquillo, me pongo unos zapatos negros de tacón, tomo aire y salgo de mi habitación.



El agente Gutiérrez, tras hablar con el señor Martínez, llamó a un par de amigos suyos de la infancia, unos que eran policías como él, y les contó todo. Estaba muy unido a ellos, como si fueran hermanos, por eso estaba seguro de que le creerían. Tras hablar durante un buen rato, quedaron los tres para ir a investigar la zona al día siguiente. A las ocho de la tarde, con los últimos rayos de sol, estaban revisando la carretera donde descubrieron a la superviviente, así como el pinar. No encontraron nada. Por lo que, aunque hacía ya un rato que había anochecido, decidieron esperar hasta la media noche y dirigirse hacia el internado. Su intención era colarse de incógnito y ver si podían averiguar algo. Así que allí están, avanzando por el camino alumbrados por sus linternas y cada vez más cerca del instituto Broto.



—Buenas noches, Víctor, ¿me esperabas?

Sé que la respuesta es evidente, ya que acabo de llegar a su habitación justo a la hora acordada: veinte minutos antes de la medianoche. Pero no por ello mi pregunta es innecesaria, pues me sirve para romper el hielo acompañada de una radiante sonrisa.

—Wow, estás impresionante.

Acabo de entrar en su cuarto, la puerta se cierra por detrás de mí. Mi prometido,

que estaba sentado en una elegante mesa improvisada, se levanta nada más verme.

Lo cierto es que con la cama pegada a la pared y la mesa de estudio en el espacio central, con sendas sillas a cada lado y un mantel de hilo negro cubriéndola, la estancia parece más grande de lo que es. Es una pena que las jaulas con codornices sigan en su sitio original, cerca de la ventana, quitándole solemnidad al momento con sus zureos.

—Gracias.

Le vuelvo a sonreír. Víctor, con el traje ceremonial de guerrero que lleva, está buenísimo. Unos pantalones ceñidos de cuero, una camiseta negra con el escudo de su familia —la bailarina de la fuente—, botas y sus brazales de halconero. Mmm verlo es todo un placer. Una suerte que, gracias a las protecciones mágicas de su ropa, no tengan que llevar chalecos de kevlar ni nada parecido.

—Veo que has traído un cáliz ritual, no bromeabas con lo de hacerlo al modo Ashlae.

—Claro que no.

Se ha quedado justo delante de mí, mirándome con la misma expresión de arrobado embobamiento que debí tener yo el primer día que lo vi. Sonríe maliciosa. No está nada mal que el chico pruebe su propio efecto «crepusculiano». Aunque claro, como si no se me estuviera a mí ahora mismo secando la boca de las ganas que tengo de besarlo.

—Ven.

Me toma de la mano y me guía hacia la mesa. Deposito allí el cáliz, al lado de un candelabro con sus velas encendidas, y me siento en la silla que acaba, caballerosamente, de separar para mí.

—No te pases, guapo, que no estamos en el siglo pasado. —Le guiño un ojo.

—Tranquila, solo estaba siendo educado, pero ya me queda claro que me prefieres un trato más... informal.

La manera en que lo dice casi descontrola mi magia. Es increíble el efecto que tiene este chico en mi poder y en mi cuerpo.

—Primero la ceremonia, ya me desnudarás después.

Consigo decirlo como si tal cosa, como si mi corazón no estuviera latiendo a mil por hora. Es tan solo porque voy a matarlo antes de que llegemos tan lejos.

—Empecemos pues.

Sus ojos están clavados en los lazos rojos de mi vestido y no los separa ni para sentarse enfrente mío. Le tiendo el cáliz.

—Ya que yo no soy todavía una hechicera Ashlae, ¿haces tú los honores?

—Será un placer.

Sus dedos rozan mi mano mientras toman la copa, demorándose en el contacto, transmitiéndome la descarga eléctrica que siempre acompaña a su piel o sus labios. En estos momentos, no hay nada que desee más que tirar el cáliz al suelo de un manotazo y acostarme con él.

—Adelante —le digo en cambio, fiel a mi propósito.

—Swunt mea alane —me dice mientras eleva la copa nupcial sobre nuestras cabezas, consagrándola con su promesa, y vuelve a dejarla sobre la mesa.

«Mía para siempre». El chico empieza fuerte, me estremezco al escucharlo. Por suerte el resto de la ceremonia lo realiza en castellano, porque no domino tanto el idioma antiguo.

—Yo, Víctor, te hago depositaria de mi confianza. Como lo hicieron nuestros antepasados ante su honor y su familia, te juro por mi Casa caminar a tu lado, amarte, protegerte y no decepcionarte jamás.

—Yo, Victoria, te hago depositario de mi confianza. Como lo hicieron nuestros antepasados ante su honor y su familia, te juro caminar a tu lado, amarte, cuidar tu casa y no decepcionarte jamás.

—Ante nuestros propios ojos, que son los únicos que importan, ya estamos unidos por los lazos de la magia y de la familia. Swunt mea alane.

—Swunt me alane.

«Mío para siempre». Me parece increíble el feroz deseo de poseerlo que se ha desatado en mí cuando le digo las palabras. Pero es cierto, él es mío; puedo estar a punto de matarlo pero todo mi cuerpo se rebela ante la idea de que pudiera ser de otra.

Se ha levantado. Más que avanzar, devora el metro escaso que nos separa, tomándome de la cintura y levantándose de la silla, para abrazarme y unir su alma a la mía en un beso cargado de sentimientos. En estos momentos, me olvido de todo: de quién soy, de mi deber, ¡de todo! Tan solo queda ese latido que comienza en mi pecho y se expande por todo mi cuerpo, haciendo que cada punto de contacto con el suyo sea el inicio de una descarga eléctrica, de un fuego que amenaza con consumirme si me sigue besando así, como si quisiera fundirse conmigo y darme todo su ser a través de su contacto y de su aliento. ¡¡Joder!! Abro los ojos, que he cerrado para centrarme mejor en las sensaciones, y lo veo mirándome con una extraña mezcla de deseo y ternura. Al notar que lo observo, se separa de mí con una sonrisa.

—Bueno, cosita, me parece que ya solo queda beber del cáliz para acabar la ceremonia. Aunque no necesito vino para estar borracho, no teniéndote tan cerca.

Respirando de manera agitada y fallándome el pulso, cojo la copa y casi la derramo. Por suerte él se ríe (con esa preciosa carcajada suya), coloca su palma sobre la mía y lleva el recipiente a mis labios. Hago como que bebo y lo empujo hacia los suyos. Está tan perdido en mis ojos que no se da cuenta de lo que acabo de hacer. Bebe, un trago largo y profundo. Después me guía para dejar el cáliz sobre el mantel y pasa uno de sus brazos por mi cintura mientras con el otro me acaricia la cara.

—Te quiero —me susurra su voz.

—Te quiero —le miente y contesta la mía.

Sus dedos van bajando por mi cuello, haciendo que el vestido se deslice por mi cuerpo a su paso. Me besa, con pasión. Noto el leve sonido que hace la seda al caer al

suelo. Se separa, me mira de un modo que me haría enrojecer si no fuera porque estoy pensando en la mejor manera de quitarle toda esa ropa que le sobra. Mas no hace falta, me toma de la mano y lleva a su cama, donde él mismo se encarga de llevar las mías a su camiseta para que sea yo la que disfrute sacándola por su cabeza, dejando a la vista un estómago plano que corta el aliento.

La capacidad de pensar con coherencia va huyendo de mí. Mi magia sale de mí, se expande, se enrosca a su cuerpo y llena toda la habitación; se inflama de tal modo que si no hubiera aprendido a controlarla estoy segura de que dañaría al edificio. Siento cómo me pierdo con ella. En un último esfuerzo, una voz interior me dice que él debería estar ya drogado y durmiendo, que algo va mal. Pero el resto de mi ser me grita que qué más da, que estoy frente al chico que me vuelve loca, que me gusta tanto que su solo tacto descontrola mi magia y me revoluciona las hormonas. Así que me dejo llevar, escucho a mi cuerpo que es más sabio que yo y sabe cómo moverse, dónde tocar, que me indica con su propia marea de calor hacia donde quiero llegar.

Cuando por fin sucede, cuando una explosión de placer me sacude, le escucho susurrar mi nombre y después su cuerpo sudado se deja caer sobre el mío, entonces, me doy cuenta de lo que acabo de hacer: en vez de matarlo, me he acostado con el enemigo. Pero me da igual, en estos momentos me siento fuerte, poderosa y feliz de haber compartido algo así con él. Incluso mi energía mágica parece haberse fundido con la suya y, juntas, haber creado una más poderosa.

—Víctor... —comienzo a decirle, intentando poner en palabras todo lo que siento y sin saber muy bien como; cómo explicarle que, a través de la unión de nuestros cuerpos, siento que mi alma está tan cercana a la suya que podría acariciarla con mi pensamiento.

—Perdóname, preciosa, tengo mucho sueño... Gracias por quererme...

Su voz es cada vez más débil.

—¿Víctor?

Él reúne sus fuerzas, se apoya en los antebrazos y levanta la parte superior de su tronco para mirarme. Estoy justo debajo suyo, nuestras caderas unidas y las piernas todavía entrelazadas. Veo la comprensión en sus pupilas, en el azul de sus iris que parecen romperse al entender que le he mentado descaradamente. Cuando yo era dulce, cuando lo apoyaba, cuando reía con él... todo falso. Y esa comprensión, el que he elegido ser una cazadora en vez de una matrona, una hechicera poderosa y oscura a su lado, lo mata por dentro. Lloro, no puedo evitarlo. Siento mis lágrimas avergonzadas resbalar por mis mejillas y mojar la almohada.

—¿Por qué?

Es lo último que alcanza a decirme. No puedo contestarle, se lo debo (al menos eso) pero no soy capaz. Lloro más amargo, compadeciéndome a mí misma por tener que matar al único chico al que me siento unida, con el cual me siento plena, que es como si fuera una mitad perdida de mi alma.

Sus ojos se cierran y cae sobre mí.

—¿Víctor?

No me contesta. Sigo así un rato, con su peso sobre el mío y la almohada cada vez más empapada. Poco a poco, voy recordando que lo que importa es cerrar este internado, salvar a las chicas. Me convengo una vez más de que hago lo correcto y, en cuanto a lo de antes, al roce desatado de nuestros cuerpos, a esa conexión infinita de sentimientos... atesoraré para siempre ese recuerdo. Suspiro y hago oreja: lo único que se escucha es su respiración pausada y el zureo de las codornices. Ostras, me había olvidado de ellas, centrada como estaba en este mundo nuevo que él y yo hemos construido y compartido.

Ahora que puedo pensar mejor, no sé por qué el veneno ha tardado tanto en hacerle efecto, en debilitarlo y dormirlo.

En todo caso, frunzo el ceño porque nunca más estaré entre sus brazos; ni volveré a compartir una noche tan mágica e íntima como esta. Súbitamente enfadada por el llanto que amenaza con escapármeme otra vez, me lo quito de encima, lo empujo para que ruede a mi derecha y se quede en el estrecho espacio que hay entre mi cuerpo y la pared. Después me levanto, compruebo que está bien dormido y me visto. Nadie puede verme, pero paso de clavarle la daga aoma estando desnuda.

Me dirijo a la puerta de entrada, me agacho y tanteo el suelo hasta dar con ella. Deshago la convocación de los dos escudos que la rodean, el de anti-magia y uno de invisibilidad. Antes de cogerla, los sentimientos contradictorios que bullen en mi interior se entrechocan con más fuerza y los nervios me revuelven el estómago. Respiro con lentitud y me permito unos instantes de reflexión, para calmarme. Sé que es muy duro lo que tengo que hacer y todo para que no mueran más alumnas, para que las Ahslae dejen de esparcir su red de mal por el mundo. Conceptos absolutos de bien y de mal... reconozco que son un consuelo cuando estás hundida y deprimida, pero ya no puedo entenderlos. Su magia no me parece tan terrible; no creo que sea mala en sí sino por el fin que le damos, como yo cuando humillé a Gema quitándole la ropa. Entonces allí, en la habitación de Víctor, en mi noche de bodas, acucillada al lado de una de las dagas más poderosas que existen, me doy cuenta de algo. ¡Por fin! Y ese algo hace que otra losa distinta a la de tener que matar al Astaquin, una que me oprime desde lo de Paula, se vuelva liviana y desaparezca de mi pecho, como si nunca hubiera existido. La garza se suicidó y yo no tuve la culpa. Víctor tampoco. Ni siquiera Eloísa. Todos fuimos parte de algo que lo desencadenó pero fue ella la que eligió el camino fácil. Yo también podría haberlo hecho, más motivos tenía el día de mi paliza, pero no lo hice. Yo no le robé su vida, no ocupé su lugar. Paula estaba equivocada al pretenderlo. Si yo hubiera sido buena y paciente con la garza cada vez que me atacaba, me habría seguido pisando porque era ella la que quería a mi chico y mi poder. Dejar de culparme por no haber sido más amable con ella es como un bálsamo para mi alma. Me doy cuenta también de otra cosa: mis padres me han dado unos valores correctos pero yo, cuando los he seguido al pie de la letra, he sido tonta, idiota, tan buena que era fácil atacarme. Con Paula no los seguí, me defendí. Sin

embargo, después de su suicidio me dije que era bueno perdonar a Noelia por haber escapado cuando la ayudé. Pues no. No lo es. Allí hay una lección de madurez que ella debía haber aprendido (no se puede dejar tirado a quien te ayuda) y yo, siendo tan boba, se la he evitado. Con ella fui buena y tonta, con Paula no... será porque la garza siempre me había caído mal. Reconozco que no debí juzgarla sin conocerla pero eso no significa que yo causara su muerte. Ni que debiera aceptar sus intentos de recuperar el poder que había perdido.

La comprensión, como un nuevo horizonte que se abriera ante mis ojos, duele y alivia a la vez. Esto debe de ser a lo que se refiere siempre mi madre con «hacerse mayor». Una pena, pues ahora sí que voy a matar a alguien y, esa culpabilidad, ese dolor que arrastraré siempre, me van a hacer todavía más adulta.

¡Joder! Ahora mismo querría quedarme siendo niña e inocente para siempre. Y a su lado.

Tomo y exhalo aire con fuerza. Sé lo que debo hacer, me he reafirmado en mi misión. Miro la daga, que parece vibrar con su deseo de ser utilizada. Aprieto los labios con determinación y la empuño. Su fuerza y su sed de sangre, de hacer aquello para lo que ha sido creada, me invaden. Con los susurros del arma en mi cabeza, me levanto y me dirijo hacia la cama.

Una vez allí, empujo a Víctor para que, en vez de estar de medio lado, esté boca arriba. Apunto con el arma a su pecho desnudo, mis nudillos blancos de la fuerza que hago. Tomo aire, levanto la daga con ambas manos y la bajo de golpe. El deseo de las dos aomas de matar y volver a ser dos piedras individuales guía mi brazo. Sin embargo, es mi corazón el que para la afilada punta en el último momento, el que hace que la daga se quede, temblorosa, a pocos centímetros del que late en el chico de los mechones castaños.

Porque el momento en el que voy a matarlo es el instante en el que me doy cuenta de que de verdad lo amo.

La intensidad de mis sentimientos vuelve a llenar mis ojos de lágrimas. No es que me guste demasiado como yo pensaba. Es que el imaginarme mi vida sin el tono puñetero de su voz cuando me lanza una pulla es igual que clavarme mil puñales en mi pecho. Sus labios, sus manos, sus caricias dulces y ardientes, su mirada burlona, el timbre de su voz, su anticuado sentido del honor... No puedo, no puedo matarlo, no puedo vivir sin él. ¡Maldita sea!, Víctor... ¡¡¡te quiero!!!

Me inclino sobre su cuerpo desnudo e indefenso, lo tapo con las sábanas hasta el pecho y deposito un último beso en sus labios; las gotas que escapan de mis ojos bañan sus mejillas.

A continuación me incorporo para sentarme en el borde de la cama. Las aomas cada vez gritan más fuerte clamando muerte, no puedo pararlas. Lo intento, centrar mi poder para separar las joyas originales pero es inútil. La comprensión se abre camino, mortuoria y fría. La daga ha de matar y como soy incapaz de vivir sin él, la alzo y me la clavo a mí misma.

Duele, duele mucho. Pero deseo pensar que mi corazón partido de verdad, atravesado por el acero de un arma, duele más de lo que le dolerá a Víctor el suyo cuando despierte y recuerde que le he traicionado. Espero que mi cuerpo inerte, que dejo que caiga al lado del suyo, le cuente la verdad.

El sufrimiento va yéndose poco a poco, con mi sangre que fluye. No esperaba morir ni fracasar así, pero es lo único que puedo ofrecerle.

¿Qué pensarán mis padres y Ana cuando se enteren?

Todo se acaba... ojalá pudiera sentir sus labios una última vez.

Oscuridad.



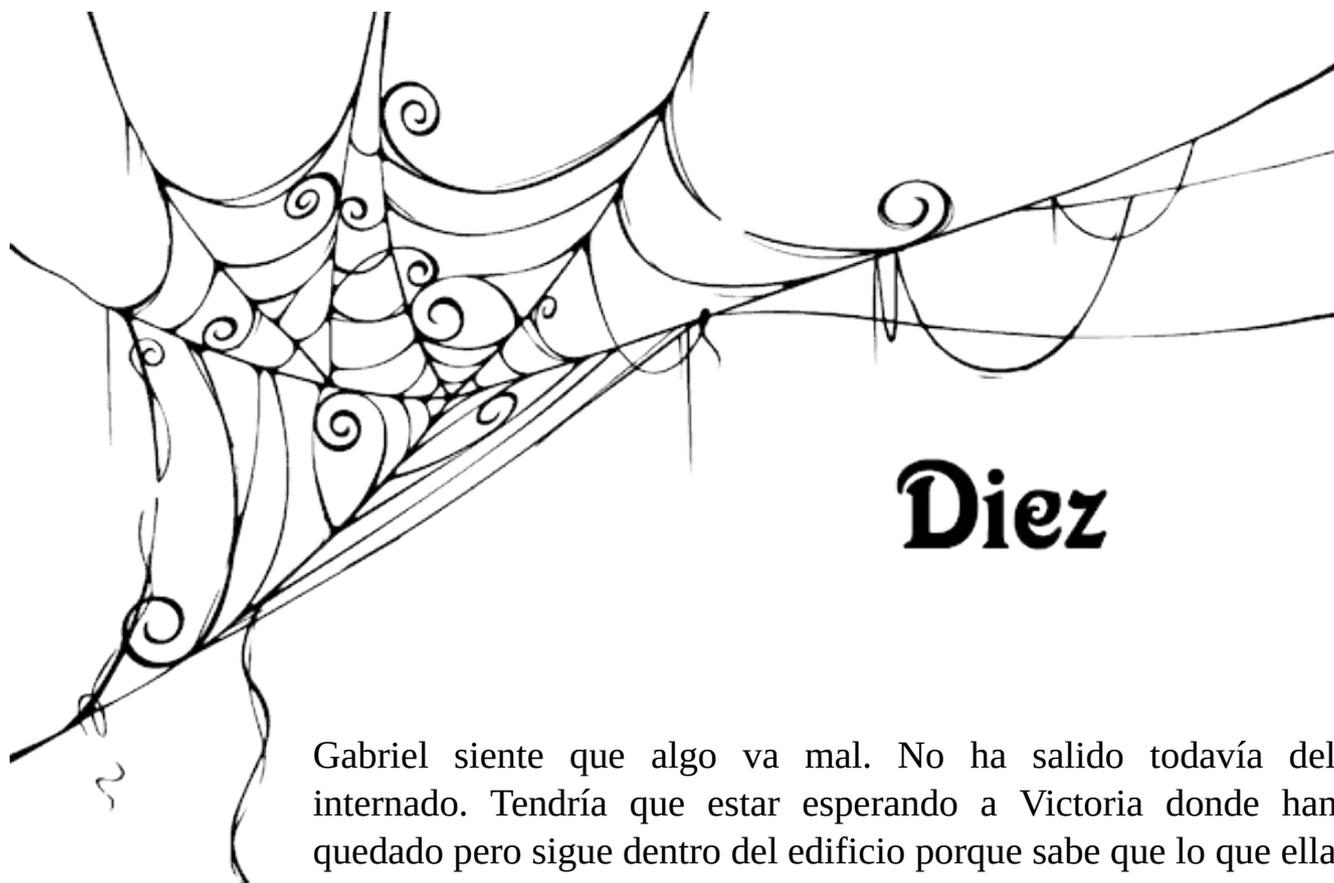
—No es un mal sitio para hacer lo que dices, más aislado no puede estar.

Los tres amigos acaban de subir una pequeña loma y divisan el edificio bajo la pálida claridad lunar. Se paran un instante. Ya están cerca.

—A partir de ahora lo mejor será que guardemos silencio y avancemos con cuidado. Dentro de unos setecientos metros, este sendero desembocará en un camino embaldosado y de allí al internado hay dos pasos. Gracias otra vez por acompañarme.

—De nada. Ya sabes que estamos para lo que nos necesites.

Gutiérrez asiente y continúa andando con todos los sentidos alerta. Su instinto le dice que debe darse prisa.



## Diez

Gabriel siente que algo va mal. No ha salido todavía del internado. Tendría que estar esperando a Victoria donde han quedado pero sigue dentro del edificio porque sabe que lo que ella va a hacer es peligroso y quiere estar cerca por si esta pudiera necesitar su ayuda.

A la hora que es, las tres de la madrugada, hace mucho que ella debería de haberse ido de la habitación de Víctor. Y no lo ha hecho. El chico rubio lo sabe porque él mismo, poco después de medianoche, salió de la suya para vigilar escondido la puerta.

Le preocupa entrar allí por miedo a estropearlo todo, pero ya es muy tarde. Así que surge de entre las sombras y coge la manilla del cuarto del Astaquin para girarla y entrar.

Una descarga de dolor sacude su cuerpo.

¡Maldito Ashlae! Debería haber imaginado algo así. Aprieta los dientes, aguanta el dolor y abre la puerta. Al soltarla, el latigazo de energía que lo torturaba cesa de golpe. No tiene tiempo ni de mirar su brazo dolorido, pues sobre la cama yace el cuerpo inerte de Victoria.

—¡Tory! —le grita y la sacude por los hombros.

Es inútil, la daga está clavada en su pecho. ¡Será idiota!

Un dolor se instala en sus entrañas, quemándolas. Él la quiere, es por eso que modificó su plan original aun a riesgo de enfadar a su padre; pero no podía dejar que se convirtiera en una de ellos. Y ahora ve que su amada no ha sido capaz de matarlo, que ha preferido acabar con su propia vida.

—Serás idiota... —farfulla.

Observa las dos aomas, que siguen siendo una daga. Una luz de esperanza comienza a latir dolorosa en su pecho: ¡Ella tiene que seguir viva!

Pero ¿cómo?

Mira la herida. El filo no está clavado en el corazón sino cerca, la palidez de sus rasgos se debe a la pérdida de sangre. Y aun así, manchada de rojo, está tan hermosa... El vestido negro se ciñe a sus curvas, resalta sus labios, lo único todavía con color en su cuerpo.

Coge una sábana y rasga un trozo. Susurra furioso unas palabras de transferencia, arranca el puñal y coloca la improvisada venda para frenar la pérdida de sangre. A continuación, levanta el arma y se dirige a las jaulas, las cuales abre. Clava el filo mágico, que clama furioso en su cabeza por haber sido arrancado de la vida que estaba tomando, en el corazón de una de las codornices.

Al instante, una luz azulada envuelve al ave y, cuando se desvanece, sobre la mano del Samuae hay una codorniz muerta y dos gemas, una roja y la otra violeta.

Sin perder ni un segundo, coge la primera, la de su familia, y la apoya contra el pecho de Victoria. La usa para amplificar su propio poder, el que le ha pedido a su deidad al inicio de la noche, para lanzar un hechizo que cierre y cure la herida. Da gracias a la Diosa porque la joven no tuviera muy claro el lugar exacto donde late el corazón.

Mientras ella va poco a poco recuperando el color, el chico que sigue tumbado a su lado se despierta, débil y atontado. Como ha sido entrenado por los mejores guerreros de su plano, no hace nada que pueda delatarlo, ni siquiera un leve cambio en su respiración. Escucha a Gabriel, cómo respira y le susurra palabras de ánimo a su esposa. Hace un esfuerzo sobrehumano por seguir inmóvil, porque de repente se siente mucho más despejado y con ganas de partirle la boca a ese desgraciado.

Pasan diez interminables minutos, Victoria sigue recuperándose gracias a la magia y, en cuanto a Víctor, decide que ya se ha recobrado lo suficiente como para pelear con ese cazador levanta-novias.

Se pone en pie.

—Confío, Samuae, que me dejes vestirme antes de partirme la cara.

Gabriel, que estaba agachado al lado de su amada, deja el aoma sobre el pecho de esta y se incorpora con brusquedad, avergonzado de haberse dejado sorprender. ¡Tendría que haberlo matado! Pero estaba demasiado preocupado por Victoria y su herida. Además, esa escoria debería seguir dormida durante el resto de la noche y buena parte del día.

—Dalo por hecho —le contesta con asco—. Lo último que deseo ver mientras te reviento los huevos de una patada es a tu pingajo colgando.

En pocos segundos, el hijo de la directora se ha puesto sus pantalones, camiseta y botas. A Víctor le habría dado igual pelear desnudo si no fuera porque su ropa estaba plagada de runas. Ese Samuae estirado parecía idiota.

—Listo —le informa.

Visto y no visto: el chico moreno, pese a ser más joven, le pega un puñetazo en la mandíbula que hace recular a su oponente varios pasos. El problema es que le ha

costado caro. Sigue débil por los efectos del brebaje que ella le ha dado y ha gastado demasiadas fuerzas en ese golpe. Se acerca a él para darle otro.

El rubio echa un pie atrás para estabilizar su posición, se limpia la sangre de los labios con el dorso de su mano y cambia el peso de su cuerpo. Apoyado sobre la pierna de delante, lanza una patada hacia las pelotas de Víctor, justo donde le ha amenazado. Este, que estaba a punto de lanzarle otro puñetazo, reacciona demasiado tarde. El golpe le impacta de lleno. Aguanta en su postura gracias al peso repartido en ambas piernas abiertas y el dolor... el dolor lo evita por la runa que acaba de disolverse. En sus pantalones ya no queda magia de defensa, tan solo de fuerza y agilidad. La necesitará ya que la de su cuerpo se ha disipado por el efecto del veneno, puede sentirlo. Así que hace lo que le gritan sus instintos entrenados: descarga su puño sobre el cuádriceps tenso de la pierna de su adversario, la cual todavía está retirándose.

Gabriel le sonrío y se coloca en una posición defensiva.

—¿No pensarás que eres el único con runas de defensa, verdad? Yo no tendré tu poder para grabármelas en el cuerpo pero te aseguro que mi ropa está bien cubierta.

Víctor frunce el ceño. Ese golpe, de haberlo recibido sin runas, le habría hecho mucho daño y dejado la pierna inutilizada por un tiempo. Se coloca también en posición defensiva y observa con cuidado a su oponente. Si este no le ataca, tendrá que hacerlo él porque, débil como está, el tiempo juega en su contra.

—¿Qué pasa, cazador —intenta provocarlo para que cometa un error—, es que te molesta que la puta de mi mujer no haya querido follar contigo?

Si no fuera por el inmenso vacío y dolor que siente al pensar en ella, jamás la habría utilizado así. Porque la quiere. Pero ahora mismo solo puede pensar en que lo ha traicionado por otro.

—¡No te la mereces, cabrón!

Gabriel se abalanza sobre él, justo como Víctor estaba esperando. Se aparta, le pone la zancadilla y deja que sean su propio peso e impulso los que lo tiren contra el suelo. De inmediato se coloca sobre su espalda y lo inmoviliza, cogiéndole ambas manos y retorciendo sus muñecas hacia detrás, ambas palmas arriba y llevándoselas hacia el cuello, al mismo tiempo que le clava dolorosamente las rodillas en la espalda.

—Ni se te ocurra hablar de ella —le sisea con rabia—. Y ahora estate quietecito si no quieres que te parta las muñecas. Cuéntame que planeabais.

—¿Es que no ves su herida?

—¿Herida?

Víctor, al volver en sí, la había escuchado respirar a su lado y, como también había oído a Gabriel, no le había dirigido a Victoria ni una mirada. La había dado por dormida (pensando que debió tomar también algo del cáliz) y se había centrado en su enemigo, ese que quería su cabeza y la de su familia como trofeos para el comedor de su casa.

La mira. Ahora sí. Ve que lleva el pecho vendado y ensangrentado. Asustado, afloja su presa, deja que sus manos no tiren de las de Gabriel con la debida fuerza. Este aprovecha para, pese al dolor que ese movimiento le provoca, soltar una mano y dibujar un sello. Antes de que su rival pueda reaccionar, una de las sillas de su cuarto se materializa en el techo justo sobre su cabeza. Es de madera maciza y cae, le acierta de lleno. Víctor se queda atontado unos segundos y el rubio se lo quita de encima. Después la emprende con su cara a puñetazos.

—Idiota —le escupe—, te preocupas demasiado por alguien que quiere matarte.

Cuando el cazador lleva cuatro golpes que le han partido la nariz, cerrado un ojo y dejado inconsciente a su oponente, Victoria abre los ojos.

Horrorizada, se incorpora de inmediato.



Eloísa apaga la pantalla de plasma. Está sentada en una de sus habitaciones, la que usa para controlar el sistema de cámaras que tiene dispuestas por todo el internado, cuarto de su hijo incluido. Se alisa la falda de tubo de su traje con un movimiento distraído, uno que denota que su mente está en otra parte. A continuación, saca su móvil y marca el número de la jefa de estudios.

—Es el momento de intervenir —le comenta nada más que esta descuelga—. Reúnelas a todas y venid conmigo a la habitación de Víctor. Ahora mismo.

No ha usado la magia mas tampoco la necesita. Ella es la matrona de todas esas hechiceras, que están allí para servirla.



La oscuridad se aleja, debo de estar ya en el otro mundo. Levanto los párpados confiando en que sea un lugar bonito y me encuentro con mi esposo en el suelo y a Gabriel golpeándole el rostro. Me incorporo como si me impulsara un resorte, quedándome sentada. Escucho un ruido, como si algo cayera al suelo junto con mi movimiento. Me mareo un poco. Lo ignoro.

—¡Víctor! Gabriel, ¡¡déjalo en paz!! —le ordeno.

El chico, lleno de rabia y frustrado por verse interrumpido, se para. Es fácil ver que su testosterona le grita que siga pero como lo haga juro que no descansaré hasta cargármelo. Nadie toca a Víctor. Me sorprende la fuerza con la que lo pienso.

—¿Esa es tu idea de matarlo? ¿Molerlo a golpes aprovechando que está drogado? —le recrimino.

—No lo está.

—No veo que se mueva. —Me levanto.

—Despertó, no lo entiendo pero lo hizo. ¿Preparaste el veneno como te dije?

—Sí.

Me acerco a mi esposo y algo se llena de furia en mí al verlo con la cara destrozada. Por cierto, debería estar muerta. En vez de eso llevo una venda en el pecho y no me duele demasiado.

—Pues no lo entiendo.

Frunce el ceño y sigue entre Víctor y yo; así lo que lo aparto con la mano. Por cómo tensa su cuerpo y me mira, está claro que se mueve en contra de su voluntad.

—Dime —continúa preguntándome—, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué no lo mataste?

Le contesto pero no le miro. Mis ojos, que muestran una intensa emoción descarnada, están fijos en mi chico.

—Porque lo amo. Ya no hay salida para mí, estoy maldita. No deberías haberte arriesgado para salvarme.

—¡Joder!

Le pega un puñetazo al suelo. En cualquier otro contexto yo esbozaría una sonrisa irónica pues provocho un extraño efecto en los tíos: se lastiman solos.

—Mira, por ti lo que sea —continúa diciéndome pasados un par de minutos, mientras yo le limpio a mi amado la sangre del rostro con la seda de mis mangas, tiñéndolas de rojo—. No debería contarte esto pero no quiero que sufras, ni que te conviertas en una de ellos. Si de verdad le quieres, como acabas de demostrar, te ayudaré. —Ahora sí que lo miro, el pobre parece estar sufriendo por mí. Creo que es cierto lo que me dijo aquella vez de que me amaba—. Hay algo que no te he contado, ni tampoco tus profesoras. Es difícil, casi imposible, pero creo que tú tienes el poder para lograrlo. Victoria... —Su voz tiembla, como si le costara continuar hablando—. Si haces renacer a la Diosa, con su poder podrás revertir la maldición de Víctor, arrancar el mal de sus entrañas. Pero para ello necesitarás el báculo de la suprema sacerdotisa, uno que estuvo a punto de ser destruido en las guerras y la misma Diosa lo mandó a otro plano para salvarlo. Si lo deseas, me voy contigo a buscarlo.

Mis manos se congelan sobre la destrozada cara de mi chico.

¿¡Qué me está contando!?

Salvarlo, revivir a la Diosa. Ambas cosas suenan genial pero no lo entiendo. Ella está muerta. Si fuera tan sencillo devolverla a la vida, los Samuae lo habrían hecho hace siglos. Esto no me cuadra; sin embargo, antes de que pueda preguntarle oigo ruidos de pasos. Muy cercanos.

—Eloísa. —Es lo que se escapa de mis labios.

—Vamos —me exhorta Gabriel mientras se me acerca y me tiende su mano.

No quiero dejar a Víctor y menos así, pero si su madre me pilla me matará (eso si no encuentra algún modo de utilizarme) y no podré ayudarle. Por lo que agarro los dedos del cazador, me levanto y le sigo. Me indica que abra la puerta y, extrañada, lo hago. Mientras tanto, él recoge las dos aomas, que ya no están fusionadas en una daga. Enarco una ceja interrogante, pero no hay tiempo. Él vuelve a tomar mi mano y

pasa delante; tira de mí escaleras arriba. Las voces de la directora y las demás profesoras se escuchan cada vez más cerca, sus tacones resonando con velocidad y fuerza por los peldaños de debajo.



Los tres policías sin uniforme se detienen ante la entrada del internado. Es un edificio enorme, rectangular, de paredes de ladrillo cara vista y cuatro torres en los extremos. Lo cierto es que impone, incluso más que las agrestes montañas que lo rodean. Tiene algo, un aura oscura, capaz de ponerle a cualquiera la piel de gallina.

—¿Vamos? —pregunta uno de los hombres.

—No tan rápido —le contesta Gutiérrez—, primero déjame echar un buen vistazo al perímetro exterior y enseguida entramos. Quiero asegurarme de que esta puerta es el único acceso. Si hubiera algún otro, podría ser más sencillo colarnos por allí que por la entrada principal. Si no, probaremos por aquí. Dudo mucho que a estas horas haya alguien vigilando la puerta.



Avanzar es cada vez más complicado. El aire se ha vuelto opresivo, haciendo difícil respirar, las paredes cada vez más gruesas y cercanas, las baldosas de los peldaños resbaladizas y estrechas. Todo el edificio parece rebosar ira contra mí, como si yo le hubiese hecho algo terrible. Hace poco he podido oír cómo ellas entraban en la habitación de Víctor, un grito de la directora, un par de minutos de casi silencio y otra vez la persecución. Ha sido a partir de ese alarido cuando las escaleras se han vuelto contra mí, impulsadas por Eloísa y su rabia. Pese a la dificultad, seguimos subiendo y llegamos hasta la puerta de la última habitación de la torre: la de los halcones. Más allá no hay nada.

Entramos y atracamos la puerta con un armario bastante pesado que hay en la estancia; por cómo suena, se utiliza para guardar objetos metálicos. Ellas siguen acercándose, ya están a pocos metros. Me estremezco y miro a Gabriel. He de reconocer que tengo miedo, pues Eloísa es muy poderosa.

Este está observando la pequeña ventana que hay, como considerando si tirarnos por ella. De repente clava sus ojos en mí.

—Victoria, pedirte que nos bajes levitando no serviría de mucho; harían lo mismo y nos perseguirían. Sube al tejado y abre un portal. Sé que puedes. —Acalla mis protestas con un gesto; las hechiceras ya casi han llegado—. Tienes el potencial y dos aomas para ayudarte a canalizarlo. —Se pone de puntillas y abre una trampilla que por lo visto hay en el techo—. Vamos, sube allí y hazlo. Yo las detendré mientras lo abres. Concéntrate en el báculo de la Diosa, en un bastón de madera lisa con una

esfera de luz blanca y pura en su puño. Hazlo e irás allí. Y una última cosa... —Su voz se apaga avergonzada—. Tendrás que ir sola porque ningún Samuae puede entrar a ese plano, nuestros enemigos se encargaron de sellar el acceso.

¿¿Sola?? No era ese el plan. Aunque tampoco es que yo haya aceptado seguirlo. Todo esto va demasiado rápido como para permitirme considerar mis opciones.

—No conozco el ritual para abrir el portal. No puedo hacerlo —protesto mientras me pone las aomas en una mano, me agarra de la cintura y me levanta sobre su cabeza.

Además, aquí hay más gato encerrado, estoy segura. Si fuera tan fácil encontrar el báculo, las matronas ya lo habrían destruido. Pero no es el momento de pensar; me agarro al recién abierto agujero del techo.

Justo a tiempo porque han llegado. Intentan abrir la puerta y el armario se lo impide.

—Streat vlint ugandmaya son las palabras para ir a ese plano. Visualiza el báculo y pronúncialas. Por favor, hazlo. Si no por ti, por Víctor.

Esa frase que tanto le duele decirme es la última que le escucho. Me impulso sobre mis brazos para subir al tejado. Es llano, de ladrillo y del mismo tamaño que la habitación de debajo. Tiene una barandilla en los extremos y un ligero desnivel para que se vaya el agua de lluvia. Por debajo, me parece ver a unos hombres en la puerta del internado. Pero no hay tiempo, debo hacerlo.

Aunque prácticamente no tenga ni idea de cómo.

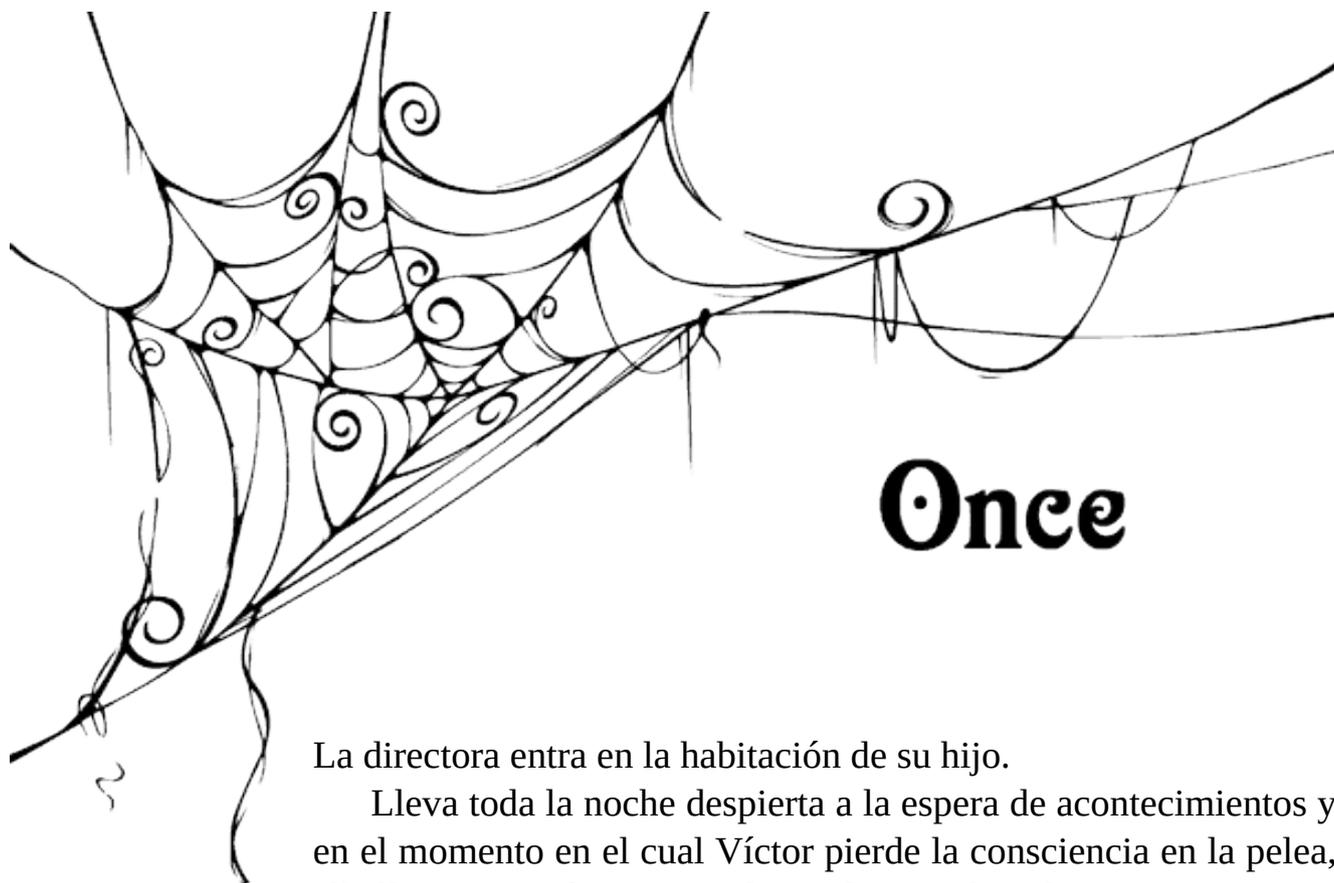
Cierro los ojos, agarro fuerte una aoma con cada mano y me concentro. La del fuego apenas me transmite poder, es muy raro, es como si se hubiera gastado. Lo ignoro. Sigo concentrándome, me dejo llevar. No soy una hechicera entrenada, esto es lo más difícil que haré jamás, pero necesito salvar a Víctor, quitarle la maldición para que pueda librarse del mal que hay en su familia. Oigo debajo de mí una explosión. Sigo concentrándome, tan fuerte que dejo de escuchar.

Silencio. Silencio y tan solo estoy yo.

Yo, la energía del Pirineo que viene a mí, la que late en la gema carmesí y el poder de la Diosa con el cual he nacido. Lo visualizo, un báculo perfecto en su pureza; me entran ganas de llorar al ver algo tan hermoso. «Streat vlint ugandmaya», pronuncio. El poder se concentra en mi voluntad y se hace tangible, me emborracha y me hace sentirme única y poderosa. Me doy cuenta de que esto es para lo que he nacido. Me siento plena. El tiempo se dilata y un instante se vuelve eterno. Mi ser vibra al unísono con los múltiples universos, uno de los cuales parece llamarme. Sé que es al que deseo ir. Sin dudar, como si el conocimiento siempre hubiera estado dentro de mí, creo la puerta entre mundos. Después todo se va, me abandona; me siento vacía, sola y abro los ojos. Un remolino, un vórtice rojo oscuro flota sobre mi cabeza. Salto. La euforia vuelve a recorrerme mientras su gravedad me arrastra adentro. Me espere allí lo que me aguarde, lo afrontaré con valor. Soy Victoria Escartín, hechicera y Convocadora de Portales. Si no me rendí ante el suicidio de

Paula no pienso hacerlo ahora.

En un impulso, tiro la gema violeta de vuelta a la Tierra. El pórtico se cierra a mis espaldas.



## Once

La directora entra en la habitación de su hijo.

Lleva toda la noche despierta a la espera de acontecimientos y en el momento en el cual Víctor pierde la consciencia en la pelea, ella llama a su séquito y se dirige de inmediato hacia su cuarto.

Nada más entrar y verlo tirado en el suelo, una oleada de decepción se extiende por el aire, tan poderosa que las profesoras se estremecen: es como si pudieran tocarla.

Eloísa, con su pelo recogido en un moño impecable, su caro traje ceñido de chaqueta y falda corta y, como no, sus eternos tacones de aguja, camina con una lentitud en apariencia calmada mas, como todas sus seguidoras conocen, en realidad muy peligrosa.

—Víctor, cúrate.

Su voz más que hablar ordena, cargada de poder. No necesita un hechizo para que él recupere su rostro: le basta con la descarga de energía bruta que acaba de mandarle. Un impacto así sería capaz de animar a un muerto.

A continuación, sonrío enigmática y le acaricia esa nariz recompuesta. La sangre que la salpica es la única prueba que queda de los golpes que Gabriel le ha obsequiado.

—¿Quién eres, pequeña nuera? —murmura.

Por suerte para Víctor, sigue sin recuperar el sentido y no puede oírla, o se preocuparía mucho por su esposa.

—Hemos esperado demasiado, deberíamos haber atacado en cuanto te robaron el aoma —interviene Frederika, su voz cargada de reproche pero también dejando entrever el deleite que le produce ver a la invencible Eloísa derrotada.

O eso cree.

La directora, que está de espaldas a ella y frente a su hijo, ni se vuelve.

—¿Qué ocurre?, ¿te parece mal que esperara a ver qué pretendía hacer la aspirante, si acabar con mi hijo o seguir nuestras enseñanzas e intentar ser más poderosa?

Algo en el tono inusualmente dulce de su voz hace que Frederika se quede congelada de miedo. Eloísa se vuelve y la mira. Todo el edificio parece palpitar con sus latidos, respirar a la vez que ella, amplificar el poder de la matrona como si estuviera encantado por medio de poderosos rituales y runas.

—Verás, gordita mediocre —la desprecia—, tu amiga nunca me cayó bien. Tú me sirves pero como te atrevas a volver a cuestionarme te reunirás con ella. Está claro que te gusta comer pero ¿y respirar?, ¿te gusta?

Ante los ojos aterrados y paralizados de la aludida, la directora curva sus labios pintados de rojo en una sonrisa que conoce demasiado bien. Se la vio en otra ocasión, cuando Eloísa recordó lo que le había hecho a su amiga. Pero no tiene tiempo ni de estremecerse, pues de inmediato comienza a faltarle el aire. El agua que de repente estanca sus pulmones sube hacia su boca y su nariz. Ni las codornices emiten el más mínimo sonido; un cuarto tan abarrotado y lo único que se escucha son los estertores líquidos de una profesora que está a punto de morir asfixiada.

—Mi hijo nunca estuvo en peligro, si Victoria le hubiera intentado clavar esa daga se habrían activado un par de cositas que dejé preparadas. Y que nadie —les dice mientras establece contacto visual con las demás docentes, una a una, haciendo que se encojan de miedo—, nadie —recalca— subestime a mi nuera. Porque tiene un poder tan grande como yo lo tuve en su día.

En medio del terrible silencio que sigue a sus palabras, ninguna se atreve a mantenerle la mirada. Ella sonrío. A continuación libera a Frederika, la cual cae al suelo y comienza a toser y expulsar el agua como si vomitara.

Si alguna de las demás profesoras piensa que se ha dejado quitar el aoma, que ahora la alumna puede ser por ello más peligrosa, no lo dice. Acaban de recordar una de las lecciones básicas de su sociedad: nunca desafíes a una matrona si no puedes matarla.

A continuación, Eloísa avanza taconeando y decidida hacia la puerta, la cual se abre ante ella. Sus hechiceras le dejan paso, siguiéndola y ofreciéndole su poder por si lo necesitara. Pero la directora no lo toma pues está en la plenitud del suyo, en su propia casa, su tela de araña. Las mismas paredes parecen curvarse ante su paso y seguirla reverentes, las escaleras disminuir su número para ella, la misma puerta a la que se dirige acercarse e intentar abrirse.

Pero algo la bloquea al otro lado.

La directora sonrío jactanciosa y realiza un hechizo de robo. La puerta aparece a sus espaldas y, por el hueco que ha dejado, se ve el armario que impedía que se abriera. Lo apunta con sus dedos y una bola de energía sale de sus yemas para impactar contra el mueble y reventarlo.

Nadie, nadie, puede con una de las matronas Ashlae más poderosas en su propia

casa.



Gabriel se escuda con su magia para evitar los fragmentos de madera maciza y de metal que de otro modo lo habrían matado. Está cansado, no le queda apenas energía. Los suyos siempre han sido los hechiceros más débiles y ahora mismo no dispone de tiempo para realizar un ritual pidiendo poder a la diosa. Así que, agachándose y cogiendo uno de los trozos a modo de improvisada arma, se planta en frente del umbral de la puerta, en medio de las jaulas destrozadas y los chillidos de los halcones supervivientes.

Ante él está Eloísa, con su peinado y su traje impecables, como si estuviera arreglada para una importante comida de negocios. Sin embargo, la sonrisa que curva sus labios es de innegable placer y regocijo. Por detrás de ella, las profesoras la siguen, dispuestas a darle su energía en el caso improbable de que la necesite.

—Cazador... —Avanza un paso, una vez que se ha posado el polvo—. No te pienses por un momento que no os detecté a ti y a tu padre. Que no me ha jodido alimentar a una víbora como tú, de la misma familia que mató a mi hijo, en el corazón de mi internado. Sé que vosotros, Samuaes, nos atacáis a traición pero solo cuando encontráis pruebas de que rompemos vuestra estúpida ley. ¿Te crees que soy idiota? —Se adelanta otro paso—. No sois vosotros los que hacéis que no convoque demasiado oro o que no vaya por allí cargándome políticos. Es mi sentido común. —Da un paso más, quedando muy cerca de Gabriel—. Cada siglo hemos crecido en fuerza y vosotros, cobardes, si continuáis con vida y simulamos acatar vuestras leyes es porque necesitamos a vuestras hijas. Pero ahora has intentado matar a mi hijo, tengo pruebas y estoy segura que tu padre tendrá que atenerse a sus preciosas normas y aceptar tu cabeza cuando se la entregue junto con mis condolencias.

Gabriel no deja de mirarla, de apretar tan fuerte el trozo de madera que sus astillas se le clavan en la palma. Debería estar aterrado pero su odio es demasiado grande. Desde que nació, le han enseñado que él es el bien y los Ashlaes el mal, ha crecido entrenándose para matarlos, ha rezado cada día a su deidad por un mundo libre de esa escoria.

—Puedes matarme pero seguirás siendo una mujer maldita, condenada. Yo, sin embargo, iré a encontrarme con la Diosa.

La directora se echa a reír.

—Iluso, tu diosa está muerta. Y ni todo su poder bastó para detenernos.

Un látigo de fuego se forma en su diestra. Está decidida a disfrutar la pequeña venganza que se le ofrece, por su antiguo primogénito asesinado y por ella misma. Justo entonces el cazador la sorprende, echando a correr hacia la ventana. Eloísa hace restallar su arma y le cruza la espalda con la hebra ígnea. Las llamas, mágicas, se

ceban en la carne recién abierta, torturándola.

—¡Aquí, socorro, la directora quiere matarme!

Eloísa abre los ojos sorprendida, enrosca el hilo ardiente en una pierna del cazador y tira para lanzarlo al suelo. A continuación, lo pisa con sus tacones de aguja y es ella la que ahora se asoma por la ventana. Escudada como está por su magia, aunque el cazador intentara golpearla no podría hacerle nada. Ve a tres hombres en el jardín interior (¿es que han forzado la puerta de entrada?) que están mostrando sus placas hacia ella.

—Policía. No se mueva, señora. Deje en paz al chico. Hemos pedido refuerzos y vamos a subir.

La directora se aparta furiosa, se quita de su vista. ¿Cómo ha podido ser? Reconoce al hombre que le acaba de hablar, un tal agente Gutiérrez. No se lo esperaba pues había hechizado a sus superiores y detenido la investigación. Incluso el que vino por el suicidio de Paula se fue pensando que lo ocurrido no era más que una desgracia para una institución tan prestigiosa como la suya. Y lo peor de todo, centrada como estaba en vigilar a Victoria y a Gabriel con las cámaras y su magia, no se dio cuenta de que alguien se acercaba al internado.

Considera rápidamente las opciones. No puede matar al cazador si no mata también a los policías. Sus poderes de persuasión no son absolutos, han de basarse en algo que su oponente esté dispuesto a creer y esos tres agentes, si han llegado tan lejos, no van a dejarse convencer con facilidad. Necesitaría hacer un ritual y eso lleva tiempo. Además, si los mata, puede despertar recelos entre los humanos, demasiadas muertes en el edificio en tan poco tiempo; no le hará bien añadir las de tres policías.

La frustración que experimenta no se marca en su rostro pero sin duda la siente al ver a su presa arrancada de sus dedos. Por ello, le da un último latigazo a Gabriel, en toda la cara, antes de desconvocar su arma.

—Vuelve con tu papá, cazador, pero ten cuidado: sabes muy bien que tengo derecho a matarte, que vuestras leyes os impiden intentar el juego sucio contra un internado y que os he pillado. En todo caso, intentarlo si queréis: aquí no hay venenos ni escapes de gas que valgan. Soy mucho más fuerte que la matrona italiana cuya escuela diezmasteis el pasado año. Mucho más fuerte que hace unas décadas cuando asesinasteis a mi hijo.

Airada, comienza a darse la vuelta cuando ve algo violeta brillar en el suelo. Se agacha y lo recoge: es su gema. Aprieta los dedos y la pulveriza. Después se dirige a las escaleras. Las profesoras, asustadas de verla así, se apresuran a dejarle paso. Ella las ignora, al igual que al chico que queda atrás, con heridas abiertas tanto en la mejilla como en la espalda y el tobillo. Este sabe que no podrán curárselas del todo, que le quedará marca debido al fuego mágico que ella ha utilizado; aprieta los dientes para aguantar el dolor y la rabia porque, aunque Eloísa todavía no lo sepa, él ha ganado.

Mientras la directora baja a encontrarse con los policías, pensando cómo justificar

las heridas del chico, no puede evitar pensar que Victoria ha sido capaz de abrir un portal. Pero no uno cualquiera. Ella sabe muy bien que el pórtico la ha conducido a la dimensión prohibida. El problema no será que muera y se quede sin una nuera con tanto potencial, no, sino que la muy boba toque el báculo de esa diosa embaucadora y, al tener el poder de esta dentro, la deidad se reencarne en ella. Ha de reconocer que ese cazador ha jugado bien sus cartas. Sin embargo, Victoria la ha decepcionado: ha intentado matar a su hijo y se ha creído que ella ha podido ser tan tonta como para dejar su aoma escondido en vez de llevarlo encima. Acaricia la cadena de la que cuelga la gema violeta, sus emanaciones mágicas ocultas mediante un hechizo. Lo que la chica encontró era una pobre imitación con algo de poder, el justo para engañarla a ella o a quien pretendiera robárselo. Pero no el suficiente ni para apuñalar a su hijo ni para envenenarlo de verdad.

Cuando llega ante los policías, ya lo tiene todo dispuesto. Y más le vale a Gabriel retractarse y apoyarla o jamás le dejará salir del internado.



El agente Gutiérrez no puede creerlo: no tiene nada. Ni pruebas, ni apoyos, ni trabajo. Le han abierto expediente y despedido. Todo por haber entrado al internado con «acusaciones falsas y absurdas» y haber obligado a sus superiores (por instancia judicial) a realizar un registro en el cual no encontraron nada.

El chico cambió su versión a una donde las heridas se las hizo peleando con el hijo de la directora y en la cual ella, en la torre, no pretendía matarlo sino tan solo llevarlo a la enfermería. Se disculpó por haberse montado su propia película. En el registro no hallaron ni rastro de cultos satánicos ni nada raro; ni sangre, ni huesos o restos de las chicas muertas en el internado. Las profesoras y las alumnas contaban todas lo mismo: que allí jamás había pasado nada que no fuera un desgraciado accidente cuando el temporal de nieve.

Gutiérrez se encuentra en el mismo punto muerto en el que se vieron aquellos policías alemanes antes que él: sabiendo que en el internado Broto pasa algo y no pudiendo hacer nada al respecto. Encima, ninguno de sus compañeros, ni sus dos mejores amigos, le creen. Él notó como la directora intentó influirle, hacer que pensara lo que ella, y vio su enfado cuando no lo consiguió. También que sus amigos salieron con una versión diferente tras hablar con la docente. De algún modo, él es inmune (Eloísa susurró algo así como «hijo de Samuaes», pero no ha conseguido averiguar qué es eso). En todo caso, él se encargó de hacerle saber que la pensaba tener vigilada y ella de amenazarlo con accidentes.

Están en tablas, pues no tiene pruebas, no tiene nada y nadie le cree. El padre de Paula, la alumna que escapó y su madre son los únicos que todavía saben algo de lo que de verdad ocurrió. No le queda más remedio que aceptarlo pero, por lo menos, el

chico rubio sigue vivo. Es una pena que también le hayan lavado el cerebro.

Así pues, ahora mismo ya no puede hacer nada. Jugó todas sus cartas y perdió. Al menos consiguió salvar una vida y piensa estar alerta e investigar. Está deseando averiguar por qué hay gente que es inmune a los «encantos» de la directora.



—Víctor, hijo, pasa.

Su madre le sonrío desde la mesa de su despacho, detrás de la cual está sentada. A sus espaldas luce pintado en un cuadro el escudo de su casa, de la escuela. La bailarina representa a Igroné, la primera Convocadora de Portales, de la cual desciende el esposo de Eloísa, el padre de Víctor. Era algo que había pensado contarle a Victoria cuando fuera una de las suyas, para que viera el enorme poder que corría por la sangre de su familia. Pero posiblemente ya era demasiado tarde.

Víctor, ignorante de los pensamientos de su progenitora, entra y cierra la puerta. Camina por el suelo alfombrado y se sienta en una de las sillas forradas en cuero que le señala Eloísa.

—Usted dirá, madre.

—Mi querido niño... el más fuerte, uno de los dos únicos que sobrevivieron al entrenamiento Astaquin. Cualquiera matrona estaría orgullosa de tenerte como hijo — Víctor se tensa; las alabanzas no son normales en ella—. Y yo te he buscado a la esposa más poderosa de toda España. El problema es, querido, que se te ha escapado.

—Perdóneme, madre. —La mira avergonzado, consciente de haberla decepcionado—. Yo quería creerla, quería pensar que ella era sincera.

—No te humilles nunca ante nadie, hijo. Ni siquiera ante mí. —Su tono suena peligroso—. Eres mi único descendiente, el guerrero con el derecho a liderar mis ejércitos y proteger mi casa. No te he mantenido muy informado de la política, al fin y al cabo eso es cosa de matronas; pero deseo que sepas que muy pronto podremos acabar con los cazadores y que tu esposa es la clave. No fracasaste, hijo, pues aunque ella intentó matarte no pudo hacerlo; prefirió clavarse el puñal en su corazón antes que en el tuyo. Menos mal que no tenía mi aoma, o esa herida habría sido imposible de curar por alguien con tan poco poder como Gabriel. Ella te ama, créeme. —Víctor mira a su madre sorprendido; ciego como estaba por el dolor, necesitaba escuchar la verdad de alguien ajeno al drama que ocurrió aquella noche en su habitación—. Ese cazador la ha engañado otra vez, la ha mandado a resucitar a su diosa. Lo que tu esposa no sabe es que eso implica su propia muerte en el momento en el que toque el báculo de la Luna.

Víctor mira a su madre con cara inexpresiva mientras lo asimila todo. Como aprendió de niño en historia antigua, ese báculo lo usaban las antiguas sacerdotisas Samuae, para destruirlo hace falta el poder de una reina Ahslae y desde las guerras no

ha habido ninguna. Por eso, en las batallas ancestrales, antes de ser derrotados los suyos sellaron el plano al que la diosa lo había enviado antes de morir, para que así ningún Samuae pudiera ir a buscarlo. La reina (la última) estaba agonizando, herida de muerte tras la inmoción de la diosa para dar poder a sus seguidores; solo le quedaron fuerzas para sellar el plano. Por aquel entonces, aún no sabían que se podían abrir puertas a otros mundos, pero la reina percibió el encantamiento que había realizado la diosa y lo que hizo fue mandar su propia magia para bloquear ese acceso. Su misma vida, que se le escapó con ese hechizo, dotó su sello de gran poder. Las matronas restantes no pudieron ayudarle, bastante tenían con pelear por sus vidas y las de sus familias. El báculo de la Luna... Si ese malnacido de Gabriel había engañado de algún modo a Tory para ir a buscarlo... Víctor se juró otra vez que encontraría a ese cobarde y le obligaría a pelear en un duelo Astaquin hasta que uno de los dos muriera.

—Debes ir, hijo mío —continúa diciéndole Eloísa—. Es una misión peligrosa y te la mando a ti para que pruebes tu valía, para que ningún guerrero con décadas de experiencia a sus espaldas pueda dudar de tu liderazgo cuando llegue el momento de que tomes el puesto de tu padre, pueda decir que lo ostentas por ser mi primogénito. Ve allí, encuentra a Victoria y tráemela. A cambio, yo haré oficial vuestra boda y ella será la matrona de la casa Niven.

Víctor asiente, incapaz de decir nada, deseoso de encontrar y devolver a su casa a la chica a la que ama. Feliz de saber que es correspondido. Enardecido ante la oportunidad que le ofrece su madre.

—Por si más tarde te lo preguntas, no me importará cederle mi lugar porque, con ella en mis filas, yo podré desafiar a duelo a todo el consejo de matronas para convertirme en su reina.

Ahora sí que su hijo está tan sorprendido que no podría hablar ni aunque le fuera la vida en ello. ¿Su madre reina? Desde las guerras, ese es un puesto que ha caído en el olvido. Hace falta poco menos que el poder de una diosa para dominar y controlar a todas las demás matronas.

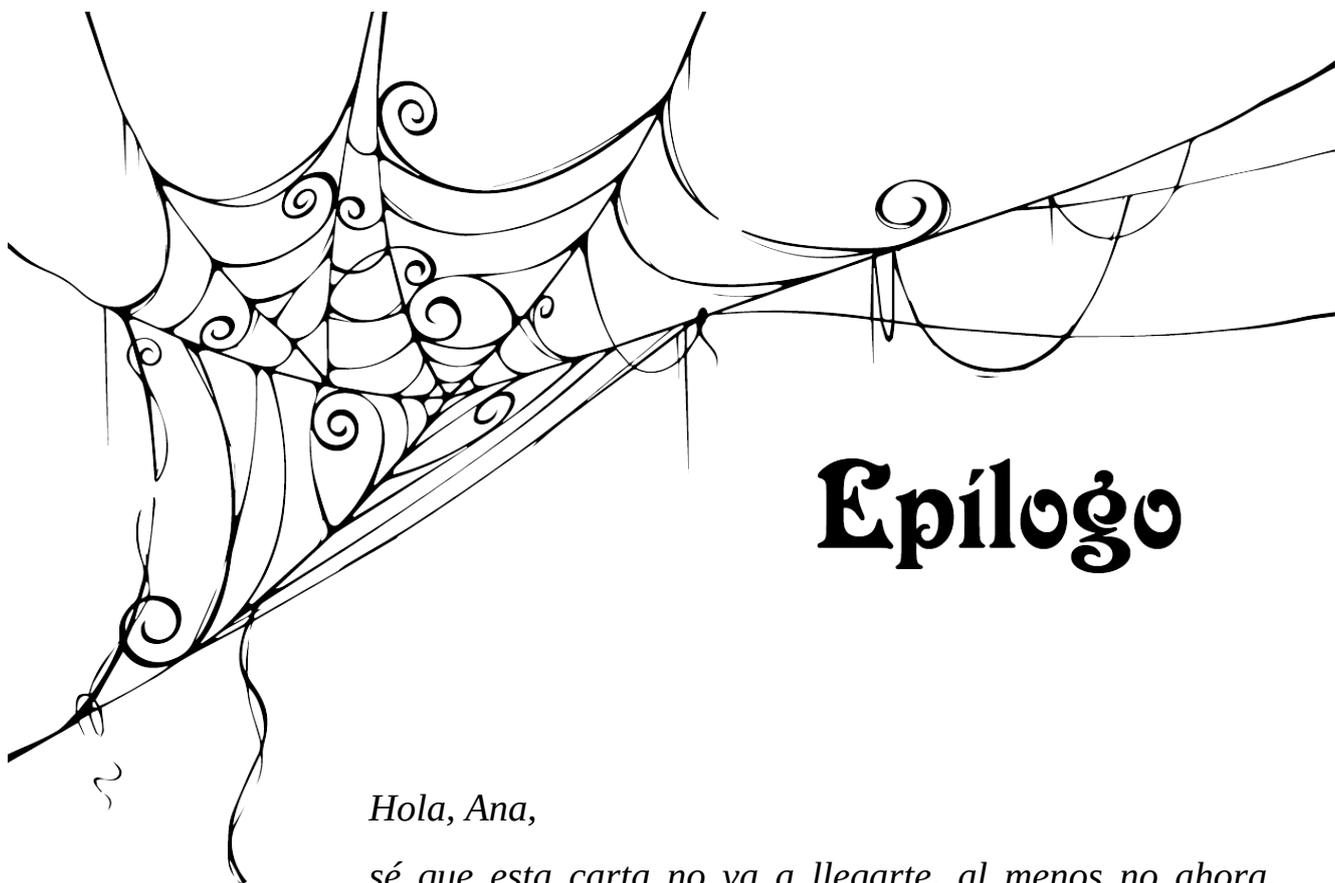
—Ah, hijo, se me olvidaba... —añade como si tal cosa mientras él ya está levantándose de su asiento de cuero— que sepas que va allí porque se piensa que con el poder de la diosa puede salvarte; como si por dejar de ser maldito fueras a comportarte de manera diferente. Y un último detalle... —Sus rasgos se endurecen—. Si no consigues convencerla para que vuelva, máatala.

—Como ordenéis, mi señora.

Víctor se incorpora, se despide con una leve reverencia y sale del despacho. Jamás desobedecería a su progenitora. Sin embargo, pese a la orden final está feliz porque piensa encontrar a Tory y, ahora que sabe que ella lo ama de verdad, nada ni nadie impedirán que la rescate.



En su casa, de vuelta con su padre, Gabriel lo ha pasado muy mal teniendo que explicar por qué modificó el plan original. Además de asumir la vergüenza de haber sido pillado por Eloísa y de que, si ella lo reclama para ajusticiarlo, tendrán que entregarlo. Ahora el chico rubio es como un escudo que impide que su familia siga intentando destruir el internado. Tan solo le salva algo que parecía imposible: haber mandado a una de ellos a recuperar el báculo de la Diosa. Solo por eso sigue siendo un cazador y no lo han degradado. Y solo por eso tiene una misión por delante: impedir que la matrona de la casa Niven mande a nadie a ese plano a intentar parar a Victoria. Como sabe que la elección lógica es mandar a su propio primogénito, está deseando acabar de partírle la cara a ese malnacido que ha conquistado el corazón de su chica.



## Epílogo

Hola, Ana,

*sé que esta carta no va a llegarte, al menos no ahora. Cuando vuelva a mi dimensión podré echarla al correo pero no lo haré. Sigo sin poder contarte todo este lío, sin poder desahogarme más que con un papel imaginando que eres tú, porque si te enteraras lo mejor que podría pasarte sería que Eloísa te hiciera olvidarlo todo. Otra vez.*

*Te diría que estoy bien pero no sería verdad. Y te debo más que una mentira. Silencio puede, pero mentiras no.*

*Tengo miedo, continuamente. Estoy en un lugar de locos, plagado de terribles seres donde impera el dominio del más fuerte. Avanzo como puedo, creando y rompiendo alianzas, haciendo demostraciones de poder, rezando a la Diosa para encontrar pronto su báculo (una de las cosas sobre las que no puedo hablarte) y salvar a Víctor.*

*Víctor... mi esposo de una noche. El recuerdo de su rostro y de sus besos es lo único que me impulsa adelante, lo que hace que no intente abrir un portal y volver a la Tierra con el rabo entre las piernas. Tengo que salvarle, ¡él se lo merece! Se merece una oportunidad como todo el mundo, como todos los niños que no nacieron malditos.*

*Y Gabriel... no sé si renegar de él por engañarme, por hacerme creer que vendría conmigo, o darle las gracias por la posibilidad de salvar a mi amado.*

*En todo caso, Ana, imagino que te escribo porque te echo de menos, porque estoy muy sola y porque la única debilidad que puedo permitirme son estas líneas. Si alguno de los seres de por aquí sospechara que no soy tan fuerte como aparento... ya estaría muerta.*

*Por suerte ya sé dónde está el báculo y pronto, muy pronto, podré curar a*

*mi Víctor y pasar el resto de mi vida a su lado.*

*Pronto...*

*Entonces, mi amiga, algún día, cuando los Ashlaes no tejan su telaraña en el mundo, podré contártelo todo y seguro que me das ese abrazo y ese apoyo que tanto me gustaría recibir ahora mismo.*

**Fin de la tercera parte**

## **Nota de la Autora**

Tu opinión es muy importante para mí. Si deseas dejar una reseña sincera en Amazon estaré encantada de leerla. Muchas gracias por haber llegado hasta aquí ;)



AMAYA FELICES. Licenciada en Ingeniería Química y diplomada en Filología Inglesa, es profesora de secundaria en Zaragoza. Cuando no está trabajando ni cuidando de sus dos hijos, se dedica a escribir.

Su primera novela, *El pozo de todas las almas*, fue publicada en junio de 2011 por Mundos Épicos. En diciembre de 2011 la Máquina China editó el libro *Sueños de navidad*, que recoge los cinco relatos ganadores de su I Concurso de Narrativa Romántica. La autora participa con *Hechizo de invierno*, un relato sobre fantasmas y sentimientos.

En las antologías II y III de Ediciones Evohé tiene publicados un relato y un poema (*La claridad de tu amor a través de mi ventana*, *Te veo*).

En el año 2006 ganó el primer premio de relatos de Ocafriki con Aspirante a guerrero y en diciembre de 2011 obtuvo el tercer puesto en el XXVIII concurso literario Picarral con su relato juvenil *Rocío Dark Violet*.

En febrero de 2012 salió publicado *Ese amor que nos lleva*, de la editorial Rubeo. Esta convocó un concurso de relatos en 2011 para hacer una antología y *Eurídice* fue uno de los seleccionados como ganadores.

En mayo de 2012 Mundos Épicos publicó su novela de fantasía juvenil *Pacto de piel*; así como Ediciones Babylon publicó su novela romántica adulta de ciencia ficción space ópera *Hipernova*, una fusión de géneros en la cual es pionera en España.

A finales de 2012 participa en la antología benéfica *Ilusionaria III* con su relato

Despierta, dragón esqueleto, escrito junto con su hijo Santiago e ilustrado por Laura López.

En enero de 2013 Ediciones Babylon publicó su relato *El manual de la esposa perfecta*, una comedia romántica paranormal.

En mayo de 2013 participa en la antología benéfica Catorce Lunas, publicada por Ediciones Kiwi, con su relato *Rocío Dark Violet*.

Por último, está representada por Agencia Autores desde inicios del año 2013 y tiene el libro técnico Belly dance: *The teacher's book*, publicado en *Create Space Amazón*, en inglés y en español, en el año 2010.